

LA VÍSPERA DEL DRAGÓN



MICHAEL DUNN

La víspera del dragón

Michael Dunn

Copyright © 2019 Michael Dunn
All rights reserved.
ISBN: 9781082406157

DEDICACIÓN

Dedicado a mi esposa, Elizabeth, que tolera las estúpidas y estúpidas cosas que hago.

Contenido

- [Capítulo 1: El médico retira](#)
- [Capítulo 2: El Dr. John Miller](#)
- [Capítulo 3: El Dr. Dan Carter](#)
- [Capítulo 4: El Dr. Steven Pierce](#)
- [Capítulo 5: El aeropuerto](#)
- [Capítulo 6: El vuelo a Italia](#)
- [Capítulo 7: Una noche en la ciudad](#)
- [Capítulo 8: Al día siguiente](#)
- [Capítulo 9: Secuestrado](#)
- [Capítulo 10: ¿A dónde fue Dan?](#)
- [Capítulo 11: Conociendo al Profesor](#)
- [Capítulo 12: Al llegar al hospital](#)
- [Capítulo 13: El Orbe Mágico](#)
- [Capítulo 14: Al día siguiente](#)
- [Capítulo 15: El castillo del conde y Contessa](#)
- [Capítulo 16: La venganza mafioso](#)
- [Capítulo 17: El visitante de Dan](#)
- [Capítulo 18: Preparativos para la noche](#)
- [Capítulo 19: Cena con el conde](#)
- [Capítulo 20: En el Museo de los Niños](#)
- [Capítulo 21: El sacrificio](#)
- [Epílogo](#)

Agradecimientos

Gracias a mis lectores beta que leyó el libro y me dieron comentarios:
Elizabeth Dunn, Peter O'Neill, Alicia Bany, Kristi Tysdal, Matt Johnson, Sharon Jackson,
Collette Fox-McCune, Bill Berezowitz, Alec Lachman, Erin Clavey Gruenholz

Capítulo 1: El médico retira

—Mierda —Roberto Tex Romano susurró a sí mismo en inglés americano.

El aterrorizado gerente del hotel y las criadas gritaban en italiano rápido. Tex asinó con la cabeza, escuchó sus preocupaciones y les aseguró que todo estaría bien. El personal del hotel quería que este desorden se limpiara de forma rápida y silenciosa. Tex arregló delicadas situaciones similares para la familia criminal Sabella de Nápoles.

El hombre desnudo colgado en el armario de un cinturón, muerto de asfixia autoerótica, era el Dr. Ricardo Ricci, el cirujano plástico de los Sabellas.

La deshonrosa muerte del Dr. Ricci dejó un desastre, y Tex necesitaba el talento del doctor muerto en los próximos días. Las chicas de plástico estaban en la ruta llevando mercancías valiosas. Un tercero había pagado a la familia Sabella para recuperar el Orbe de Génova, un pequeño mármol verde cristalino que supuestamente poseía poderes mágicos. Tex no sabía nada de las propiedades mágicas, pero sabía que alguien había matado a una chica inocente en Bonn para conseguir el orbe. A Tex sólo le importaba cómo recuperarlo. Las chicas plásticas requerían un cirujano plástico a su llegada y Tex no sabía dónde podía encontrar un cirujano plástico no local (a los médicos locales les gusta hablar) a tiempo. El fijador tenía que centrarse en el problema en cuestión.

El Dr. Ricardo Ricci había sido un médico competente pero deshonroso que casi había perdido su licencia porque usaba narcóticos. Antes del juicio del Dr. Ricci, la familia Sabella utilizó su influencia con la junta médica italiana para cambiar sus resultados a una leve reprimenda en el expediente médico. A cambio, el Dr. Ricci accedió a trabajar exclusivamente para la familia, si Richard prometía mantenerse limpio. La familia Sabella pagó la rehabilitación del médico, y Ricardo comprendió lo que le pasaría si no se mantenía limpio. Sin embargo, la vida como médico de la mafia consumió el

cuerpo y el alma de Richard al igual que los narcóticos, pero más lento. El cuerpo y el alma del cirujano plástico se marchitaban hasta el día en que el personal del hotel encontró el cuerpo desnudo de Richard en el armario, suicidio por porno.

Tex cumplió con el personal del hotel hasta que sus quejas se volvieron abrumadoras.

—Cállate! —Tex gritó en italiano. Ellos obedecieron.

Les ordenó. Desenganchó el cuerpo, vistió el cuerpo y luego limpió la habitación como de costumbre. Llamé a nuestro servicio de ambulancias y luego nos olvidamos de esto.

Tex entregó dinero al gerente y el personal de limpieza como si hoy fuera Navidad. Las criadas recibieron más dinero del fijador del que ganaron en un año. Luego, el personal del hotel se puso a trabajar.

Tex llamó al servicio de ambulancia y usó la frase del código para recoger discretamente y retirar el cuerpo. Luego llamó a una compañía amigable de mudanzas con la familia Sabella para deshacerse de las cosas en la casa del médico. El Dr. Ricci sería una persona desaparecida que nadie extrañaría.

Una vez que el personal vistió el cuerpo, y limpió la habitación, y desalojó la habitación, Tex llamó a sus contactos de hotel para averiguar si algún cirujano extranjero había venido del extranjero. Sin lugareños, sin italianos. Era una pequeña posibilidad, pero Tex esperaba que uno llegara para una conferencia o algo así.

La ambulancia llegó y Tex les dijo qué hacer. Tex les dio miles de euros por su servicio y su silencio. Tex salió del hotel después de que la tripulación retirara el cuerpo.

De regreso a Nápoles, recibió una llamada de un botones. Tres cirujanos de Miami llegaron a Nápoles durante un mes de vacaciones. Tex agradeció al botones y colgó.

El Fixer no podía creer su suerte. Tres médicos de su tierra natal desembarcaron en su nueva ciudad. Tex pensó lo raro y casual que era como un deseo terrible. Parecía demasiado fácil.

Capítulo 2: El Dr. John Miller

De pie en radiología, dos médicos estudiaron una radiografía de la parte anterior del cráneo de un adolescente inconsciente que llegó a la sala de emergencias menos de una hora antes.

—¿Qué piensa usted, Dr. Miller? —El Dr. Garrett Chang, Jefe de Cirugía del Hospital General de Miami, le preguntó a su aprendiz.

El Dr. John Miller estudió los rayos X un poco más de cerca. —Traumatismo contundente en la cabeza y la cara. La nariz está rota en dos lugares. Fractura supraorbital del borde. Pared lateral de fractura orbital. Acuerdos bilaterales y fracturas óseas nasales del tabique. Fractura de las paredes medias derechas o anteriores del seno maxilar. Hay una pequeña grieta en la cara justo aquí.

El Dr. Cheng asintió con la cabeza. —Eso es lo que pensé demasiado.

John silbó y dijo. —¿Qué desastre! ¿Este chico perdió una pelea en un bar o algo así?

—Me temo que no. Una pelea en un bar habría sido más interesante y menos trágica.

—¿Qué pasó?

—Accidente automovilístico.

—¿Conducir borracho?

—No. El paciente es un hombre caucásico de 17 años que se sentó en el asiento trasero detrás del conductor. No se abrocó el cinturón. Estaba hablando con su novia, que se sentó en el asiento del pasajero. La novia mantuvo su cinturón de seguridad sin abrobrova. Le dio la cabeza girada mientras hablaba con su novio. El conductor frenó rápidamente. El paciente chocó con la cara de su novia a veinte millas por hora.

John hizo una mueca. —Ouch. ¿Cómo está la niña?

—Ella murió en el impacto.

—¿Cielos! ¿Qué pasa con los demás en el coche?

—La conductora condujo aquí después de que sus amigos chocaran. Ella y

otro tipo que se sentó detrás del pasajero están siendo tratados por shock. La sala de emergencias está esperando a que sus padres lleguen.

—¿Quién va a realizar la cirugía?

—Carter.

—Oh —John asintió con aprobación. —A pesar de su comportamiento, él es un excelente cirujano plástico.

—¿Dónde está nuestro personal R-rated de Patch Adams?

—Sé que está por aquí. Cenamos juntos en la cafetería hace horas.

El Dr. Cheng tomó las radiografías y las colocó en una carpeta. Apretó el botón PA en la pared —El Dr. Dan Carter al quirófano. El Dr. Dan Carter al quirófano.

El Dr. Miller estaba a punto de salir de la habitación cuando el Dr. Cheng dijo: —He oído que usted pasa tus tableros quirúrgicos.

—Sí, soy un cirujano plástico oficial ahora.

El Dr. Cheng estrechó la mano de su discípulo, —Felicitaciones. Yo sabía que podía hacerlo.

—Gracias.

Dejaron el laboratorio de radiología para el quirófon.

John Miller se convirtió en médico porque había perdido a una hermanita a causa de la leucemia antes de graduarse de octavo grado. Lisa Miller pasó la mayor parte de dos años en el hospital, casi todos los años de la escuela secundaria de John. John llevaba el collar de plata de Lisa todos los días desde la secundaria. John sabía que la recuperación de Lisa sería una promesa rota. Al principio lo creyó, pero con el tiempo, vio que se marchitaba un poco más cada día. Lisa tuvo buenos días, y en esos días, ella y su hermano mayor veían televisión, jugaban videojuegos y creaban historias juntos. Lisa, como John, era una lectora ávida. En los malos días de Lisa, todo lo que quería hacer era dormir.

John se convirtió en un rostro familiar alrededor del hospital durante la estancia de Lisa y a los jóvenes médicos les gustó. Los médicos jóvenes a menudo ayudaban a John con su tarea. Las calificaciones de John y los puntajes del SAT le valieron un lugar en Princeton, pero sus padres no podían permitirse el lujo de enviarlo debido a la hospitalización prolongada de Lisa; John asistió a la Universidad Estatal de Florida en su lugar.

Se inscribió en una clase de escritura creativa para eliminar una humanidad electiva, cuando descubrió que le encantaba escribir. La narración le llegó fácilmente gracias al tiempo que pasó haciendo historias con Lisa. En su tiempo libre, escribió historias para sacarlas de su cabeza y en el papel para que pudiera volver a estudiar.

Durante el segundo año universitario de John, comenzó un fruncite bastante frundado en el enlace romántico con una estudiante graduada obteniendo su maestría en inglés. Melanie Goodwin nunca fue su maestra de clase y se habían conocido a través de amigos en común. Ella tenía veintisiete años, y él tenía veinte. Era del tipo de bibliotecaria tímida, que entendía los libros. John era rubio, de ojos azules, alto y musculoso.

Melanie fue la primera persona a la que John le permitió leer su trabajo. Ella le dijo que sus historias tenían potencial como novelas de suspenso; la versión masculina de novelas románticas de mala calidad. Ella le enseñó cómo la inteligencia sintáctica en la escritura puede crear frases acumulativas atractivas, lo que hizo que la historia fluyera, manteniendo al lector comprometido.

Melanie editó sus historias y ayudó a John a hacer sus historias más agradables para el lector. Reescribirían juntos después de sus sesiones de hacer el amor. Escribió su novela durante sus largos descansos entre semestres.

John tituló su primer libro, *Backfire, una historia de identidad equivocada sobre un hombre de familia de vacaciones que los espías extranjeros asesinos creen que es un asesino internacional*.

Melanie no estaba celosa de que John mostrara promesa en la escritura creativa, porque ese no era su fuerte. Melanie prefirió escribir libros innovadores sobre no ficción y tecnología de vanguardia sobre cosas que serían comunes en treinta años.

—John, ¿sabe usted que algún día un robot tendrá su trabajo? —Melanie preguntó después de completar un artículo de investigación. —Los médicos y cirujanos algún día serán reemplazados por robots.

—Bueno, es poco probable que va a ocurrir durante mi vida.

—Puede que no reemplace completamente a los humanos, pero nuestros cirujanos androides y robots son cada vez más sofisticados. IBM está tratando

de hacer que su Watson sea el prototipo para todo el médico. ¿Si funciona, y algún día un robot toma tu trabajo, qué vas a hacer?

—Al igual que con todas las demás industrias, adaptaremos o moriremos. ¿Quién sabe?

A Melanie le gustó esa respuesta y se subió encima de él.

Su romance de estudiante/profesor duró sólo dieciocho meses antes de que Melanie se transfiriera a trabajar en su programa de doctorado.

Después de que John recibió su licenciatura en pre-medicina, dio el paso y encontró un agente literario a quien le gustaba el trabajo de John Miller. El agente presentó el libro de John para su publicación bajo el seudónimo, Michael Drach.

Backfire, retitulado The Accidental Assassin, se vendió lo suficientemente bien como para ayudar a pagar la escuela de medicina. Escribir y publicar había sido una experiencia lo suficientemente placentera, para que John escribiera otros siete libros durante sus años de escuela de medicina con diferentes grados de éxito. Sin embargo, convertirse en novelista nunca fue su objetivo final. Su objetivo era que estos libros ganaran suficiente dinero para que se quedara en la escuela de medicina sin acumular demasiados préstamos estudiantiles paralizantes. No tenía un fondo fiduciario como Dan Carter, ni vino de una familia de médicos como Steven Pierce. En cambio, John había encontrado un trabajo alternativo después de la escuela.

Sin embargo, desde que se graduó de la escuela de medicina y fue más allá en una residencia especializada de cirugía plástica, por la que el hospital pagó la mayor parte, John había renunciado a la escritura para centrarse en convertirse en el mejor cirujano que podría ser.

—También escuché que te vas. —dijo el Dr. Cheng, sacando a John de su trance.

—¿Como? Oh, sí, estoy dejando un mes para un bien merecido y muy atrasados vacaciones.

—¿A dónde vas?

—Italia.

—Guau.

—Sí, voy con Steven Pierce y Dan Carter. Dan está pagando la cuenta.

Bueno, creo que la familia de Dan lo es, de todos modos.

—Buena suerte. ¿Cómo lo hiciste?

John se encogieron de hombros. —Los tres hemos sido amigos cercanos desde la escuela de medicina, y después de que Dan pasó sus tablas, creyó, como yo, que unas largas vacaciones estaban en orden. Después de todo, sacrificamos quince años para llegar aquí.

—Todos lo hicimos, John. Todos lo hicimos.

—Es verdad. De todos modos, los tres usaremos nuestro largo tiempo libre acumulado y nos dirigiremos a las playas de Nápoles.

—Buena época del año, temporada turística. ¿Dónde te alojas?

—En un ático de lujo en la playa. Permítanme mostrarles —John, le mostró a su mentor fotos del ático de lujo en su teléfono desde el sitio de viajes.

Garrett Cheng silbó. —Estoy envidioso. ¿Qué vas a hacer allí?

—Probablemente beban mucho y conocen a mujeres hermosas en la playa, —ambos chuckled.

—¿Y usa la línea 'Soy un médico de América' como parte de tu seducción?

John recitó en italiano.

Él y el Dr. Cheng se rió.

—Lo más probable es que Steven y yo tengamos que tratar de mantener a Dan fuera de problemas.

—Buena suerte con eso.

—Gracias.

—¿Qué piensa la enfermera Fleming de obstetricia acerca de sus vacaciones?

Los ojos de John se ensancharon y se le cayó la boca.

—Oh, venga, John. Es el secreto peor guardado en el hospital.

John era renuente a contestar.

—>Nuestra relación es un amigo con situación de derechos. Ninguno de nosotros ha hablado de exclusividad. Ella piensa que yo también voy a ser la niñera de Dan.

Ambos se rieron hasta que vieron al Dr. Dan Carter entrar en la sala de operaciones vestido como un conejo quirúrgico de 6'2. —Llevaba el traje blanco, de papel y quirúrgico habitual de pies a cabeza, pero con orejas de conejo de papel unidas a la cabeza. Un cirujano loco se había coloreado un

punto negro en la nariz y bigotes con un marcador negro Dan cantó —White Rabbit— de Jefferson Airplane mientras bailaba en la sala de operaciones para fregarse.

Tanto John y Cheng suspiraron.

El Dr. Cheng dijo: —No entiendo por qué la enfermera Fleming diría que serías la niñera de Dan.

Capítulo 3: El Dr. Dan Carter

—Me alegro de que pudieras llegar, Dr. Carter —el Dr. Henry Wu, jefe de cirugía plástica en Miami General, dijo a su discípulo.

—El gran Señor 'Intercomunicador' me ha convocado aquí para...

—Y quita esas estupideces.

—Pero esta bata quirúrgica desechable nos impide infectar a los pacientes con nuestros gérmenes, y creo que sería irresponsable si...

El Dr. Wu le arrancó las orejas de conejo de la cabeza cuando el Dr. Cheng y el Dr. Miller entraron.

—¡Ay! No me ves agarrándote por las orejas, ¿verdad?—Dan protestó.

En una mala imitación de un acento británico de la corteza alta, Dan comenzó, —Bienvenidos al quirófano, caballeros míos. Esperamos que disfruten de la actuación de esta noche.

El Dr. Wu suspiró y dijo: —Garrett, John, me alegro de verles. Dan, cuando estés listo, tenemos una larga noche arreglando la cara de este chico.

Garrett le entregó la carpeta con las radiografías a Dan, quien las colocó en el panel de luces. Los estudió con el Dr. Wu y luego discutió cómo reparar al niño. Tendrían que hacerlo pieza por pieza consultando regularmente los modelos de rayos X y 3D.

Dan tomó su posición al lado del Dr. Wu y trabajó en la cara del niño. Durante su procedimiento, el Dr. Carter fue silencioso, eficiente e hipercentrado mientras reconstruía la nariz y la cara del desafortunado niño. No hubo bromas sobre darle al niño una nariz delgada de Hollywood o hacer que el niño se pareciera al Monstruo Frankenstein.

Garrett y John observaron durante unos minutos mientras Wu y Carter trabajaban en el joven. Meses antes, Garrett le había preguntado a Henry sobre el progreso de su nuevo cirujano plástico, Wu dijo: —Está irritable, insufrible y posiblemente loco. Sin embargo, cuando esté en la sala de operaciones, no verá a un cirujano joven más centrado y capaz. Es fascinante verlo trabajar. Trabajamos bien como equipo cuando estamos operando. Sin embargo, fuera

del quirófano, es como trabajar con un niño desagradable e hiperactivo que necesita su medicamento.

*

Horas más tarde, mucho tiempo después de la medianoche, los cirujanos terminaron la última de la reconstrucción. Henry y Dan salieron de cerca las enfermeras y entonces se limpiaron. Se quitaron sus batas quirúrgicas y se lavaron.

—Lo hiciste muy bien, Dan —dijo el Dr. Wu.

Dan susurró: —Gracias —mientras estaba lavándose. Todavía estaba en su modo de quirófano concentrado, casi hipnótico.

—Escuché que volarás a Italia mañana.

—Sí, más tarde esta noche —dijo y se despejó la garganta. Había hablado poco en las últimas horas.

—¿Cuánto duran tus vacaciones?

—Un mes.

—Guau. Bien —dijo el Dr. Wu, asintiendo con aprobación.

—¿Dónde te estás quedando?

—Reservé un ático en el Hilton en la playa de Nápoles.

El Dr. Wu silbó.

—Carter, tú y tus amigos nunca querrán volver. Sabes, Dan, al principio tenía mis dudas, pero resulta que estaba equivocado sobre ti. Parece que tendrá una larga y distinguida carrera como cirujano plástico en Miami General. Estoy realmente orgulloso de ti por pasar tus tablas. Hacemos un gran equipo. —El Dr. Wu le dio unas palmaditas en la espalda a Dan. El Dr. Carter forzó una sonrisa.

Dan parpadeó varias veces como si dejara un trance. Él preguntó: —¿Puedo tener mis orejas de conejo cuando regrese? Creo que me hacen ver más sexy, muy elegante.

El Dr. Wu miró al Dr. Carter por un momento. La traviesa personalidad

infantil de Dan había regresado, reemplazando al cirujano obediente, centrado y a menudo silencioso. El Dr. Wu no sabía cuál era el verdadero Dr. Carter y había llegado a creer que ambos eran los verdaderos Dan Carter. Henry Wu se levantó y se fue. Al salir, dijo: —Que tengas un buen viaje, Dan. Intenta que no te maten.

Dan se levantó y se dirigió a las duchas.

*

Al final de sus turnos, Garrett y John se dirigieron al vestuario para cambiarse de ropa de calle cuando escucharon a Dan ducharse mientras cantaba —Don't Cha— de las Pussy Cat Dolls, que no era una canción típica para que un hombre heterosexual cantara, especialmente sobrio.

—¿Usted realmente va a Italia con él? —Garrett preguntó.

John sacudió la cabeza, suspiró y luego asintió. —Sí, supongo que lo soy.

—Vaya, eres un hombre valiente. ¿Cuándo se van?

John miró a su reloj. —En unas diez horas. El tiempo suficiente para ir a casa, dormir, ducharse, empacar y salir en el aeropuerto.

Dan se bajó de la ducha con una toalla excesivamente corta envuelta alrededor de su cintura y una envuelta alrededor de su cabello. —¿Qué pasa, amigos? ¿También están tomando una ducha por la mañana?

—Uh, no —dijo el Dr. Cheng, un poco incómodo con un casi desnudo Dan allí .

—No, el Dr. Carter, acabo de venir y desearle unas felices vacaciones. Te lo mereces.

—Gracias, Dr. Cheng —dijo Dan, y mientras estrechó la mano del jefe de la cirugía, la toalla de Dan se cayó.

El Dr. Cheng cerró los ojos y suspiró: —Disfruta de tus largas vacaciones, Dr. Carter. Estoy seguro de que todos aquí también lo harán.

*

Daniel Joshua Carter hubiera preferido convertirse en comediante en lugar de cirujano plástico. De hecho, hizo esa pequeña parte de su rutina. A Dan le iba bien como nuevo comediante. Cuando era adolescente, escribió su propio material en varios cuadernos dispersos alrededor de su habitación. Pasó años revisando a los maestros de la comedia de pie y ensayó en su sótano frente a un espejo de tamaño completo. Sus héroes de pie fueron Jim Carrey y el clásico Steve Martin. Cuando su madre le preguntó qué estaba haciendo, él le dijo que estaba ensayando.

—¿Ensayando para qué?

—Para ser comediante, mamá.

—Eso es lindo, cariño.

En la Florida State University, Dan encontró a un agente que lo contrató en varios lugares de Miami y el sur de Florida. Lo estaba haciendo bien, manteniendo el equilibrio entre impulsar su floreciente carrera y mantenerse en la lista del decano, pero no duró.

Su abuela, Lydia Carter, la matriarca de la rica familia Carter, sostenía las cuerdas del bolso, y había mucho dinero en ese bolso. Ella se negó a dejar que su nieto siguiera haciendo el ridículo y a la familia mientras él perseguía la fama en los escenarios de bares sórdidos.

—Eres demasiado inteligente para desperdiciar tus regalos llegando a un segmento recurrente en algún programa nocturno o terminas como un vecino loco en una sitcom terrible.

Lydia, cuyo padre había hecho sus millones de varias patentes de ingeniería a principios del siglo XX, hizo de la conquista intelectual su pasión. Había trabajado en la NASA como ingeniera en los años 70 y 80. Sus tres hijos eran igualmente intelectuales.

La hija mayor de Lydia, Pamela, era profesora de física en la Universidad Emory. Su siguiente hija, Grace, se convirtió en ingeniera de diseño en Ford y el padre de Dan, Josh era un ejecutivo en una compañía de diseño de software en Miami.

Lydia Carter había trabajado duro para asegurarse de que su familia tuviera

grandes genes. Se había casado con un hombre guapo que había entrenado a Bruce Jenner mientras entrenaba para los Juegos Olímpicos a finales de los 60 y principios de los 70. El abuelo Dan Carter tardó 1,5 segundos en clasificarse para los Juegos Olímpicos.

Dan Sr. era guapo, rápido y poseía un extraño sentido del humor, que le dio a su nieto favorito. Lydia apenas toleró el extraño y peculiar sentido del humor de su esposo, pero le encantó la apariencia de estrella de cine de su esposo. Dan Sr. y Lydia tenían hijos guapos y ricos y Lydia quería que eso continuara tanto como fuera posible.

Los pediatras y terapeutas de la infancia diagnosticaron al joven Dan Carter con TDAH severo y lo medicó. La escuela fue fácil para él. A menudo terminaba su trabajo temprano y se aburría y su aburrimiento creó el payaso de clase. Daniel también era un atleta talentoso como su abuelo homónimo; los dos Dans pasaron mucho tiempo juntos. El joven Dan heredó el extraño sentido del humor de su abuelo.

La abuela Lydia convocó una intervención familiar un día cuando Dan era estudiante universitario y un comediante prometedor. La reunión incluyó a la familia de su hijo Josh y las dos hijas de Lydia, Pam y Grace, y sus respectivas familias. Pam trajo a sus dos hijas mayores, las cuales estaban trabajando para obtener sus respectivos títulos de maestría en biología y química, para que Dan se sintiera mal por su elección de carrera.

La abuela Lydia, declaró: —Hemos decidido, joven, que renunciarás a este sueño de pipa loca de ser un cómico de stand-up y te concentrarás en convertirte en médico.

—¿Es cierto? ¿Es para que puedas mostrar a todos tus amigos que tu nieto es médico?

—Apenas. Dan, er, Dan Sr, hable con él. Pareces ser el único que puede contactarlo.

Antes de que el abuelo Dan pudiera hablar, el niño rebelde habló.

—¿No suena Dan Sr. como Monseñor? —Entonces el joven probó un mal acento francés. —Disculpe, monseñor Dan Sr, pero su mesa está lista.

La familia estaba callada. Todos tenían miradas en blanco en sus respectivos rostros, excepto el abuelo Dan, que rió a carcajadas, leyó la habitación y escondió su risa detrás de su mano. Lydia fulminó con la mirada a

su esposo, quien luego dejó de reír.

—Guau, habitación difícil. —susurró Dan.

Lydia golpeó su puño sobre la mesa. ¿Hablarás en serio por una vez?

—Bien. ¿Y si no quiero ser médico? —Su nieto desafiante pregunta.

—Entonces serás desheredado del dinero de la familia. Buena suerte sobreviviendo como un artista hambriento.

—¿Puedo al menos elegir qué tipo de médico quiero ser?

—Sí, siempre y cuando usted sea un médico de la junta con licencia reconocido por la Asociación Médica Estadounidense.

—Oh... bueno, ahí va mi plan de Dr Pepper —dijo Dan.

Los miembros de la familia alrededor de la mesa lo miraron con disgusto. Sólo el abuelo Dan se rió, lo que hizo que Dan se sintiera mejor.

—DANIEL! ¿Te lo tomarás en serio? —Lydia gritó.

—¿Tengo que hacerlo? —Se quejó.

—¡Sí!

Suspiró y dijo: —Bien, seré médico.

—Bien. Ahora podemos ponernos a trabajar.

Lydia Carter estableció un fideicomiso que decretó cuando Dan completó su residencia elegida y obtuvo su certificación de la Junta Americana de Cirujanos Plásticos, el fideicomiso estaría esperando. Esta considerable suma de una promesa de graduación estaba pagando para que Dan y sus amigos pasaran un mes en Italia.

Capítulo 4: El Dr. Steven Pierce

—Me di cuenta de que la única diferencia entre tú y yo es el diagnóstico — le dijo Bethany Conrad. Estaban en el Holiday Inn Express al otro lado de la calle de Miami General. Bethany comenzó seis meses antes como farmacéutica en el hospital.

—¿Huh? —preguntó Steven Pierce.

Steven y Bethany se habían convertido en clientes habituales en el hotel en los últimos meses. Sus pensamientos se centraron en sus inminentes vacaciones. Necesitaba estas vacaciones; tenía el tiempo acumulado, y era un viaje gratis, o como lo expresó Dan, pretendiendo ser un presentador de un juego con un micrófono invisible: —¡Bob, dinos qué más ha ganado el Dr. Pierce!

Entonces Dan habló con una voz alta, rápida y falsa de Don Pardo: —Has ganado un viaje con todos los gastos pagados a las playas de Italia. Después de volar en primera clase, te alojarás en el Hilton Plaza en Nápoles, Italia, y pasarás cuatro semanas llenas de sol explorando las playas del sur de Italia. Puede explorar las ruinas y las cosas antiguas por su cuenta o puede tratar de buscar mujeres italianas calientes que esperan a las vacaciones médicos guapos y estadounidenses para seducirlas. ¡Recomiendo lo último!

Steven a menudo pensaba que su amigo era más una caricatura que una persona real. Dan estaba callado mientras trabajaba y mientras trabajaba Dan era fascinante para ver.

Mientras sus pensamientos permanecían en las próximas vacaciones, Steven la oyó despotricar sobre trabajar mientras se quitaba la ropa.

—Ugh —dijo Bethany. —Nunca imaginé que después de cuatro años de universidad y tres años de escuela de medicina le diría a la gente que trabajo en Walmart. Habla de tu asesino de la autoestima.

Steven nunca consideró eso. Se preguntó si otros farmacéuticos experimentaron ese escenario.

Bethany continuó, —Dile a la gente que eres cirujano y la gente sabe que

trabajas en un hospital. La gente asume automáticamente que sí. No hay departamento quirúrgico en Walmart. No tienes que decirle a la gente: 'Trabajo en el ala quirúrgica de Walmart' Ningún cliente le preguntará: 'Oye, necesito encontrar toallas, laca para el cabello y hacerme una exploración cerebral antes de salir', durante tu supuesta experiencia de compra. Ese es el problema, para mí de todos modos, trabajar en un lugar como ese. Soy como una especialista del departamento bajo el gran paraguas del conglomerado, ya sabes, no muy diferente del técnico en el departamento de fotografía o el gerente de césped y jardín. Ver a profesionales médicos trabajando en lugares como ese degrada la ocupación, especialmente si la gente estúpida piensa que cualquier perdedor con un diploma de escuela secundaria puede hacer mi trabajo. Ellos no saben que usted necesita un título médico avanzado llamado Pharm D. que requiere que pase tres niveles de licencias antes de convertirse en farmacéutico. Uno de mis amigos farmacéuticos que trabaja en Target le preguntó a un cliente: '¿Por qué tarda media hora en contar treinta píldoras y poner una pegatina en la botella?' ¿Puedes creerlo? Habría hecho un ataque completo si eso me pasara a mí. Además, un farmacéutico que trabaja allí tiene que responder a un gerente de tienda que gana considerablemente menos que usted como farmacéutico. ¿Puedes creerlo?

Steven puso los ojos en blanco durante su diatriba. Él le permitió despotricar porque disfrutaba del sexo con ella. Él dio un paso adelante y la besó. Ella le devolvió el beso, lo desnudó y comenzó su relación amorosa.

*

—¿Huh? ¿Qué?

—Le dije, 'Te voy a dejar, Steven.' ¿No estabas escuchando? —Bethany Conrad dijo. La morena de veinteañeras, de piel clara, salió de la cama, recogió su ropa dispersa, se resbaló en sus bragas y se levantó los pantalones.

Steven se quedó dormida por un par de minutos y estaba agradecido de que Bethany lo había despertado. Había estado soñando con ese demonio azul grande persiguiéndolo de nuevo. Aunque era un sueño irregular, pero

recurrente, no había soñado con el demonio azul en años.

Ella se burló, vigilaba a Steven, y miró en el momento en su teléfono celular. —Me tengo que ir —ella dijo. —Esta fue la última vez.

—¿Huh? ¿Qué? ¿Por qué? ¿Por qué quieres parar? —preguntó Steven. No estaba suplicando, sino cuestionando y sin emociones, no muy diferente de determinar el pronóstico y el plan de tratamiento para un paciente.

—El sexo es divertido, cierto, pero se ha convertido en rutina, y parece que eso es todo lo que hacemos y tal vez quiero más, pero obviamente no. ¿Sabes qué es peor? No me escuchas. Necesito más de lo que vas a dar y me merezco algo mejor. —Bethany se puso el sostén.

—Sí, lo haces y lamento no poder darte el tiempo y la atención que te mereces. Estoy casada con mi trabajo, que ocupa la mayor parte de mi tiempo.

—Sí, pero no lo soy. Trabajé duro para conseguir mi Pharm D. y pasé las tablas, para poder ganar un buen sueldo. Necesito empezar a invertir en mi vida. Necesito encontrar un compañero que quiere casarse, tener una familia - esos tipo de cosas. Eres un tipo muy guapo y fue divertido al principio, pero ahora se siente como una tarea. Quiero decir, hay cosas mejores que podría hacer en mis descansos que escabullirme para tener sexo contigo.

—Ouch. —Steven se sentó en la cama.

—No me malinterpretes, me llevas allí, pero ya no es suficiente. Necesito una conexión emocional y contigo.

Sonaba como una mentira a Steven.

—Pero creo que tenemos que dejar de vernos.

Steven sabía que el romper la relación era una buena idea, pero eso significaba que necesitaría encontrar otra pareja sexual frecuente. La mayoría de ellas querían una vida regular de citas, lo que Steven encontraba aburrido. La cena y las bebidas antes del sexo estaban bien; a veces incluso las películas estaban bien. Sin embargo, después de un tiempo llegaron los viajes de las parejas y los eventos de fin de semana, que a veces involucraban a sus padres, lo que él encontró aburrido.

No disfrutaba la personalidad de Bethany y estaba seguro de que podía hacerlo mejor, pero luego tendría que esforzarse para cambiar su vida amorosa y Steven preferiría esforzarse por ser un gran médico.

Steven buscaba una compañera para calmar una necesidad fisiológica

mientras se concentraba en su trabajo. Podría haber tenido otras —novias— mejores, si se hubiera esforzado por encontrarlas. Los sitios de citas en línea eran difíciles porque no sabía qué decir en su perfil. Steven se dijo a sí mismo que estaba demasiado ocupado para completar su perfil, lo que no era falso. A menudo pasaba más tiempo en el hospital que en su propio departamento. A menudo cenaba en la cafetería y hacía ejercicio en el gimnasio del hospital cuando el tiempo lo permitía.

Cuando necesitaban sexo, estaba el Holiday Inn Express frente al hospital. Era una receta simple: registrarse, aliviar el estrés, volver al trabajo. A veces Steven volvía a la habitación más tarde para dormir. Estaba más cerca que volver al apartamento que compartía con John. Guardaba un cambio de ropa en su casillero y pagaba un servicio de lavandería para atender sus necesidades de ropa.

—Quiero algo que no me puedas dar, y es por eso que no creo que debamos volver a hacer esto.

—¿Estás seguro de que así es como te sientes? —preguntó Steven.

—Sí, eso creo.

—Está bien... bueno, fue divertido.

Bethany fulminó con la mirada a Steven. Ella quería que él le suplicara que se quedara y que le dijera que él también quería más. Sin embargo, ella quería sentirse poderosa mientras él le rogaba que se quedara, pero ese no era Steven. No la extrañaría tanto como extrañaría su sexo programado regularmente. Estuvo de acuerdo en que esto era algo bueno para él, pero su ego y sus sentimientos decían lo contrario.

Bethany gimió y salió furiosa de la habitación del hotel, cerrando la puerta al salir.

Steven salió de la cama y se metió en la ducha porque no quería oler a Bethany. En un par de horas, se iría de vacaciones por un mes a Italia y dejaría a Bethany en Miami.

Sus padres habían preparado a Steven casi desde el útero para ser médico. Su padre era gastroenterólogo y su madre era ginecóloga que se conoció y se casaron durante la escuela de medicina. Steven tenía tías y tíos en ambos lados que se habían convertido en médicos y su Día de Acción de Gracias y Navidad se parecían más a pequeñas conferencias médicas que a las

vacaciones familiares normales. Su hermano mayor se convirtió en pediatra, su hermana mayor se convirtió en oncóloga investigadora y sus primos se convirtieron en neurocirujanos.

La medicina era el negocio familiar. Fue el mejor estudiante de su escuela secundaria y se graduó magna cum laude durante su licenciatura en Yale. Steven se habría quedado en Yale para ir a la escuela de medicina si su madre no se hubiera enfermado. Los oncólogos habían diagnosticado a su madre con cáncer de ovario, que comenzó un ciclo de masticación y abstinencia en remisión durante un tiempo. La vida de su madre terminó dos meses después de que Steven se convirtiera en cirujano por derecho propio.

Steven no se arrepintió de asistir a la Universidad de Florida para la escuela de medicina en lugar de Yale, porque quedarse en Florida le permitió pasar tiempo con su madre. Aunque estaba enferma, ayudó a su hijo menor a pasar sus mesas médicas. Mientras se encontraba en Florida, Steven estaba en la cama de su madre cuando ella falleció.

Trabajar con sus amigos, Dan y John, hizo soportables sus primeros días como cirujano; de lo contrario, podría haberse derrumbado bajo el estrés casi insuperable, que a menudo destruía a los nuevos médicos y los obligaba a agotarse. Lo había visto de cerca y personalmente con una joven doctora llamada Carol. Se retiró después de su residencia cuando su depresión se apoderó de ella. Dos doctores y enfermeras de turno tardío la encontraron escondida en un armario llorando y al borde de un ataque de nervios. Horrible como fue ser testigo, el colapso nervioso de Carol sirvió como una poderosa historia de advertencia para Steven, quien a pesar del reciente fallecimiento de su madre, seguiría adelante, diciéndose a sí mismo que se mantenía fuerte para ella.

Steven necesitaba estas vacaciones relajantes para alejarse de su vida durante unas semanas antes de que su estrés y ansiedades lo aplastaran. Vio las señales de que se dirigía a una caída y las vacaciones de Dan sonaban como un indulto. Steven salió de la habitación y regresó a su apartamento para empacar para su aventura italiana.

Capítulo 5: El aeropuerto

John y Steven compartieron un Uber en el aeropuerto. Registraron, pasaron por seguridad y encontraron a Dan en un bar del aeropuerto hablando con una azafata.

Dan le dijo: —Cuando era niño, decidí convertirme en cirujano plástica porque tenía un amigo que sufría de una aflicción facial, que le hacía la vida difícil y era impopular. Después de ver cómo fue tratada, juré dedicar mi vida a luchar contra su dolor para tratar de hacer del mundo un lugar mejor.

—¿Qué le pasaba? —La mujer preguntó.

—Ella era fea.

La mujer casi escupio su bebida de la risa. Cuando la azafata se calmó, le dijo a Dan: —Eres un buen amigo.

—Tenía un cuerpo hermoso. Ella no era horrible ni nada por el estilo, y tenía una personalidad fantástica, pero desafortunadamente era de aspecto claro. Tenía una nariz enorme y orejas de trofeo. Desearía tener mis habilidades quirúrgicas en la escuela secundaria para ayudarla y hacerla más derrochadora. Una vez que me convertí en cirujano plástico, me ofrecí a ayudarla gratis; pero cuando lo hice, me tiró un trago en la cara. Tanto por gratitud. No entiendo por qué hizo eso. Sólo quiero hacer del mundo un lugar mejor.

—Oh, eres un santo —ella dijo.

—Lo sé, ¿verdad? Mira. Aquí vienen mis dos amigos más cercanos.

John y Steven rodaron sus ojos escuchando la mierda de Dan.

—¿Son médicos también?

—No sólo médicos, somos cirujanos.

—¡Vaya, son todos cirujanos jóvenes guapos! —La azafata dijo. —Este es un sueño hecho realidad.

—Gracias, y tienes razón. Al igual que atrae como.

La azafata estaba radiante y mirando a los jóvenes y guapos médicos, y luego su teléfono se desató. Ella lo revisó y frunció el ceño. Ella les dijo a sus

nuevos amigos quirúrgicos: —Tengo que irme ahora. Tengo que coger un vuelo.

Los cirujanos se quejaron de la decepción.

—Lo sé. Yo también —dijo mientras se levantaba y recogía sus cosas. — Me hubiera gustado quedarme a charlar con ustedes, pero tengo que irme. Permítanme enviarles un mensaje de texto y llamarme les cuando regrese.

Una vez que la azafata se fue, Steven dijo: —Dan, debido a tu extrema generosidad en la financiación de este viaje, todas las bebidas son por mí. Beber.

—Guay. Gracias, amigos.

Tanto John como Steven compraron a Dan tanto como pudo beber porque nadie quería estar en un vuelo de doce horas con un Dan aburrido, que volvería hara locos a todos, posiblemente incluso al piloto, y eso era peligroso para todos. Probablemente serían arrestados cuando aterrizaran, colocados en la lista de No-Fly, y etiquetados como terroristas.

John señaló a una mujer que se acercaba y dijo: —Oye Dan, échale un vistazo.

Cuando Dan miró, John drogó su bebida. En lugar de beber, Dan saltó de su silla y siguió a la mujer rubia y bronceada que había sonreído a la mesa del médico. Mientras caminaba, estaba disfrutando de una slushie rojo, arrastrando su bolso con ruedas.

—Hola —dijo Dan, caminando a su lado. —Me llamo Dan Carter y soy médico. Un cirujano plástico. No es que lo necesite, pero siempre es bueno saberlo.

John y Steven estaban avergonzados. Sin embargo, la mujer se rió y sonrió, cepillándose su cabello detrás de la oreja.

—¿Sabías que esos slushies rojos pueden causar grandes pechos? —Dan fingió shock con las manos en la cara.—Oh, Señor, llevo demasiado tarde.

Ella se rió más fuerte.

Steven negó con la cabeza y susurró: —¿Cómo... ¿cómo lo hace?

—Ayuda que sea guapo —dijo John, sin ironía. —Sabe cómo hacerlas reír y baja la guardia. Las desarma con chistes encantadores. La mayoría de los hombres que se acercan a ella no lo son.

—Entonces, ¿cómo te llamas? —Dan le preguntó a la mujer que perseguía.

—Maxine.

—Dr. Dan Carter.

—Así que usted ha dicho.

Se dieron la mano.

—¿Adónde vas?

—Las Bahamas. ¿Tú?

—Mis amigos y yo —señaló Dan a sus amigos en la mesa del bar. —Nos vamos a Italia de vacaciones.

—¿Oh en serio ¿Porqué?

—Para los zapatos.

—¿De verdad?

—No.

Él se rió, y ella lo hizo también.

—¿Te gustaría unirte a mí para tomar una copa antes de tu vuelo?

Ella se rió, sacudió la cabeza y dijo: —No, no lo creo.

—Bien, ¿qué tal si nos unimos a mis amigos y a mí para tomar una copa antes de tu vuelo?

—No lo creo.

—¿Tengo una oportunidad?

—Cero posibilidades.

—¿Ninguna?

Ella se sacudió su la cabeza.

—¿Por qué no?

—Porque estoy volando para encontrarme con mi esposo y mis hijos, que ya están en las Bahamas.

—Oh. No tenía idea de que estuvieras casada. No vi un anillo.

—No me pongo uno.

—Ah, está bien, bueno, fue un placer conocerte, Maxine, y que tengas tienes un viaje seguro y divertido en las Bahamas —y luego regresó a sus amigos.

—Fue un placer conocerlo, Dr. Carter.

No estaba segura de oírlo, pero se sentía mejor consigo misma que hace unos minutos.

De vuelta en la mesa, Dan se enfurruñó. Fue momentáneo. Bebió su bebida de un trago.

—¿Con qué frecuencia has usado la rutina, “soy un médico, vamos a joder”? —Preguntó Steven.

Perplejo, Dan preguntó. —¿Quieres decir hoy?

Steven murmuró: —Eso es lo que pensé.

—¿Por qué no le preguntas a un agente inmobiliario o a un vendedor de autos? Es un juego de números como todo lo demás. Una vez que entiendas que puedes entrar con tu llamado —lanzamiento de ventas— sin ninguna emoción o expectativa de una manera u otra del resultado. —dijo Dan mientras movía sus papas fritas en un globo de ketchup.

—No pareces muy decepcionado.

—Porque no lo soy. Ella mostró interés, y yo perseguí. Sólo le gustaba coquetear. No tenía idea de que estaba casada porque no llevaba un anillo, lo que podría significar que la razón por la que estaba con su marido en lugar de ir con él a las Bahamas era que ya había conocido a su amante y ella estaba en camino de unirse a su familia regular y se olvidó de volver a ponerse el anillo.

—¿Cómo conseguiste eso? —Preguntó John.

Dan se encogió de hombros. —Es solo una suposición. No me importa si tengo razón o no. Lo mejor que se puede hacer después de un rechazo es olvidarse de él y seguir adelante. No dejes que se lastimen tus sentimientos.

La camarera vino y preguntó: —¿Quieres otra ronda?

—Oh, Dios, sí —dijo John.

Los otros dos se acordaron de otra ronda.

Dan dijo: —Quiero emborracharme tanto que duermo como un bebé en el vuelo. Doce horas sin nada que hacer, solo siéntate sentado allí. Me volverá loco.

—No podría estar más de acuerdo,—dijo John.

Después de la siguiente ronda, Dan tuvo sueño. —Oh Dios, espero poder hacerlo pasar a través del abordaje.

—Lo lograrás —dijo John.

Capítulo 6: El vuelo a Italia

Los médicos esperaban su turno para abordar cuando se anunció su vuelo. Cruzaron el jetway y fueron recibidos por otra azafata que les sonrió a los cirujanos. Dan, apenas capaz de permanecer despierto, llevaba la sonrisa tonta de los borrachos felices.

—Ha tenido demasiados en el bar —explicó Steven.

—Debería estar bien una vez que lo sentamos.

La azafata sonrió nerviosamente y saludó a los otros pasajeros detrás de los cirujanos.

Dan luchó contra la somnolencia hasta que se abrochó el cinturón de seguridad en primera clase y luego durmió como un bebé.

John y Steven suspiraron cuando escucharon a Dan dormir.

—Después de todo lo que bebió, ¿crees que la píldora era necesaria? —Steven susurró.

John se encogió de hombros: —Tal vez o no. ¿Quién sabe? No pensé que iba a beber tanto.

Steven negó con la cabeza. —Esperamos lo mejor.

John y Steven trabajaron en las interminables horas de papeleo que los médicos tienen que completar. Durmieron un par de horas. Leían y escuchaban música para cancelar los ronquidos de Dan.

Las últimas vacaciones de John ocurrieron un par de meses después de la muerte de Lisa. Visitaron Disney World y Universal Studios en Orlando durante dos semanas. Recordó a sus padres llorando en el lugar más feliz de la tierra.

Durante esas dos semanas, su madre quedó embarazada nuevamente con su hija de reemplazo, Chrissy. No conocía bien a su hermana pequeña porque estaba fuera de la casa cuando ella llevaba pañales. John nunca pudo superar el papel de Chrissy como la chica de reemplazo y, por lo tanto, decidió no estar cerca de ella. Después de obtener su licenciatura, no tuvo tiempo para nadie fuera de su carrera.

Prácticamente vivía en el hospital y, debido a las largas horas que había pasado a lo largo de los años, no tenía idea de qué hacer consigo mismo cuando tenía días libres, excepto dormir. Nunca parecía haber suficiente tiempo para dormir. Comió en la cafetería del hospital. Se duchó en el hospital. Dormía en el hospital y a veces hacía el amor en el hospital. Tenía una relación de amigos con beneficios con una enfermera mayor en obstetricia. Cuando Dan le ofreció a John unas vacaciones pagadas con todos los gastos a Italia, el prospecto asustó a John, cuyo pensamiento inicial fue: *¿Qué haría el hospital sin mí?*

Se dio cuenta de que eso era ridículo. ¿Qué haría él consigo mismo en la playa sin nada que hacer excepto leer novelas de la tienda de regalos del aeropuerto (como las que solía escribir) y trabajar en un bronceado brillante? Había estado en modo médico durante tanto tiempo que no entendió cuándo su amigo le entregó las llaves del paraíso; ese fue el momento en que John se dio cuenta de que necesitaba unas vacaciones, de lo contrario se quemaría. Había sido testigo del agotamiento de colegas prometedores y nunca fue una vista bonita.

Consideró escribir de nuevo. Un par de ideas se arremolinaban en su cabeza, un par de historias extrañas de fantasía, una en la que Nero Wolfe y Sam Spade se unen para luchar contra Drácula. Otra historia siguió a un joven ingenuo que es seducido por un súcubo que luego se enamora del joven y ofrece hacerlo inmortal. La última fue una historia de crímenes donde una figura de tipo Don Corleone era en realidad un brujo que luchaba contra otras familias de crímenes mágicos.

John contempló crear notas sobre esas historias cuando el tiempo lo permitía. Ahora que sus certificaciones de la junta estaban detrás de él y tenía un mes para él solo sin tener que hacer nada más que recostarse en la playa y quizás volver a escribir.

¿Quién sabe? John pensó. Quizá ahora es el momento.

No había itinerario para las vacaciones, porque Dan nunca tuvo un plan para nada. Obtener un plan definitivo de Dan para casi cualquier cosa fue a menudo doloroso y agotador. Para el recuerdo de John, Dan no tenía otras ideas más allá de beber en la playa, ordenar del servicio de habitaciones todas las noches e intentar acostarse con la mayor frecuencia posible.

Dan no mostró interés en ver nada más de Italia: ni Coliseo, ni Panteón, ni Capilla Sixtina, solo playas, bebidas alcohólicas y tetas.

¿Quién sabe? John pensó. Dan podría aburrirse y elegir absorber algo de cultura. John pensó que si se aburría o sufría el bloqueo del escritor, iría a visitar esos lugares solo.

*

Steven no estaba seguro de que debería haberse ido para estas vacaciones. Al igual que John, Dan y cualquier otro cirujano recién acuñado, Steven vivía en el hospital.

—¿Hay algo en lo que sea mal, Steven? —Preguntó uno de sus mentores.

—Relaciones —respondió Steven.

Hasta cierto punto, casi todo fue fácil para Steven. Sin embargo, compartir su vida con una persona que no es de su familia a menudo lo llevó a compromisos incómodos. Ahora, aceptó vivir con dos personas durante un mes. La única persona con la que Steven logró vivir fue John Miller, a quien conoció durante su primera semana de escuela de medicina. Dos días después, se encontraron con su vecino loco en el pasillo; el hombre roncando en el asiento frente a ellos, que había pagado por este viaje.

John tenía una novia en toda la escuela de medicina, una hermosa doctora de treinta y tantos años que trabajaba en el mismo hospital. Steven rebotó entre novias esporádicas y efímeras durante la escuela de medicina. Los mantendría cerca hasta que uno de ellos se aburriera. Dan se acostó con la próxima mujer sexy disponible en este momento. Dan tampoco sabía cómo manejar las relaciones, pero, una vez más, a Dan parecía no importarle o esforzarse demasiado.

*

La baja presión de la cabina hizo que dormir en el avión fuera más fácil y casi todos los demás en primera clase, incluidos los tres médicos, durmieron durante un par de horas mientras el avión navegaba por el Océano Atlántico.

John se despertó primero y lo sorprendió al encontrarse en un avión. Tenía un sueño extraño sobre un dragón que lo rescataba o algo así. No recordaba mucho, y el sueño se le escapaba de la memoria con cada segundo. Pensó en ponerlo en uno de sus libros.

En la tienda de regalos del aeropuerto, había recogido un libro que recordaba sus propios trabajos anteriores. Sin embargo, la historia era demasiado delgada y poco interesante, y John creía que podría haberlo hecho mejor; Casi todos los libros que leyó así fue una experiencia de aprendizaje. El libro inspiró a John a abrir su cuaderno y anotar algunas notas.

Tal vez durante este descanso pueda leer de nuevo por diversión, John pensó. ¿Quién sabe?

*

Steven dormía con la cabeza inclinada hacia atrás, la boca abierta y roncando ligeramente. Steven soñó que era un invitado en el Club Diogenes de Mycroft Holmes, sentado en una habitación privada, lo que permitía a los hombres hablar y una habitación que el anciano Sr. Holmes usaba para los negocios fuera del horario laboral. El corpulento hermano del famoso detective reprendió a Steven por no recuperar un objeto perdido.

Dan, que estaba sentado junto a Steven en el Club Diogenes, no estaba ayudando a la situación con su boca inteligente. Mycroft estaba cada vez más frustrado por la impetuosidad de Dan y su rostro adquirió un tono rojo escarlata poco saludable, que cualquier médico moderno reconocería como hipertensión. Mycroft salió de la habitación tosiendo y jadeando.

Una vez que el jefe informal del gobierno victoriano británico abandonó la sala, Dan dijo: —Sabes que me mataste, ¿verdad?

—¿Qué? —preguntó Steven.

—Sí, estoy sentado frente a ustedes dos idiotas que me envenenaron para

mantenerme dormido en el avión. Bueno, ustedes dos, Dr. Feelgoods, hicieron un buen trabajo, porque no solo estoy dormido, sino que continuaré durmiendo por la eternidad. Ahora, a menos que los imbéciles quieran jugar la versión de la vida real de —Un Fin de Semana en Casa de Bernie— durante todo un mes, sugiero que te despiertes y me resucites.

Steven roncaba lo suficientemente fuerte como para despertarse. Steven se secó los ojos.

—¿Estás bien? —Preguntó John mientras garabateaba notas

Steven sacudió la cabeza. —No, soñé que Dan estaba en peligro.

—Normalmente lo es.

—No así no. ¿Se ha despertado desde que has estado despierto?

John sacudió la cabeza. Steven se inclinó hacia delante y sacudió el asiento de Dan.

—Despierta, dormilón. —Steven le dio unas palmaditas en los hombros a Dan.

No se despertó. No se movía.

—Dan, vamos. Despierta.

Nada.

Steven y John se horrorizaron. Steven comprobó el pulso mientras John comprobó si Dan todavía respiraba.

—No hay pulso.

John susurró: —Él tampoco respire.

—¿Cuánto le diste? —Steven susurró.

—No es suficiente para hacer esto —John susurró. —Haré las respiraciones. Usted hace las compresiones torácicas.

Steven asintió con la cabeza.

Los médicos sacaron a su amigo de su asiento y lo acostaron boca arriba en el pasillo.

—¿Está todo bien? —Preguntó una azafata.

Steven se puso sus manos sobre el pecho de Dan, susurrando en una desesperada y enloquecedora oración: —Por favor, Dios, no dejes que Dan muera aquí. Dan, si puedes oírme, no te mueras y despiértate.

John le dijo a la azafata (una mujer diferente a la que Dan intentó seducir en el bar antes de abordar), —Nuestro amigo dejó de respirar. Somos médicos.

Tráenos el botiquín.

La azafata asintió con la cabeza.

Para Steven, John preguntó: —¿Listo?

Steven asintió y dijo: —El 3... 2... 1.

El cuerpo de Dan se sacudió, roncaba y tosía. John se cerró los ojos, sacudió la cabeza y suspiró. Steven se rió para liberar su tensión y miedo. John sacudió a Dan para despertarlo.

La azafata regresó con el botiquín. Ella preguntó: —¿Está bien?

John tomó el botiquín y le dijo: —Te lo haremos saber.

Dan se abrió los ojos, parpadeó varias veces, bostezó y se frotó los ojos. Se sentó, miró a su alrededor y se dio cuenta de que todavía estaba en el avión. —Oh, sí, Italia. —dijo Dan y bostezó.

—Acabo de tener el sueño más extraño —dijo Dan, y señaló a John y Steven. —Y que estaban allí, y que estaba allí.

Los pasajeros y las azafatas aplaudieron cuando Dan se despertó.

Steven y John suspiraron. Ambos sintieron que estaban a punto de sufrir ataques cardíacos.

—¿Ya casi llegamos? Tengo hambre. —Dan fingió que era un niño llorón. Algunos otros pasajeros se rieron, pero John y Steven sacudieron la cabeza.

—Estamos a una hora de distancia —dijo Steven y se sentó. Estaba sudando y su corazón latía con fuerza.

La momentánea 'muerte' de Dan había asustado a John, no solo porque habría perdido a un amigo cercano (que lo irritaba y lo hacía reír), sino que habría una autopsia que mostraría trazas de las drogas en su sistema, junto con las copiosas cantidades de alcohol.

*

El avión aterrizó en Nápoles a tiempo. Los médicos estadounidenses bajaron del avión y recogieron su equipaje respectivo. Las maletas de John y Steven eran anodinas y comunes para los viajeros estadounidenses adinerados, mientras que Dan trajo dos maletas My Little Pony y recibió las miradas más

extrañas de los otros pasajeros cuando las agarró.

—¿Por qué las tienes? —preguntó Steven.

—Necesito baúles para llevar mi ropa y cosas como todos los demás.

—Quiero decir ¿por qué elegiste las maletas de niñas?

—Si su equipo se pierde, ¿cómo lo describen ustedes sus maletas se parecen a las maletas de cualquier otro viajero del mundo? Si eso sucede, puedo decirles que me faltan dos bolsos de My Little Pony, uno es rosado con el personaje —Pinky Pie— en el frente, mientras que el otro es púrpura con el personaje —Twilight Sparkle— en el frente.

—Estoy avergonzado de que lo sepas —dijo Steven.

—Además, si un ladrón quisiera robar equipaje, ¿crees que elegiría la bolsa de un turista acomodado o una niña pequeña? ¿Cuál asumirías que tiene más valor monetario?

—Guau —John silbó. —Tiene un punto.

—Vamos, pasemos por la aduana,—dijo John, abriendo el camino.

—¿Algo que declarar? —Preguntó el agente de aduanas italiano.

Casi todos sacudieron la cabeza y se les permitió pasar. Dan se rió y se abrió la boca para decir algo mientras John y Steven lo miraban. Dan se cerró la trampa y se sacudió la cabeza.

Fuera del aeropuerto, Steven tomó un taxi y los tres médicos se dirigieron al hotel, donde les esperaba más que su suite.

*

En la recepción, una hermosa mujer italiana, vestida con un uniforme de hotel, los saludó. Su etiqueta con el nombre decía Bella.

—Ciao, benvenuto al Hilton,—dijo la mujer.

—Ciao. —dijo Dan, luchando para recordar a cualquier italiano que había intentado aprender.

—Hablo inglés —dijo la señora del mostrador.

Los tres médicos suspiraron aliviados.

—Ustedes tres son estadounidenses, ¿no? —Preguntó Bella.

—Y estamos —se jactó Dan y sonrió.

Steven y John gruñeron.

Bella mostró su sonrisa profesional, diciendo: —Sí, lo hemos estado esperando a usted, señor, er, Doctor Carter y sus amigos. El ático está listo.

—Ooh, como la revista —dijo Dan, principalmente a sus amigos. —He estado leyendo eso desde que tenía once años.

Steven y John volvieron a gemir mientras Bella continuaba su discurso profesional ignorando los crudos comentarios de Dan.

—La suite del ático está lista para su llegada. El refrigerador ha sido abastecido y será atendido dos veces al día durante su estadía.

Bella se jactó de los beneficios y comodidades que ofrecía la suite, pero Dan perdió interés. Tenía un dolor de cabeza monstruoso desde que se despertó en el pasillo del avión y solo quería levantarse para tomar otra siesta.

—Giuseppe les llevará a su suite —dijo Bella. Un botones llegó a la recepción.

—¿Puedo llevar su maletas? —Preguntó el baja y retorcido botones. Llevaba un carrito de latón con él.

Los doctores asintieron y el botones colocó sus bolsas en el carrito.

—Aww —comentó Bella al ver las preciosas bolsas de dibujos animados de Dan. —Las bolsas son tan lindos, Doctor Carter. ¿Tiene una hija joven?

—No. ¿Por qué?

Sorprendida, Bella no sabía qué decir a continuación, excepto el viejo modo de espera: —Disfrute su estadía.

Giuseppe empujó el carrito de latón hacia los ascensores, presionó el botón y empujó el carrito hacia adentro cuando llegó el vagón y se vació. Los turistas lo siguieron.

—Ustedes señores son estadounidenses, ¿no? —preguntó Giuseppe en inglés fracturado.

John y Steven asintieron. Dan ignoró el botones debido a su dolor de cabeza punzante y apoyó la cabeza contra la pared fría del ascensor.

—Bella dijo que ustedes, caballeros, son doctores. ¿Es eso cierto?

—Sí, todos cirujanos —admitió John.

—¿Cirujanos? —Preguntó Giuseppe. —Qué tipo de cirujanos?

Steven se señaló a sí mismo y respondió: —Soy neurocirujano. Esos dos, —señaló Steven a John y Dan, —son cirujanos plásticos.

—¿Cirujanos plásticos? ¡Guau! —Giuseppe jadeó. Me ha parecido impresionado.

El ascensor sonó y se abrió en el piso superior. Los médicos salieron y dejaron que Giuseppe sacara el carrito del ascensor y los condujera a la suite. Giuseppe les abrió la puerta.

—Dios mío —dijo John dentro de la suite. No podía creer que esta sería su casa para el próximo mes.. —Este lugar es palaciego.

El inmenso apartamento venía con una hermosa vista panorámica del océano. Debajo de los terrenos del hotel imitaban una pequeña ciudad exclusiva para los huéspedes del hotel. La habitación privada de John, que era aproximadamente del tamaño del apartamento de John y Steven, tenía su propio baño y vestidor.

—Guau —dijo Steven. Aunque provenía de una familia acomodada, también estaba asombrado de su habitación.

—¿A todos les gusta? —preguntó el botones.

Se olvidaron de que estaba allí.

—Sí —dijo John. —Deje las bolsas. Podemos ocuparnos de esto desde aquí. —John abrió su billetera y le entregó un billete de veinte euros. No sabía qué era la propina estándar o incluso ni tampoco si Italia era una cultura de propinas.

—Guau, gracias, doctor. Si necesita algo, solo llame a la recepción y pregúnteme, Giuseppe. Disfrute su estancia.

Tomó el carro y se fue.

Los médicos exploraron la suite con asombro, incluso Dan, pero no en la medida de John y Steve. Dan estaba acostumbrado al lujo, pero incluso hasta esto estaba más allá de su mimo habitual.

—Esto debe haber costado una pequeña fortuna para alquilar —dijo Steven.

—Sí, bueno, le dije a la abuela Carter que no debería ser barato.

—¿Qué no sería barato? —Preguntó John.

—La muerte de mi sueño de ser un comediante —dijo Dan, y se quedó en silencio mientras llevaba sus maletas al dormitorio principal.

John y Steven miraron a Dan. Sus amigos nunca lo habían visto ser algo más que tonto y de alta energía o quieto e hiperactivo para estudiar o hacer su trabajo. En ese momento, Steven y John entendieron que estas vacaciones eran un funeral para las ambiciones juveniles de Dan. Vinieron a enterrarlas.

—Tengo el dormitorio principal, pero pensé que era algo obvio —dijo Dan y llevó sus maletas al dormitorio más grande.

—Estoy tomando una siesta. Mi cabeza se siente como si tuviera la peor resaca, como si me estuviera muriendo por dentro.

John y Steven no dijeron nada, y se dirigieron a sus respectivas habitaciones para dormir fuera del desfase horario.

Por abajo, en la recepción, Giuseppe le envió un mensaje de texto a su otro empleador, más reservado, informándole que habían llegado los cirujanos estadounidenses.

Capítulo 7: Una noche en la ciudad

John se despertó primero y aprensivo cuando se abrió los ojos, olvidando por un par de segundos dónde estaba o por qué estaba en esta cama extraña.

—Oh, sí, Italia —susurró, y bostezó.

Salió de la cama, vestido con una camiseta y boxers de los Marlins de Florida, se dirigió a la cocina y abrió el refrigerador, encontrándolo repleto de fiambres, queso, leche al 2%, frutas y verduras, una barra de pan, botellas de Coca-Colas y cervezas italianas.

John se preparó un sándwich y se sentó en el mostrador de la cocina mirando hacia el sol poniente, un hermoso atardecer en el horizonte. La vista era tan inspiradora como aspiracional. Las tranquilas olas azules en el horizonte eran hipnóticas. Después de terminar su emparedado, salió al balcón maravillado con la vista panorámica de este paraíso. Los juerguistas de abajo en el largo tramo de playa estaban comenzando la fiesta. Yates flotaban cerca de las playas.

Una razón por la que se había convertido en cirujano era algún día pagar para tener una visión similar del océano, eventualmente. Ahora, como cirujano de primer año, apenas ganaba lo suficiente para sobrevivir con las deudas de préstamos estudiantiles, lo que lo mantuvo en su pequeño departamento con Steven. Sin embargo, después de un par de años con aumentos sustanciales en el pago y domesticando a la bestia de préstamos estudiantiles, John esperaba que comenzara a ahorrar para vivir en un lugar como este.

—Un infierno de vista —dijo Steven, sorprendiendo a John. —¿Estás bien?

—Sí, yo, eh, no esperaba que nadie más estuviera despierto todavía. ¿Hambriento?

Steven se estiró y asintió.

—El refrigerador está abastecido. Sírvate.

Steven abrió la puerta del refrigerador y vitoreó. Steven sacó una de las cervezas italianas y tomó un sorbo. Estaba acostumbrado a las cervezas americanas y europeas, como Guinness o Heineken. Estas cervezas serían un

gusto adquirido. Steven se preparó un sándwich y se sentó junto a John, mientras el resto del sol rojo se ponía en el oeste sobre el horizonte.

En el momento en que se puso el sol e Italia se sumió en la oscuridad, Dan se despertó como si fuera un vampiro. Salió del dormitorio principal con una bata de baño amarillo de SpongeBob Squarepants.

—Parece que ustedes dos comenzaron la fiesta sin mí. ¿Están listos para ir a la playa y divertirse?

—¿A dónde vamos? —Preguntó Steven.

—Ahí abajo. Estas playas están llenas de bares, fiestas y clubes. Es temporada turística. —Dan se preparó un sándwich y bebió una de las cervezas italianas.

—Vamos, preparémonos —dijo Dan. Volvió corriendo a su habitación.

John y Steven escucharon la ducha corriendo en el dormitorio principal mientras Dan cantaba una interpretación ruidosa y poco convencional del “Toxic” de Britney Spears.

Steven, terminando su sándwich, dijo: —Será un mes largo.

*

Después de que se ducharon y vistieron, estaban listos para su primera noche en Nápoles.

—Está bien, caballeros,—les dijo Dan a sus amigos mientras salían por las puertas del vestíbulo del hotel Dan se despidió diciéndoles: —Diviértanse, chicos, y no esperen.

—¿Alguna idea de a dónde va ir? —Preguntó John.

—No. ¿Tú?

John sacudió la cabeza. Vieron las fiestas de verano en la playa.

Steven sugirió: —Quizás Dan tuvo la idea correcta. A veces el tonto sabe mejor.

John sonrió y dijo: —No iría tan lejos. Vamos, veamos si Nápoles es una ciudad divertida.

—Sí, te veo mañana.

*

Dan actuó como un niño rico de vacaciones de primavera con una tarjeta de crédito ilimitada, saltando de un bar a otro, comenzando por el bar y discoteca en los terrenos del hotel. Pronto, encontró su camino a otro club en la playa.

Feliz y cómodamente borracho, Dan bailó como si nadie estuviera mirando, pero alguien estaba mirando. Un hombre con cámara continuó haciendo clic y siguiendo a Dan Carter a través de su recorrido por la vida nocturna de la playa de Nápoles.

Dan llamó la atención de una bella joven italiana con piel de color oliva, cabello negro, grandes ojos marrones y labios carnosos. Tenía un cuerpo hermoso y curvilíneo. Ella le sonrió mientras bailaba con la música del club. Ella se movió su el dedo índice en un movimiento de venir.

—Hola —comenzó Dan—. ¿Hablas inglés? Por favor, diga di “sí.”

—Sí,—dijo ella, con su acento italiano. Ella sonrió y se rió.

—¿Puedo comprarte una bebida? —Preguntó.

Ella asintió.

Dan la condujo desde la pista de baile hasta el bar. Le compró una margarita. Tenía un Jack y Coca-Cola. Charló y ella se echó a reír.

—¿Qué haces? —La mujer preguntó en inglés muy pronunciado.

—Soy cirujano —se jactó Dan. —Un cirujano plástico de Miami.

—¿Eres estadounidense?

—Sí, lo soy.

Sus ojos se abrieron y sonrió. Le compró otro trago y ella lo besó. Salieron calientes y pesados en el bar. El camarero y los clientes no les dieron una segunda mirada. Era temporada turística.

La nueva novia de Dan se excusó. En el baño, hizo una llamada telefónica.

—Sì, lui è un chirurgo plastico dall'America. —Traducido: *Sí, es un cirujano plástico de Estados Unidos.* —*Si. Si. Si. Ovviamente (por supuesto). Arrivederci.*

Terminó la llamada y regresó al cirujano estadounidense.

—¿Me extrañaste? —Preguntó ella.

—Lo hice. Ahora, ¿Dónde estábamos?

Se besaron tan apasionadamente como antes.

—Volvamos a mi casa —ofreció Dan.

—¿Como una cita? —Preguntó ella. Su acento era tan espeso que Dan no estaba seguro de si la había escuchado correctamente.

—Um ... claro, si eso te hace sentir mejor.

Ella sonrió y asintió. Regresaron al hotel.

El hombre con una cámara continuó haciendo clic en las imágenes mientras seguía a Dan Carter.

*

Después de una hora de pasar bares y discotecas a lo largo de la playa, John se detuvo en un bar por capricho para tomar una copa.

Pensó: —*¿Qué demonios? —Y caminé hacia un bar con temas de tiki. Quería una bebida y este lugar era tan bueno como cualquier otro. Pidió un vodka de martini sucio con tres aceitunas.*

—Esa es una buena bebida. La bebida de un hombre. Tito aquí los hace fuertes.

Una hermosa mujer mayor, que se parecía a Sophia Loren en los años 70s, se apoyó en la barra esperando una bebida, le dijo al cirujano.

Para John, la mujer apareció milagrosamente a su lado. Ella no estaba allí cuando él ordenó su martini.

Su cabello era largo y rojo. Llevaba un vestido de cóctel rojo que mostraba sus curvas peligrosas y su amplio escote. Un collar con una pequeña chuchería verde envuelta entre sus dos senos grandes y rehechos. John notó la leve cicatriz quirúrgica solo porque sabía dónde mirar. Su cirujano plástico era un verdadero artista de la carne.

Ese cirujano podría darnos a Dan y a mí algunos indicadores, pensó John.

Ella se rió y mostró su cálida sonrisa.

John dijo —Hola— y le sonrió. —No te vi allí.

Ella se rió, le devolvió la sonrisa y se acercó a él. Había pasado un tiempo

desde que John había recogido a una mujer en un bar.

Ella dijo: —Me gusta tu acento.

—Me gusta el tuyo —dijo.

—¿De dónde eres? —Preguntó ella.

—Miami —respondió John.

—Un estadounidense,—dijo, con un jadeo y una sonrisa.

John asintió y preguntó: —¿Puedo comprarte una bebida?

—Ciertamente.

John pidió otro martini y ella pidió un té helado de Long Island.

—Amo a América —dijo. —Pero no he estado allí en mucho tiempo.

Él sonrió.

—Soy Miller, John Miller.

—Teresa Vincenzo.

Se dieron la mano. Su mano era pequeña, delicada y femenina.

—Lo que está usted, Sr. John Miller de Estados Unidos?

—Doctor?

—¿Eh? ¿Cosa?

—Doctor John Miller.

Sus ojos se iluminaron. —Oh, ¿un médico estadounidense?

Él asintió mientras tomaba un sorbo de su martini.

—Mmm. Estabas en lo correcto. Tenías razón. El martini es fuerte, pero delicioso, y la cantidad correcta de suciedad.

Hicieron clic los vasos.

—Saludo.

—Saludo.

El collar colgado sobre su escote contenía una esmeralda del tamaño de un M&M de maní dentro de las alas de murciélago de una joyería.

—Me encanta tu collar.

—Oh, gracias. ¿Esta cosa vieja?

—Es muy ... inusual.

—Que es. —Así es.

La esmeralda brilló cuando John la miró; un flash similar al de una cámara que cegó a John por un segundo. Parpadeó varias veces hasta que sus ojos volvieron a la normalidad.

—¿Ves lo que quieras?—Preguntó ella.

—Perdóname por mirar fijamente, pero tu collar simplemente brillaba.

—¿De versa?

John asintió y miró, hipnotizado por el collar. Acercó su dedo índice a la piedra y la tocó. Le dio al doctor curioso un pequeño golpe eléctrico estático, y él retiró su dedo e hizo una mueca.

Los ojos de Teresa se abrieron con sorpresa y sorpresa y luego sonrió. — Parece que le gustas a la esmeralda.

—¿Qué es?—Preguntó John.

—Es una pieza de una antigua esmeralda; Una reliquia familiar. Mi amigo me dijo que te encontraría aquí.

John arqueó una ceja.

—¿Cómo sabría tu amigo que estaría aquí cuando no tuviera idea de que estaría aquí? Elegí este bar al azar.

—¿Tuviste?

Su pregunta asustó a John, quien tartamudeó una respuesta.

—No es algo malo,—le dijo Teresa. —Ella me dijo que serías guapo como una estrella de cine y que tenías muchas ... cualidades ocultas.

—¿Cualidades ocultas?—Preguntó John y tomó un sorbo de su martini.

—Uh-huh,—Teresa asintió, también bebiendo su bebida. Ella rozó el dedo por el costado de su mejilla, lo que hizo que el cuerpo de John se estremeciera de emoción, provocando una erección instantánea.

John la atrajo hacia él y la besó. Teresa agarró a John por los lados de la cara y lo besó con fuerza y pasión. Teresa era fuerte, deliciosa y la cantidad correcta de suciedad.

—Volvamos a mi casa —jadeó, sin aliento.

—Suenas bien para mí.

John pagó su cuenta.

Teresa lo llevó a su limusina todoterreno. John no veía mucho a su conductor, pero por la silueta de sus hombros, el conductor era un hombre grande y corpulento que le recordaba a John el Monstruo de Frankenstein.

Una vez dentro del todoterreno, Teresa instruyó a su conductor en italiano para que los llevara a casa.

John y Teresa se besaron como adolescentes cachondos después del baile

de graduación durante el corto viaje. Se asomó por la ventana del SUV cuando el conductor, Bernardo, se detuvo en la puerta. Los ojos del cirujano de vacaciones se abrieron y pronunció: —Guau.

Teresa bromeó: —Espera hasta que entres.

Bernardo detuvo el SUV en la puerta principal. Teresa salió de la parte de atrás y sacó a John de la mano.

—Eso será todo por la noche, Bernardo,—le dijo al conductor en inglés. El conductor gruñó y de acuerdo. A John le susurró: —Sígueme.

Su amplia y opulenta casa se tambaleaba entre un museo refinado y un palacio del viejo mundo. Pequeñas estatuas de hombres clásicos se erguían heroicamente en los rincones de las paredes. Brillantes azulejos antiguos brillaban debajo de sus pies.

Teresa lo condujo de la mano mientras se sacudía y subía la gran escalera de mármol; sus caderas se movían hipnóticamente.

Su espaciosa habitación tenía una sensación cómoda, aunque de lujo medieval, con una cama doble extra grande en el centro de la habitación hecha y lista. Teresa cerró la puerta y la cerró con llave. Besó a John nuevamente, prácticamente atacándolo mientras abría la cremallera de su vestido.

—Por favor, permítame —ofreció John, y delicadamente, con la precisión de un cirujano, John desabrochó su vestido.

Ella movió su vestido al suelo revelando un sujetador y bragas de encaje negro a juego. Teresa tenía el cuerpo más exquisito y ágil, el de una bailarina curvilínea.

Ella se rió como una niña de la escuela y envolvió sus brazos alrededor de él, abrochados detrás de su cuello. Él la miró a los ojos con forma de cierva.

Trazó su rostro con su dedo índice y luego bajó por su pecho esculpido en el gimnasio. Teresa le dijo en inglés acentuado: —Eres un joven muy guapo, ¿lo sabes?

John sonrió. —Gracias.

Ella lo desnudó y acarició su erección. —Tienes un cuerpo hermoso.

John jadeó: —Gracias. Tú también.

John se desabrochó el sujetador con una mano usando solo este un pulgar y dos dedos. Los ojos de Teresa se iluminaron, impresionados por ese movimiento.

—Has tenido mucha práctica, ¿sí?

—Sí, años de experiencia.

—Ooh,—se rió Teresa.

Tuvieron relaciones sexuales durante una hora antes de quedarse dormidos en la cama sudorosos, exhaustos y felices. John se durmió primero y Teresa lo estudió mientras dormía. Ella le pasó el dedo por la mejilla derecha.

—Te dije que sabía que vendrías —susurró. —La profecía fue correcta. Espero que les guste aquí, porque aquí es donde debían estar.

Capítulo 8: Al día siguiente

A la mañana siguiente, tanto Dan Carter como su novia en el bar se levantaron temprano, pero descansaron en la cama tamaño king de Dan, reacios a irse, pero Dan necesitaba moverse.

—Deberíamos levantarnos ahora. Necesito orinar y tomar café, pero no al mismo tiempo. —Dan se envolvió en su bata de baño Bob Esponja demasiado pequeña y se dirigió al baño.

Minutos después, hizo café y esperó que su novia del bar se uniera a él.

Cuando salió de la habitación, estaba vestida y lista para irse con su bolso en la mano. Se encontró con Dan en el mostrador de la cocina. Le entregó una taza de café.

—Gracias,—dijo.

—Te ves tan sexy durante el día como por la noche.

Ella sonrió y se rió.

—Lo pasé muy bien anoche y ...

—Yo también.

—Y me debes \$ 9000.

Dan se echó a reír. —Está bien, déjame hacer bromas.

—No, lo digo en serio.

Ella no estaba bromeando.

—Espera, ¿eres una prostituta?

Ella asintió mientras tomaba un sorbo de su café.

La expresión de Dan sugirió que ella era loca.

—Pero nunca negociamos precios, posiciones, tiempos, palabras seguras ni nada de eso. Para cierto, mis palabras seguras son 'No' y 'Pare'.

Ella se burló —Ni siquiera me preguntaste mi nombre. ¿Acaso pensaste que era una puta cachonda que quería ir a casa contigo porque eres un médico estadounidense guapo?

Actuó como si ella no tuviera ni idea y respondió: —Ummm ... sí. Sucede con bastante frecuencia.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Cómo crees que te debo \$9000 y supongo que te refieres a dólares estadounidenses?

—Bueno, pasé la noche y luego vimos porno muy extraño y muy perturbador juntos y luego lo hicimos dos veces más antes de quedarme dormido. Luego lo hicimos una vez más esta mañana

mientras vimos ese extraño porno de nuevo y eso elevó el precio..

—Si me hubieras dicho que ver gangbangs interraciales con payasos mientras teníamos sexo me habría costado unos pocos miles de dólares, habría esperado hasta que te fueras.

—¿Me vas a pagar?

Incluso mientras intentaba extorsionarlo, todavía era sexy y mostraba una milla de escote, y Dan tuvo una erección mirando su escote cuando alguien llamó a la puerta.

Dan abrió la puerta una pulgada mirando lo suficiente como para ver quién estaba allí. Tres hombres italianos de mediana edad, vestidos con trajes oscuros de Armani con bultos debajo de sus chaquetas, y sombreros deportivos oscuros estaban parados frente a su puerta. Para un local, estos hombres en su puerta habrían traído miedo y respeto porque sabrían quiénes eran estos hombres y quién los había enviado. Sin embargo, Dan no era local, no tenía idea de quiénes eran estos hombres o qué querían, y pensó que eran actores de cosplay de edad avanzada.

—Las audiciones de Martin Scorsese están al final del pasillo. Si comienzas a cantar los clásicos de los Rolling Stones o Tony Bennett cuando entras, es posible que ustedes comprendan el papel. —Señaló más abajo en el pasillo e intentó cerrar la puerta.

El líder de los hombres italianos puso su mano sobre la puerta evitando que Dan la cerrara. Empujaron a Dan a un lado y entraron en la suite del ático.

—Supongo que no estás con la limpieza.

—¿Estamos interrumpiendo algo?—Preguntó el supuesto líder del trío en un inglés lento y entrecortado.

La erección de Dan asomó su bata de baño SpongeBob. Todos pudieron verlo porque Dan no se molestó en ocultarlo.

—Um, no, ¿por qué preguntas?

El hombre italiano principal le preguntó a la joven, —¿Es este el médico?

—No —interrumpió Dan. —Soy un doctor. The Doctor es un popular personaje británico que vuela por el espacio en una antigua caja de policía y le gusta recoger chicas inglesas. Quiero decir, ¿por qué solo chicas inglesas? Si puedes atravesar el tiempo y el espacio, ¿qué tal si recoges algunas chicas rusas o brasileñas o esas chicas de piel verde que Kirk solía golpear de vez en cuando, ya sabes? Pregúntale a tus amigos nerd si tienes alguno.

—¿Siempre habla así? —Le preguntó el viejo italiano a la prostituta.

Ella gimió, asintió y susurró: —Todos. Noche. Largo.

—Espera —le preguntó Dan al italiano. —¿Cómo sabías que era un médico estadounidense?

El líder tradujo a sus compañeros y los italianos se rieron. El traductor explicó: —Paulina nos dijo.

—Oh, hola Paulina. Soy Dan. Encantado de conocerte. Él extendió una mano para estrecharla.

Ella se burló y no lo tomó, y luego lo llamó un “el pendejo” en italiano.

—Ella nos dice que eres un joven muy perverso, Dan Carter,—dijo el jefe en inglés y repitió a su respaldo en italiano.

Los otros hombres italianos se rieron.

—Ese es el Dr. Carter para ti.—La insolencia de Dan estaba desgastando a los viejos italianos.

—Sentémonos.

Ellos se sentaron.

—Déjame presentarme. Soy Sergio Coniglio.

El anciano esperó un segundo para ver cualquier cambio en el comportamiento de Dan como si su nombre fuera suficiente. No lo fue. Dan desconocía su reputación. El rico médico blanco vivía en Miami, hogar de todo tipo de tipos mafiosos, desde los estereotipos clásicos como los invitados no invitados, la mafia mexicana, los cubanos y los rusos, y otros. La mayoría de ellos eran razonables, por las breves y limitadas experiencias de Dan con estos tipos de personas. Dan había aprendido su pieza. Dan había aprendido, y que siguieran su camino.

—Trabajo para los Sabella —admitió Sergio con orgullo, pero todavía le molesto porque no había reconocimiento en la cara del médico.

—¿Es un restaurante local por aquí?—Preguntó Dan. —Apuesto a que la comida italiana aquí es genial.

Sergio se llevó la mano a la cara. Paulina sigue parada allí. El hombre mayor le dijo: —Paulina, has terminado aquí. Gracias por sus servicios.

—¡Oye, espera! Este imbécil me debe ...

—Gracias por sus servicios —repitió Sergio. —Discutiremos esto en otro momento.

Paulina resopló, puso los ojos en blanco y, sin decir una palabra más, se fue.

Una vez que la puerta se cerró, Dan dijo: —Bueno, gracias por sacarme de esa incómoda situación. ¿Grabó nuestras actividades o simplemente contó la acción de juego por juego? Hubo algunas partes que necesitaría que se explicara para claridad.

La pregunta de Dan confundió a Sergio. No hablaba con fluidez el inglés americano como quería creer. Podía hablar bien con los británicos, pero estos estadounidenses hablaban un idioma completamente diferente.

Cuando Dan no recibió ninguna reacción, silbó y luego susurró: —Guau, multitud dura. Ustedes son peores que mi abuela, pero lo entiendo. Mi humor no se traduce bien a diferentes idiomas —dijo Dan y sacudió la cabeza. —¿Cómo sabes quién soy, dónde me alojo, qué me quita y por qué te importa?

El italiano procesó las palabras de Dan y luego respondió en un inglés lento y quebrado, —Necesitamos que nos ayudes, solo como si te hubiéramos ayudado.

—Más bien como si me tendieras una trampa.

—¿Qué tipo de médico estadounidense eres, Dr. Carter?

Varios comentarios inteligentes le vinieron a la mente, pero Dan respondió: —Soy un cirujano plástico, quién es tan nuevo que todavía tengo el plástico por encima.

Sergio y los otros dos matones italianos parecían confundidos. Dan se sostuvo su cabeza en las palmas.

—Quizás puedas conseguir otro traductor,—sugirió Dan. —Uno que habla americano.

Los italianos consultaron, asintieron y aceptaron. Sergio miró su Rolex dorado y suspiró como si hubiera tomado una decisión renuente. Dijo algunas

palabras más en italiano y los otros dos caballeros se pusieron de pie y sacaron sus armas.

Sergio llamó a la sede. La llamada duró un minuto. Cuando terminó la llamada, Sergio le dijo a Dan: —Creo que deberías venir con nosotros. Estamos llegando tarde.

—¿Puedo al menos ponerme unos pantalones?

—No hay tiempo. Te conseguiremos los pantalones más tarde.

Dan sacudió la cabeza, se dio cuenta de algo y sus ojos se iluminaron. — ¿Me están haciendo una oferta que no puedo rechazar?

—¿Qué?

—¿En serio? ¿No sabes eso? Dios mío, ustedes me están matando.

*

Steven se despertó en la playa cuando salió el sol, con una resaca mortal. Sentándose, realizó una rápida revisión del cuerpo. Su billetera todavía estaba allí (gracias a Dios), pero su efectivo se había ido. Apostó a el único robo fue el precio de las bebidas en los bares de la playa. Su tarjeta de la habitación y su teléfono celular también estaban en sus bolsillos, pero el cargo estaba muerto. No podía esperar para volver a la habitación, para darse una ducha, comida, medicamentos para el dolor de cabeza y una siesta en una cama de verdad. Su cuerpo aún no se había aclimatado a la época italiana.

Steven necesitaba una noche como la de anoche para desahogarse durante los cuatro años de estudio estresante. Bebió como un estudiante universitario que había terminado todos sus exámenes finales y estaba seguro de graduarse la semana siguiente. No había bebido así en años, y nunca entre extraños en un país extranjero, pero se estaba divirtiendo. Nunca había conocido tanta libertad ni tanta relajación. Si bien sabía de los peligros de ser un extraño en un país extraño, nunca había sabido lo increíble que podía ser esta libertad. Excepto por un dolor de cabeza bien ganado, se sintió genial. Se puso de pie, sacudió la arena de su cuerpo y se dirigió hacia la línea de hoteles.

Su hotel era uno de los edificios más altos en el horizonte, uno de una serie

de hoteles de marca, que estaban uno al lado del otro, cuyas alturas colectivas presentaban la ilusión de que estaban cerca y cerca de él, no muy diferente de los grandes hoteles en Las Vegas. Estaba al menos a quince minutos a pie del hotel, que parecía lo suficientemente cerca como para haber golpeado el vestíbulo con una pelota de béisbol.

Sin embargo, no podría haber sido más feliz. Después de años de una rutina hospitalaria constante y agotadora, una que no todos los médicos podrían haber sobrevivido, era su momento para divertirse bajo el sol. Un nuevo médico vivió una vida agotadora: esperaba noches de sueño, demasiadas noches de insomnio, seguidas de mañanas aturcidas. La adicción de Steven al café lo ayudó a superar esos días difíciles. Probablemente le tomaría la mitad de sus vacaciones para aprender a relajarse nuevamente.

Deseó haber traído sus gafas de sol. Se cubrió los ojos con una mano derecha plana sobre las cejas y contó sus pasos hacia el hotel para mantener su mente ocupada. Tenía otros veintinueve días para acostumbrarse a este tipo de vida y eso estaba bien para él. Hasta ahora, estas vacaciones tuvieron un gran comienzo.

Mientras caminaba, pasó junto a los madrugadores; o eran ancianos y paseaban a su perro o los corredores, que lo miraban al pasar. Steven saludó, un poco avergonzado por su apariencia. Deben haber pensado que era un vagabundo de la playa o alguien que regresaba de un camino de vergüenza.

Dos corredores que pasaban dijeron: —La bestia te está mirando. Él te quiere.

—Eso es bueno —dijo Steven, inseguro de haberlos escuchado correctamente.

Un paseador de perros le dijo a Steven: —O alimentarás a la bestia o te convertirás en comida para él.

—¿Perdón?

El perro ladró y su amo sopló arena en los ojos de Steven.

Steven se apartó del paseador de perros, pero se le metió algo de arena en los ojos. Gritó y retrocedió varios pasos, secándose arena de los ojos. En sus momentos de ceguera, vio a un gran demonio azul con pequeños ojos triangulares que se alzaban y alcanzaban a Steven. El turista estadounidense gritó antes de que pudiera volver a ver. El paseador de perros desapareció y

Steven no estaba seguro de estar allí.

*

John se había quedado dormido junto a Teresa después de su cita y terminó en el lado opuesto de ella en la amplia cama extra grande y roncaba ligeramente.

Teresa se despertó de un ruido, jadeó y se levantó de la cama. Susurró algunas malas palabras en italiano y luego sacudió a John para despertarlo.

John se despertó, miró confundido a su alrededor antes de recordar dónde estaba y cómo llegó allí.

—Tienes que salir de aquí,—dijo Teresa, aterrorizada.

—¿Huh? ¿Qué? ¿Por qué?

—Mi esposo está en casa.

—Espera, ¿qué? ¿Estás casado? No sabía ...

—Consigue tu ropa, luego vete por la ventana, —ordenó Teresa.

—¿Quieres que salte por la ventana?

—Es solo una caída de seis pies. Estarás bien. Una vez que llegas a la puerta, el pueblo está a la derecha.

—Pero ...

—¡VETE! —Teresa volvió a la cama y debajo de las mantas.

John habría jurado que sus ojos brillaron rojos por un instante, pero estaba demasiado cansado para estar seguro. Se vistió tan rápido como pudo cuando escuchó pasos subiendo las escaleras, acercándose a la habitación.

No había tenido que salir corriendo de la habitación de una mujer desde la escuela secundaria cuando una de sus amigas de la Sociedad Nacional de Honor le prometió que sus padres no estarían en casa por horas. En cambio, sus padres llegaron al camino de entrada antes de lo esperado.

John se calzó los zapatos y bajó del balcón de piedra. A partir de ahí, se sintió como un personaje de videojuego saltando y bajando por ventanas y enredaderas. Cuando llegó al suelo cubierto de hierba en el fondo de la casa, oyó ladrar a los perros grandes y corrió hacia la puerta.

La puerta automática se estaba cerrando. John corrió más rápido, a una velocidad que no había intentado desde la escuela secundaria. Si la puerta estaba cerrada, tendría que trepar por ella. John esperaba que la puerta no estuviera cargada y los perros ya no cargaran hacia él. Atravesó la puerta dos

segundos completos antes de que se cerrara con un fuerte ruido metálico.

Afuera de la residencia, John se inclinó, con las manos sobre las rodillas, y jadeó antes de poder caminar de regreso al hotel. Cuando recuperó el aliento, se vistió y se dirigió hacia la ciudad.

John no había tenido un paseo de vergüenza en años. Para pasar el tiempo, trató de recordar la última vez que tuvo un paseo de vergüenza. Había vuelto a la escuela de medicina. Se reunió con un compañero de bebidas después de un intenso examen. Se fueron a su lugar. Cuando regresó a la mañana siguiente, Dan, Steven y algunos otros estudiantes de medicina de su piso, vestidos como si fuera la víspera de Año Nuevo con sombreros, matracas y confeti, aplaudieron y vitorearon su conquista y caminata de vergüenza.

Vio salir el sol mientras caminaba. Los autos de otros turistas tocaron la bocina y lo saludaron al pasar. John forzó una sonrisa y le devolvió el saludo. Ninguno de ellos se detuvo para ofrecerle un aventón, por lo que siguió caminando. La batería de su teléfono celular estaba casi agotada, y esperaba que tuviera suficiente jugo para regresar al hotel. Revisó los mapas de Google desde su ubicación. Eran 5.3 millas de regreso al hotel.

—Maldita sea —dijo John sacudiendo la cabeza. Ordenó a un Uber que lo recogiera en las afueras de la ciudad. Se sentó y esperó.

Un Fiat Panda verde se detuvo frente a John diez minutos después. John abrió la puerta trasera del pasajero del Fiat y preguntó: —¿Eres María?

—¿Eres John Miller?

—Sí.

—Por favor, entra.

John entró y cerró la puerta. María se fue dejando una nube de polvo en el camino.

María era una mujer joven y bonita, de unos veinte años, dientes blancos tipo Hollywood que no podían evitar sonreírle a John, que se sonrojaba de vergüenza.

—Me alegro de que estuvieras disponible temprano esta mañana,—dijo John.

—¡Oh! ¡Me encanta tu acento! —Gritó María. —¿Eres estadounidense?

—Sí, lo soy.

—¿Qué estabas haciendo aquí?

—Estoy de vacaciones.

—No, me refería a la carretera de regreso.

—Oh, eh, conocí a una mujer anoche. Regresamos a su casa. No sabía que estaba casada

María rió. —Lamento reírme, pero esa es la respuesta común de mis recogidas.

Hubo una pausa en la conversación hasta que John preguntó:

—>Pasé una casa con aspecto de castillo hace un tiempo. ¿Qué era ese lugar?

La sonrisa constante de María se desvaneció cuando respondió: —Ese fue el castillo de Vincenzo. El conde y la condesa viven allí.

—¿Qué?

María asintió. —Escuché que es un mal lugar. A ... ¿cómo se dice, una casa con fantasmas y demonios?

—¿Embrujada?

—Sí. Sí, embrujada, y el conde y la condesa son monstruos que adoran al demonio. —María se santiguó.

—¿Es así?

—Y como mañana por la noche es la vigilia del dragón, nadie irá allí. No pasaré por ese lugar.

—¿Qué es la vigilia del dragón?

—Es la víspera del dragón. ¿Has oído hablar de él?

John sacudió la cabeza.

—Es la noche en que se puede escuchar al diablo e incluso escucharte.

John ahogó una carcajada y preguntó: —¿Crees eso?

—Creo que la superstición antigua va demasiado lejos, pero tal vez hay algo de verdad en ello. Si dejaste ese lugar, entonces podría haber un toque de oscuridad en ti. Ten cuidado. Deberías prepararte para mañana por la noche.

—¿Cómo?

—Orar.

María se detuvo en la puerta principal del hotel. John le dio las gracias, la saludó con la mano cuando se fue y le dio una propina generosa.

María se alejó de las puertas de entrada a un espacio de estacionamiento abierto. Ella cerró el viaje y luego envió un mensaje de texto.

Llegó al hotel.

Un minuto después, María recibió una respuesta: —Grazie.

*

Cuando John regresó al hotel, estaba quemado, reseco y su estómago retumbaba. No recordaba la última vez que había comido. Pidió un desayuno ligero en un restaurante del hotel y planeó ir al ático para darse una ducha y dormir un poco más.

Vio a Steven entrar por las puertas traseras del hotel con las manos frotándose los ojos y luciendo peor por el desgaste.

Eran la misma ropas que llevaba anoche, pensó John, y la voz sarcástica en su cabeza le dijo: —Deberías hablar.

—Steven! Steven Pierce! Por aquí. —John se levantó y saludó a su amigo.

Steven vio quién lo llamaba, asintió y se dirigió a la mesa donde John acababa de terminar su desayuno.

Steven notó que John todavía estaba en su ropa de la noche anterior. Steven apostó que la cama de John para la noche era mucho más cómoda y acogedora que la playa.

—¿Cómo estuvo tu noche? —Preguntó John mientras Steven se sentaba.

Steven sacudió la cabeza. —No recuerdo mucho. ¿Tú?

—Yo tampoco, —mintió John. —¿Estás bien?

—Un imbécil arrojó arena en mis ojos.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—No lo sé. Este paseador de perros dijo que yo era comida para la bestia o algo así.

—Supongo que también tienen locos aquí. Mi conductor de Uber me dijo algo similar, que había un toque de oscuridad en mí o alguna tontería como esa.

—Me desperté en la playa. Creo que bebí demasiado mientras saltaba en el bar de la playa y me quedé dormido muy lejos de aquí.

—Yo también, —dijo John, pero no proporcionó más detalles.

Llegó un camarero y le entregó a Steven un menú. John pidió más café y Steven pidió un huevo y tostadas con café. Entonces el camarero se fue.

—¿Has visto al príncipe payaso de la cirugía plástica?

John sacudió la cabeza. —No, todavía no he subido a la habitación.

—Oh —dijo Steven.

El camarero regresó y sirvió una taza de café para John y Steven. Lo bebieron. Ambos estaban demasiado cansados para hablar, por lo que esperaron hasta que llegó el desayuno de Steven en un cómodo silencio.

—El café es diferente en Italia —dijo Steven, mientras cavaba en este huevo y tostadas.

—Sí, es mejor.

*

Steven comió rápidamente, y John esperó a que terminara. Pagaron su cuenta y se dirigieron juntos a la habitación, en su mayoría en silencio.

John usó su tarjeta para abrir la puerta y vio el teléfono celular de Dan en el sofá todavía conectado al cargador, lo que John pensó que era extraño. Caminó por el pasillo de su departamento compartido y echó un vistazo al dormitorio principal. El apartamento, aunque lujoso, no era lo suficientemente grande como para esconderse por mucho tiempo. Hubiera sido inusual que Dan fuera a cualquier lugar fuera del apartamento del hotel sin su teléfono celular.

John lo recogió y vio que estaba completamente cargado. Era curioso, pero no preocupante, y ahora estaba demasiado cansado para preocuparse por el paradero de Dan. Mientras John buscaba a Dan, Steven corrió al baño y se duchó. John sacudió la cabeza y se dirigió a su habitación. Estaba dormido en cinco minutos. No le importaba en absoluto la tonta aventura en la que estaba Dan. Se ocuparía de eso cuando despertara.

Capítulo 9: Secuestrado

Los italianos montaron en silencio al automóvil, pero Dan no. Cuando no estaba tarareando el tema de —El Padrino —iba a cambiar a la canción de apertura de —The Sopranos. —Cuando él se cansó de que hablaba.

— Gracias por esta gira por Italia. Gira de Italia. Eso es lo que obtengo cuando como en Olive Garden, sin embargo, no puedo comer todo en una sola sesión, por lo que siempre hay sobras, o pueden ser tres comidas rápidas para otro momento. A veces pedía dos órdenes de su Tour de Italia. Uno para comer allí y el otro que comía durante la semana. En la escuela de medicina, no tenía mucho tiempo libre, y mucho menos tiempo para comer bien, y porque estaba estudiando o de pie en el hospital, necesitaba las calorías adicionales para seguir adelante. Algunos de mis compañeros de clase comían fideos Ramen con Cheese Whiz y salsa Taco Bell todo el tiempo, porque eran baratos y fáciles de hacer, pero no tenía idea de cómo demonios lo hacían.

—Ugh. Creo que mi metabolismo se habría estrellado y me habría derrumbado en el hospital. Dios, eso habría sido vergonzoso. Quiero decir, si necesitas colapsar, no hay mayor lugar para hacerlo. ¿Estoy en lo cierto? ¿A dónde vamos? Por mucho que me encanta ver el campo del sur de Italia desde las ventanas de un automóvil a toda velocidad, ustedes nunca respondieron a esa pregunta.

—Supongo que no me matarán de inmediato, de lo contrario me habrían golpeado en el penthouse y culpado a la prostituta, lo cual es irónico, porque la mayoría de las veces, es la prostituta que es asesinada por el enojado y arrepentido John.

Aquí habría sido al revés. Cuando termine esta prueba, ¿podrías enviarla de vuelta a mi casa?

Quiero decir, sí, ella es prostituta y está ligada con ustedes y trató de sacudirme por un montón de dinero inmerecido, pero fue sobresaliente en la cama. Bueno, supongo que tendría que serlo si fuera profesional en eso. ¿Estoy en lo cierto? ¿No tengo razón?

—Tal vez puedan darme su número; porque, ya saben, puede haber alguna

noche aquí cuando no anoto, pero realmente tengo que reventar una nuez, y ella podría ser entregada, ya saben, algo así como la Pizza de sexo de Domino's. Tener su número estaría bien. Aunque prometo ocultar mis objetos de valor y no tener pornografía interracial-enana-payaso-gang-bang jugando en el fondo. No sé por qué, pero realmente la asustó.

—Además, ¿pueden subir un poco el calor? Estoy usando sólo mi bata de baño Bob Esponja, y mi franca y frijoles se sienten un poco fríos, si saben a lo que me refiero.

—¿Cómo están usando trajes con este calor? ¿Es como un uniforme para gánsters, para que todos sepan que son gánsters y que trabajan para otros gánsters? Raramente hacen eso en Miami. Ustedes deberían tener, como, las etiquetas con el nombre chapado en oro como las que usan otros trabajadores de servicio si ese es su uniforme para este trabajo. Mi trabajo requiere que use una bata blanca con mi nombre bordado junto con varias insignias de plástico que les dicen a todos que soy médico.

Un miembro anteriormente silencioso del viejo escuadrón matón gritó algo en italiano y se inclinó hacia Dan, listo para abofetearlo, pero los otros dos hombres lo detuvieron. Los otros dos le gritaron en italiano y le indicaron que se calmara.

—¿El calor también lo está afectando? —Preguntó Dan.

Después de calmar al otro viejo matón, Sergio explicó, después de limpiarse la frente con un pañuelo blanco, —¿Hablas demasiado, lo sabes?

—Oh, sí, la gente me lo ha dicho, un millón de veces. Todos los maestros que me han enseñado desde preescolar han dicho lo mismo. Escribieron en todas mis boletas de calificaciones: “Dan es un gran estudiante y está al frente de la clase, pero le gusta hablar mucho.” Es sólo que dejo escapar cualquier cosa y todo lo que se me viene a la mente y, por lo general, pienso en cosas divertidas que decir, razón por la cual quería ser un cómico de pie durante años, ya saben, desde que era un niño pequeño. Creé mis propias rutinas y las practiqué en el sótano y en el baño de mi casa frente al espejo. Sin embargo, mi abuela pensó que sería indecoroso tener un comediante para un nieto, por lo que me obligó a ser médico.

—No me malinterpreten, disfruto ser médico y soy excelente en eso; pero a veces me pregunto cómo habría sido mi vida si hubiera sido un cómico de pie

... o un astronauta ... o un payaso de rodeo, un payaso de rodeo sexy. Ahí voy de nuevo con los payasos. Tal vez ahí es donde obtuve este fetiche extraño y ...

Sergio interrumpió —Tal vez es mejor que no tengamos que saber tanto de ti. Tal vez podrías disfrutar del paseo en silencio.

—Tal vez, pero probablemente no. Mira, también me pongo hablador cuando me pongo nervioso o asustado, especialmente durante un secuestro, porque este podría ser el último viaje en auto. Ustedes me persuadieron para que los acompañara a punta de pistola y el hecho de que no me hayan dicho por qué me secuestraron me pone extra, extra nervioso y la única forma en que sé liberar esta energía nerviosa es hablar, hablar, hablar, hablar y hablar un poco más. Afortunadamente, mi apestoso guardia no se ha soltado todavía. Woo-wee, no quieren estar conmigo en un auto cerrado cuando uno de esos apestosos se suelta. Supongo que se llama pedos con miedo o algo así. Realmente no he tenido eso desde ...

El gángster que se parecía a Sollozzo de El Padrino volvió a gritarle en italiano a Sergio. Sergio hizo todo lo posible para calmar a su compañero.

Para Dan, Sergio sugirió: —Por el bien de tu vida y nuestra cordura, quizás deberías guardar silencio por el resto del viaje.

—¿Cuánto más lejos está?

—No mucho más lejos.

—¿Ya casi llegamos? Tengo hambre porque me sacaste de mi departamento antes de desayunar u otra ronda de sexo demasiado caro. También tengo que usar el baño, porque ustedes no me dejaron ir antes de que nos fuéramos. Por otra parte, no tenía que irme y ...

El gángster sudoroso, casi anciano, que parecía el primer asesinato de Michael Corleone, se abalanzó sobre Dan con las manos extendidas para estrangular a Dan, pero sus dos amigos lo detuvieron y le empujaron a él de vuelta en su asiento. Sus amigos le gritaron en italiano, y sus rostros se contorsionaron con odiosas burlas y se pusieron de color rojo brillante gritando al viejo matón número 2, el que se parecía a —El turco— de El Padrino. El otro, ahora antes silencioso, el matón número 3, le gritaba con tanta fuerza a Sergio que la vena de su frente palpitaba y su rostro se enrojecía.

—Guau —dijo Dan. —Si experimenta hinchazón, un cambio de visión,

mareos, dolor de cabeza intenso o cualquier otra cosa, además de un dolor de cabeza leve, debe consultar a un médico. —Luego volvió a silbar el tema de —El Padrino— mientras miraba por la ventana.

*

Después de lo que debieron haber parecido meses para los caballeros mayores, habían llegado al recinto cerrado que pertenecía a la familia Sabella; Guardias armados rodearon el recinto. El conductor de la limusina se registró y condujo hasta la imponente casa en la colina. El auto se detuvo y los matones sudorosos y sobre vestidos salieron y sacaron a su invitado estadounidense que estaba firmemente colocado al pie de las escaleras.

—Guau, —dijo Dan al ver la casa en expansión en la colina. Dan colocó el borde de su mano izquierda sobre sus ojos, protegiéndolos del sol. —¿Podrías haberme traído unas gafas de sol? Tengo los ojos azules y el sol me está cegando en este momento.

En la parte superior de los escalones delanteros, un hombre bajito, de rostro pálido y cabello negro con peinados caros, que tenía unos treinta y tantos años y vestido en un traje caro y fino, traje a medida se reunió con los recién llegados. Los matones 2 y 3 gruñeron un saludo al joven en los escalones y siguieron subiendo los escalones hacia la casa después de saludar a un anciano obeso sentado en una silla que explicaba todo.

Sergio se detuvo en lo alto de la escalera y le gritó al joven en italiano durante un par de minutos, gesticulando con frecuencia hacia Dan. El hombre más joven y pálido no dijo nada, sólo **asintió con la cabeza a lo que decía el matón mayor.**

El hombre más joven le dijo algo a Sergio en italiano, y Sergio pasó junto a él para saludar al hombre aún más anciano sentado en el porche. El gordo le indicó a Sergio que se sentara a su lado.

—Buenas tardes —le dijo el hombre más joven y pálido del traje a Dan. — Está bien. Puedes venir aquí ahora.

Dan subió los escalones y una brisa fresca se alzó agitando la túnica de

Dan como si fuera una capa. Los espectadores recibieron un vistazo de la desnudez frontal completa de Dan Carter. Se bajó la bata y fingió vergüenza.

—Guau, me sentí como Marilyn Monroe por un segundo allí —dijo Dan, y luego imitó el símbolo sexual muerto. —Feliz cumpleaños, señor presidente. Feliz cumpleaños a ti.

El hombre más joven, que tenía la misma edad que Dan, le tendió la mano. —Hola, soy Roberto Romano —dijo.

Habló con un tono americano, pero había estado allí el tiempo suficiente para que un acento italiano se deslizara en su voz normal. —Pero puedes llamarme Tex.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué debería llamarte, ‘Tex?’

—Porque ese es mi apodo.

—Tex, ¿eh? ¿De dónde eres?

Tex miró a Dan como si el médico secuestrado acabara de decir lo más tonto.

—Texas.

—Oh, habría adivinado Nebraska o Ohio.

Tex suspiró. —Debes ser el Dr. Dan Carter.

—Todo de mí.

Tex se rió nerviosamente y dejó de estrecharle la mano.

—Parece que te vestiste para la ocasión.

—No me dijeron que había un código de vestimenta ni siquiera ropa opcional ni nada.

—No son un grupo hablador.

—Sentí que era mi responsabilidad hablar, por tres personas.

—Entonces, lo he oído.

—¿Qué más sabes sobre mí?

—Tal vez deberíamos traerte adentro y traerte algo de ropa .

—Ooh, ¿podría conseguir un traje a rayas y corbata blanca en una camisa blanca Quiero mezclarme con mi entorno.

Tex forzó una sonrisa y dijo: —Ven. Sígueme.

Tex dio un par de pasos hacia la puerta principal, luego se detuvo y le

habló rápidamente al italiano gordo en el porche. El gordo y Sergio respondieron. Tex asintió y luego hizo pasar a Dan al interior de una habitación delantera.

—¿Están Michael y Kay en casa hoy, o son Tony y Carmella en estos días?

—Eres un tipo gracioso —dijo Romano, en un tono falso, de negocios.

—Tus amigos no lo creían.

—Admito que fue un error enviar a esos tipos.

Dentro de la casa, Tex se detuvo y habló con dos sirvientes, señalando a Dan. Los sirvientes se rieron. Asintieron y se fueron. En la sala delantera, que parecía un vestíbulo de un hotel, Tex se sentó en una silla cómoda pero antigua y le indicó a Dan que se sentara frente a él.

Tex dijo: —Realmente debería comenzar. Probablemente te estés preguntando por qué te traje aquí.

—Sí, pero primero, realmente podría usar un baño. Fue un viaje largo, y me fui sin previo aviso.

—Sí, por supuesto. Al final de ese pasillo, primera puerta a la izquierda.

—Gratzi ... y usé todo el italiano que conozco.

Tex se rió y Dan se dirigió al baño.

Dan cantó, —¿Are You Lonesome Tonight? —En voz alta en un sonido de Elvis mientras orinaba. Tex se cerró los ojos y se sacudió la cabeza.

Dan se lavó las manos y regresó a donde estaba sentado Tex.

—Sabes, tengo que admitirlo. No pareces un 'Tex'.

—¿Oh, no? —Preguntó Tex.

Dan negó con la cabeza y dijo: —Tal vez el hermano mayor de Harry Potter o el sustituto de Tobey Maguire, pero no un Tex.

Tex se rió entre dientes y preguntó: —¿Esperabas a un viejo gordo con una camisa de franela, un chaleco de piel de oveja, botas? , jeans azules nuevos y un sombrero blanco de 10 galones?

—Todas las cosas que ilustran el mito del vaquero estadounidense creado por Hollywood.

—Siento decepcionado, —se rió Tex.

—No seas así. No siempre tengo que ganar en estereotipo de bingo, aunque esta mañana se ha llenado mi tarjeta de estereotipo de bingo con una buena cantidad de marcadores .

—Al igual que el estereotipo del vaquero estadounidense fue una falacia, una mezcla romántica creada por los primeros cineastas y ad-men, así son los estereotipos de los italianos ... inframundos, —se rió Tex.

—No sé sobre eso. Un par de estereotipos me secuestraron hoy como si fuera un granjero y fueran extraterrestres a quienes les gustaban las sondas anales.

—Sí, bueno, hay estereotipos por una razón —suspiró Tex.

—Después de esto, ¿puedo ducharme? Todavía tengo un olor a almizcle en algún lugar entre el sudor y la puta demasiado cara. Además, si usted está planeando para cortar uno de mis oídos, por favor haga que el de la izquierda, como Vincent vanGogh.

—¿Qué? Cortar la oreja? No lo entiendo ¿Por qué deberíamos ...?

—Te lo explicaré: soy estadounidense de una familia rica, de fiesta en Italia y luego secuestrado por gánsters italianos. Es cierto, mi nombre no es 'Getty' y tengo el doble de edad que ese chico, y ... —

—Déjame detenerte allí. No lo secuestramos ni buscamos un rescate de su familia. Su conjunto de habilidades es lo que queremos .

—¿Crear un espectáculo de comedia mágica para niños? —Dan jadeó asombrado. —Es lo que siempre he querido hacer. Gracias, estoy muy honrado. Admito que había una buena razón para prohibirme realizar magia nunca más en Florida, después de eso ... situación lamentable. Puedo asegurarte que he sacado el anillo de fuego y el cuchillo que arrojó fuera del acto.

—Son tus habilidades de cirugía plástica.

—Oh, —dijo Dan, abatido. —¿Y si digo 'no'?

—No quieres hacer eso.

—Wow, muchas insinuaciones en esa oración.

Tex forzó una sonrisa. —¿Eres bueno como cirujano plástico?

—Creo que sí, pero soy tan nuevo en la cirugía plástica que todavía tengo plástico.

Tex se echó a reír.

Dan sonrió y dijo: —Mira, eso es lo que me gusta de ti. Entiendes mis chistes. Esos viejos, ellos ...

—Tienen poco sentido del humor. No tenían idea de lo que estabas

hablando cuando estaban en tu suite, por eso te trajeron aquí. Necesitaban a alguien que entendiera la naturaleza idiomática compleja del idioma inglés americano.

—Alguien fue a la universidad.

Los sirvientes trajeron té y espresso y lo colocaron en la mesa de café entre ellos.

Tex se sirvió un espresso, al igual que Dan. Los sirvientes regresaron y le dieron a Dan algo de ropa.

—Gracias —dijo Dan, y el criado asintió y se alejó. —Wow, café expreso gratis, un paseo por el país en una limusina, ropa italiana gratis y una prostituta demasiado cara, ¿qué más puede querer un chico?

Tex se rió entre dientes y dejó la taza y el **platillo sobre la mesa de café.**

—Nos gustaría que le hicieras una cirugía a alguien.

—¿Cuándo?

—Hoy, después de tu ducha.

—No puedo. Demasiado reservado hoy y estoy de vacaciones.

Tex se aclaró la garganta. No mucha gente le decía “no.”

Dan explicó: —Tal vez si me lo dijera directamente por qué soy parte de este plan de extorsión y secuestro, podría estar más ... aceptando de tu situación.

—Tienes razón. Como tú eres cirujano plástico, te pediremos que realices una rinoplastia y un trabajo de senos...

—¿Los italianos han prohibido los cirujanos plásticos?

—Hay unos cuantos, pero los locales son demasiado caros.

—¿Has oído cuánto cuesta la cirugía plástica en Estados Unidos? La gente va a la quiebra debido a los costos de atención *médica*.

— *Soy un americano, y sí, sé cuánto cuesta la asistencia sanitaria en elhogar.*

—Un trabajo de la nariz? ¿Por qué? ¿Connie Corleone necesitaba afeitarse un poco la enorme bocina antes de la boda y no puede correr el riesgo de que los cirujanos italianos lo cometan?

—Sí, es algo así .

—¿Qué pasa con un anesesiólogo?

—Tenemos uno alineado.

—¿Pero no un cirujano?

—No.

—Pensé que la mafia tenía médicos. Veo muchas películas y televisión.

—Nuestro cirujano plástico ya no está con nosotros.

—Hizo que las tetas de Meadow fueran demasiado torcidas, ¿así que lo golpeaste?

—No, murió por su propia mano. Asfixia autoerótica. Si todavía estuviera viva, no te habríamos molestado.

—¡Guau, un jadeo, como vivo y respiro! Si realizo esta cirugía con éxito, ¿se me permite ... quedar libre?

—Sí, puede regresar a sus bacanales vacaciones. No tenemos ninguna razón para retenerte.

Su respuesta hizo que Dan se erizara, pero lo dejó por el momento. Dan tomó un sorbo de su espresso. —Entonces, ¿cuándo comienza esta fiesta?

—Después de tu ducha solicitada. Dúchate rápido. Estamos corriendo tarde.

—Haré de esto una ducha de clase de gimnasia sin que todas las toallas se rompan.

Dan se levantó y se dirigió a la ducha, y todo durante su ducha estaba cantando una interpretación ruidosa e intencionalmente fuera de tono de Kesha's "Die Young."

Era irritante para los nervios del fixer estadounidense y entendió por qué los perros perdigueros habituales de la familia querían matar a este irritante médico. Tex también estaba empezando a perder los estribos.

Tex Romano nació como estadounidense de tercera generación. Sus padres habían llegado como refugiados después de la Segunda Guerra Mundial cuando Italia estaba sufriendo. Se quedaron con familiares por un tiempo en la ciudad de Nueva York. Sin embargo, después de un par de años viviendo en Nueva York, vivir no era para ellos y en la década de 1950, la familia Romano se dirigió al sur a un pequeño suburbio en las afueras de Dallas. El abuelo y el padre de Robert Daniel Romano eran mecánicos de automóviles diesel.

Robert "Robby" Romano II quería más de la vida de lo que ofrecía un mecánico de autobuses escolares. Le encantaba visitar Italia, y cuando su abuelo (y homónimo) visitaba a sus viejos amigos y parientes en Nápoles cada

año, llevaba al joven Robby con él. Robby desarrolló algunos contactos en Nápoles y se convirtió en un pequeño contrabandista de la familia criminal Sabella. Él fácilmente recogió el dialecto regional italiano.

Al crecer en Texas, había aprendido español en la escuela primaria. En la escuela secundaria, Robby tomó cuatro años de italiano. Su abuelo y abuela también fueron sus tutores, encantados de que su nieto quisiera aprender la lengua materna de su familia. Robby pasó su tercer año en Italia como estudiante de intercambio, fortaleciendo los lazos con sus contactos. Él era el enlace estadounidense con su pandilla.

Robby no era otro matón común de la calle. Era el tipo de delincuente que pertenecía a una sala de juntas o un tribunal, no uno que secuestrara un camión de reparto. Cuando Il Padrino, el padrino de la familia Sabella, conoció al joven Roberto de América, el anciano bendijo a Robby y deseó que continuara sus actividades en América. Il Padrino señaló con gran interés que el italiano de Robby estaba mejorando.

Asistió a la Universidad de Texas, especializándose en negocios e italiano y luego Robby (ahora Robert) asistió a la Facultad de Derecho de la Universidad de Texas A&M, centrándose en el derecho internacional. Sus padres y abuelos estaban muy orgullosos de él.

Después de graduarse, Robert le dijo a su familia que había conseguido un trabajo fuera de Nápoles, trabajando para una “empresa familiar.” Sólo, más tarde su abuelo se enteró de que la —empresa familiar— era la familia criminal de Sabella, pero para entonces ya era demasiado tarde. La nueva vida de Robert pertenecía al viejo país.

*

Dan salió del baño un par de minutos después con su ropa nueva: una camisa blanca abotonada, calzoncillos blancos, pantalones negros, calcetines negros y zapatos de vestir negros, pero aún llevaba su bata de baño Bob Esponja, con una toalla blanca envuelto alrededor de su cabeza como si tuviera el pelo largo. Las doncellas se rieron por su apariencia. Dan las ignoró

y buscó a Tex, que ya no estaba sentado donde Dan lo había dejado.

—¡Hola, Tex!—Gritó Dan. —Yoo-hoo, Te-e-ex! —Él silbó.

Tex se excusó de Il Padrino para ver al médico molesto.

—Sí, Dr. Carter, que vengas.

Tex preguntó, —Feeling copacetic?

—Mejor. El olor de la trampa honeypot se ha ido, pero un mal olor abrumador de la extorsión y el secuestro todavía están flotando y persistente.

—Lo siento, todavía sientes que ...

—Tengo una pregunta.

—Sé que tienes varios ...

—¿Son estos zapatos auténticamente italianos?

—Um, muy probablemente que sí.

—Oh, genial. Siempre he querido un par de zapatos italianos.

—De nada —dijo Tex. —Me alegra que te guste el nuevo ...

—¿Cuándo nos vamos?—Preguntó Dan, cuando escucharon el fuerte zumbido de un helicóptero que aterrizaba.

—Ese es nuestro viaje.

Dan siguió a Tex hacia la parte trasera donde aterrizaba el helicóptero. Al ver aterrizar el helicóptero, Dan jadeó, **se abrió la boca, le temblaron los labios y se le llenaron los ojos de lágrimas.**

—¿Está bien, Dr. Carter?

—Es sólo que soy un médico inteligente, vestido con una bata de baño, a punto de abordar un helicóptero para realizar una cirugía a un completo desconocido en un país extranjero. Soy un swing de golf de convertirme en mi ídolo de la infancia, el Dr. HawkeyePierce.

—¿Qué? ¿Quién?

—Hawkeye Pierce. Ya sabes, 'M * A * S * H.'

—Oh.

—Estoy a punto de convertirme en mi ídolo. Necesitaré un momento.

Tex pateó el pavimento con frustración. —¡Estamos llegando tarde! ¡No tenemos un momento, loco!

—¡Ahora hieres mis sentimientos!

Tex se cerró un puño y estaba listo para golpear al Dr. Carter cuando se contuvo en el último momento.

—¡ENTRA EN EL JODIDO COPTER!

El Dr. Carter saludó y subió al helicóptero y se abrochó el cinturón.

—Ponte los auriculares —ordenó Tex mientras se subía a su asiento, se abrochaba el cinturón y se ponía los auriculares. Tex tocó al piloto y se movieron hacia arriba.

—Pero son del color equivocado —protestó Dan, —y chocan con mi atuendo y aplastan mi toalla.

Con un resoplido, Dan se puso los auriculares y tarareó el tema del programa de televisión, —*M * A * S * H.*—Luego preguntó: —¿A dónde vamos?

—Pompeya.

—¿No es ese el lugar del volcán?

—Sí, hace miles de años.

—¿Podríamos hacer turismo?

—Ganamos no tengo tiempo.

—Además de lo obvio, ¿qué debo esperar cuando lleguemos?

—Cuando lleguemos, un hombre discutirá todo lo que necesitas hacer.

—¿Un médico?

—Sí.

—¿Por qué no puede él hacer la cirugía?

—¡PORQUE NO ES UN JODIDO CIRUJANO! —gritó Tex.

—Oh,—dijo Dan. —Bueno, supongo que es bueno que no esté haciendo la cirugía.

Tex agarró la toalla de la cabeza de Dan y la arrojó fuera del helicóptero. Dan observó cómo la toalla flotaba suavemente hacia la tierra y Dan recordó la sensación erizada que sintió cuando Tex dijo que podía salir libre después de la cirugía.

Capítulo 10: ¿A dónde fue Dan?

John se despertó primero, arrancado de su sueño por un extraño sueño sobre un aquelarre de brujas no muy diferente de la apertura de Macbeth. Se levantó, se dirigió al baño e hizo una cafetera. John bebió su café en el patio, mientras garabateaba notas de su sueño, su interesante noche anterior y las ideas dando vueltas en su cabeza en el avión, algo sobre Nero Wolfe tratando de matarlo y siendo rescatado por un dragón.

Después de unos días aquí, podría tener suficientes notas para una novela completa. ¿Quién sabe? John pensó.

Steven se despertó unos minutos después y gruñó un saludo. Se sirvió una taza de café, agradeció a John por prepararla y se unió a su amigo en el patio.

—¿Algún plan para esta noche? —Preguntó Steven.

John se encogió de hombros, siguió escribiendo, y dijo: —Creo que más de lo mismo que la noche anterior ... a menos que Dan tiene una idea mejor.

—¿Has oído hablar de él?

—No, y no es conocido por sus maneras tranquilos.

Ellos ambos se rieron y buscaron a Dan. John se asomó al dormitorio principal. Las mantas cubrían el piso junto con la ropa de Dan. Había estado allí desde la noche anterior. Lo que llamó la atención de John fue que el teléfono celular de Dan todavía cargaba en su mesita de noche. *¿A dónde iría Dan sin su teléfono? Es Dan, ¿quién sabe?*

Alguien llamó a la puerta principal.

Los cirujanos parecían confundidos, como si el otro supiera quién llamó. John se encogió de hombros y guardó el teléfono de Dan en su bolsillo antes de abrir la puerta. Steven se sentó en el sofá.

—¿Sí? —Preguntó John.

Tanto Steven como John habían escuchado cómo las mujeres estadounidenses se desmayan por lo guapos que son los hombres italianos, pero no este tipo. Era bajo, de apenas un metro y medio de altura, con cabello negro fino y grasiento. Tenía ojos grandes y saltones, dientes torcidos y una

cara no simétrica. La voz sarcástica en la cabeza de John, que sonaba como la de Dan, decía que *este tipo debe ser el bisnieto de Peter Lorre. Llevaba un gran carpeta debajo de los brazos.*

—Buon pomeriggio. Me llamo Emilio Morgani. Represento a un hombre conocido como El Profesor. Me envió aquí para advertirte. Tenía una voz espeluznante y ronca, y habló lentamente.

—¿Avisarnos de qué? —Preguntó John.

—¿Conoces... Dr. Dan Carter?

John asintió. —Él fue quien alquiló este ático.

—Mi empleador cree que la gente mala del mundo secuestró a tu amigo anoche.

John cerró los ojos, sacudió la cabeza y suspiró. —¿Dan fue secuestrado? Por supuesto que lo era. ¿A quién enfureció?

—Espera, —Preguntó Steven. —¿Cómo sabes que alguien ha secuestrado a Dan?

—Si puedo —gesticuló en su interior. —Puedo mostrarte una prueba.

—Um... claro —dijo John, haciendo a un lado para dejar que Emilio entrara en la habitación. —¿Quieres un café?

—No, gracias —entró Emilio y se sentó en el sofá. Colocó el sobre manila en la mesa de café frente al sofá y sacó varias fotos de 8x10. Emilio barajó las fotos y luego las mostró en la mesa de café. Las imágenes en blanco y negro mostraban a Dan bebiendo en un bar, Dan bailando y cantando karaoke, Dan actuando como un tonto en otro bar, Dan besándose con una joven y Dan en su bata de baño escoltado por hombres en una limusina.

—¿Quién es la mujer?—Preguntó Steven.

—Se llama Paulina Russo, una prostituta conocida utilizada por la mafia Sabella. Te han estado observando desde que aterrizaste. Tres cirujanos estadounidenses llegan a Italia sin vínculos con nadie en Italia. Eligieron al Dr. Carter porque es cirujano plástico y parecía el más corruptible.

—Ambas declaraciones son ciertas, —dijo Steven.

—¿Y cómo supieron cuál de nosotros era el más corruptible? —Preguntó John. —Quiero decir, es obvio, pero ¿cómo sabrían eso los extranjeros?

—También tenemos piratas informáticos en Italia, al igual que los rusos. Sabemos todo sobre ti. Sabemos que ustedes tres fueron a la Facultad de

Medicina de la Universidad de Miami, donde los tres se conocieron y trabajaron juntos, y dos de ustedes recientemente ganaron por sus especialidades.

—¿Por qué nos quieren? —Preguntó Steven.

—Porque eres... desechable.

—Prescindible —corrigió John.

Emilio asintió y dijo: —'Prescindible', cierto.

—No, no, quise decir ¿por qué nos quieren?—Preguntó Steven.

—Quieren que pases de contrabando el antiguo Orbe de Génova.

—¿Qué? —Preguntaron John y Steven en estéreo.

—¿Nunca escuchaste?

Tanto John como Steven sacudieron la cabeza.

—Estadounidenses —susurró Emilio y sacudió la cabeza también. —El Orbe de Génova tiene poderes mágicos, pero los poderes del orbe reflejan los de su dueño. Si el dueño es un buen hombre, el orbe trae buena fortuna. Si el dueño es un mal hombre, bueno, la desgracia recae sobre él y su familia por generaciones. El hombre malo a menudo no sabe que es un hombre malo y cree que la joya solo le dará más poder. El orbe pasó por muchas manos a lo largo de los siglos. Sin embargo, se perdió por muchos años. Mi empleador lo ha rastreado hasta un anillo de contrabando en Pompeya y allí es donde llevaron a su amigo.

John y Steven miraron a Emilio sin comprender y se quedaron boquiabiertos por unos segundos antes de que John rompiera su trance preguntándole a Emilio: —¿Estás bromeando? —John se echó a reír.

Emilio, sorprendido, dijo: —No entiendo lo que tú ...

—Esa es la historia más ridícula de la historia. Sí, la historia de un orbe mágico sería un buen Maguffin en una película o cómic, pero ¿en serio? Si enterrara el orbe mágico, ¿crecería un tallo de frijol gigante a la mañana siguiente que albergó a un gigante que posee un ganso que pone huevos de oro o algo así?

—No entiendo lo que quieres decir cuando dices...

—Entendemos. —John dijo riendo.

—¿Qué? —Preguntó Steven.

—Dan preparó esto —dijo John y continuó riendo. Entonces Steven lo

entendió y también se echó a reír. Se rieron hasta que sus rostros se enrojecieron. John se secó las lágrimas de los ojos.

John dijo: —Me hiciste creerle. Realmente lo hiciste, hasta la historia del orbe mágico. —Sin embargo, John se rió de nuevo. Él dijo: —Ustedes deberían haber inventado algo más creíble que un maldito orbe mágico. —John se rió de nuevo. Él gritó: —Está bien, Dan, puedes salir ahora. Nos tenías preocupados.

—Te puedo asegurar, esto no es...

John dijo: —Puedes dejar a Emilio y llevar tu historia de frijoles mágicos contigo.

—No, usted no entiende. Vas a conocer al Profesor.

—No lo creo, —dijo John. Le dolía la cara de la risa.

—Oh, insisto.

John y Steven dejaron de reír cuando Emilio sacó una pistola. Los doctores estadounidenses levantaron la mano.

—Un auto está abajo y esperando. Vamos, vámonos.

Emilio condujo a los cirujanos a los ascensores hasta el vestíbulo y salieron del hotel hacia el Rolls Royce cuando Emilio los empujó dentro y salieron a ver al Profesor.

Capítulo 11: Conociendo al Profesor

El viaje al Profesor fue tranquilo. Llegaron unos veinticinco minutos en el tráfico para llegar allí y llegaron a un complejo que reflejaba más los jardines botánicos que el hogar de un gángster endurecido. El auto se detuvo en un amplio par de puertas dobles donde el conductor tecleó un código en un teclado. Cuando se abrieron las puertas, el automóvil siguió un largo y sinuoso camino hasta una gran casa de ladrillo, que, por su tamaño, podría haber sido un viejo hotel convertido. Tenía cuatro pisos de altura y parecía vieja y rústica.

Los jardines entre la puerta y las puertas de entrada de la granja italiana del Profesor podrían haber ganado muchos premios y varias portadas de revistas. Los jardines y la casa eran obras de arte vivientes. En el centro del laberinto del topiario había una fuente con cuatro querubines arrojando agua. Todo era exuberante y verde en el patio. La pasarela de ladrillo había sido esculpida con tanto cuidado como el topiario. Tres hombres (que se parecían más a artistas que a paisajistas) trabajaban en el césped.

—Fuera —dijo Emilio agitando la mano.

John y Steven salieron y esperaron afuera. Dos hombres que llegaron a las puertas le hicieron un gesto a Emilio para que entraran. Las cámaras de video los observaron en las puertas principales.

Steven pensó, *las cámaras probablemente estén en todas partes.*

La casa era tan grande y hermosa como el jardín exterior, pero las habitaciones y los pasillos eran estrechos.

La oficina del Profesor era grande y lujosa en comparación con otras habitaciones de la casa. Libros viejos y rosas fragantes cubrían las paredes de su espaciosa oficina. Detrás de un enorme escritorio de cedro, floreció un arreglo floral masivo que, según los estadounidenses, condujo a un generoso invernadero o eso supusieron los estadounidenses.

Detrás del extenso escritorio había un hombre extremadamente gordo que estaba bien vestido e impecablemente arreglado. Sus uñas estaban tan

perfectamente cuidadas como el césped de afuera. Llevaba un costoso traje gris cruzado con una orquídea en la solapa. Los turistas capturados no se habrían sorprendidos si el Profesor tuviera sus trajes hechos a mano y entregados desde Savile Row. El Profesor lucía un chaleco rojo y una corbata de seda azul con una chincheta dorada. Era delicado para un hombre que debía haber inclinado la balanza a más de trescientas libras.

Tenía como una cabeza cuadrada carnosas con grandes mejillas que se estaban convirtiendo en papada. Sus cejas eran orugas tupidas de sal y pimienta. Su nariz era romana de la vieja escuela, y tenía una boca cruel. Su cabello canoso estaba cuidadosamente cepillado y se mantenía firme con un producto de gel para peinar.

Había un aire esnob en él mezclado con un aroma de crueldad escondido detrás de su fachada afeminada. Estaba podando algunas flores cuando escuchó la puerta de su oficina abrirse.

—Hola y bienvenidos —dijo el Profesor.

Habló con una voz alta y sibilante, como un hombre con una tos permanente atorada en la garganta. El Profesor habló con la forma de un inglés de clase alta. Ambos rehenes estadounidenses pensaron que sonaba como un James Mason asmático. —Es muy bueno de su parte venir aquí. Soy Profesor Thaddeus Marin. —Les estrechó la mano y luego dijo: —Por favor, siéntense. Espero que mi socio no haya sido demasiado duro contigo ustedes.

—No, no— dijo John, después de estrechar la carnosas mano del Profesor. —Era lo suficientemente amenazante.

El Profesor suspiró y sacudió la cabeza. —Lo siento por eso. Es un mal necesario en este negocio, y las personas como ustedes no deberían ser tratadas tan... bruscamente. Él jadeó mientras hablaba.

—Guardias, déjenos —dijo y obedecieron.

Steven preguntó: —¿Gente como nosotros?

—Ustedes son médicos, incluso cirujanos, hombres de aprendizaje extenso y cartas, civiles y profesionales educados como yo. No sois son rufianes y ladrones, que sólo pueden comunicarse a través de la violencia como los animales. ¿Puedo ofrecerles una bebida a los ustedes dos?

Steven sacudió la cabeza, John asintió y el Profesor se sirvió un whisky escocés.

Steven preguntó: —¿Qué tal si nos dice por qué estamos aquí?

El Profesor se sentó. —¿Mi mensajero, Emilio, les informó a ambos la razón por la que los traje aquí hoy?

—¿La historia de la esfera o esfera verde? —Preguntó Steven. —Algo relacionado con el secuestro... de nuestro amigo.

—Sí, ésa es la simplificación excesiva de la historia y suficiente para que Emilio lo sepa, pero eso es correcto.

—Según la historia que nos contó, supuestamente tiene poderes mágicos. —dijo Steven.

El Profesor asintió y dijo: —Sí, eso es parte de la leyenda. Podría ayudar si empiezo desde el principio.

Steven se cerró los ojos por un segundo y pensó que estaban a punto de saber por qué su apodo era “el profesor”; un discurso largo y ronco estaba a punto de comenzar.

—¿Ustedes, hombres, entienden la importancia del Orbe de Génova ahora?

John se **levantó la mano y preguntó: —¿Esto estará en la prueba?**

El Profesor se echó a reír y su barriga entera se sacudió. Le hizo pensar a Steven en ser un niño y creer en Santa Claus.

—Eso fue divertido. Detesto a los hombres sin sentido del humor, —dijo el Profesor.

—Entonces te encantará Dan Carter —dijo Steven. —Su santo patrón es Robin Williams.

La canción “It's Raining Men,” de Weather Girls, sonó en el bolsillo de John. Steven y el Profesor parecían confundidos.

—Hablando del diablo —dijo John. —Este es el teléfono de Dan. Perdóneme. ¿Hola?

—¿John, eres tú? Oh, gracias a Dios que contestaste mi teléfono —dijo Dan, sin aliento.

—Espera, ¿qué pasó? ¿Dónde estás? —Preguntó John.

—Estoy fuera de Pompeya en lo que sonará como una copia de la trama de *The Hangover* y *Goodfellas*, y tengo un imitador de Joe Pesci un poco menos asesino persiguiéndome.

—¿Pompeya? ¿Qué demonios estás haciendo en Pompeya?

—Um, cirugía plástica ilegal espontánea y escapando de mis asesinos. ¿Cómo ha sido tu día hasta ahora?

—¿Espera? ¿Qué? ¿Es esto una broma?

—No, esto no es una maldita broma. No es una broma. Esto es serio, tan serio como puede llegar a ser. ¡Estos gángsters italianos me secuestraron esta mañana y me llevaron a Pompeya para realizar una cirugía plástica para la jodida mafia!

—Oh, guau... esa es una historia loca.

—¡No estoy bromeando! Sí, es descabellado, pero eso no significa que no haya sucedido.

—Um, eh... ¿cómo sucedió esto...

—Ahora no es el momento. Sólo sácame de aquí. La mafia está tratando de matarme.

—Sí, lo sabemos. Steven y yo estamos dentro de la oficina de sus rivales.

—Ugh... por supuesto que sí.

—Dijeron algo sobre una pequeña piedra verde.

—Sí, yo, uh, la vi.

—Te siguieron y tomaron fotos tuyas desde anoche y esta mañana.

—¿Capturaron mi lado bueno? No importa. Veré las fotos y te contaré todo sobre mi gran día más tarde. Ahora, sácame de aquí. Me tengo que ir. Manten mi teléfono cargado y espera mi próxima oportunidad de llamar. Dan terminó la llamada.

John colocó el teléfono de Dan sobre el escritorio. Tanto Steven como el Profesor esperaron con anticipación.

—Ese fue Dan. Dijo que los mafiosos lo secuestraron esta mañana y lo obligaron a volar a Pompeya para realizar una cirugía plástica.

El Profesor le dijo a John: —Cuando vuelva a llamar, iremos a recogerlo.
—El Profesor presionó a uno de los muchos botones en su escritorio.

—¿Sí?—Dijo una voz de mujer en el otro extremo.

—Tenga un automóvil lleno de gasolina y listo para ir a Pompeya en cualquier momento.

—Sí, señor.—dijo la voz incorpórea.

—Además, los dos médicos estadounidenses se quedarán aquí para cenar. Asegúrese de que estén bien alimentados y de que reciban todo lo que soliciten, pero no les permita salir del patio.

—¿Somos sus prisioneros? —Preguntó John.

—Por supuesto no. Son mis invitados con libertad de la casa y los terrenos. Están esperando aquí hasta que tu amigo llame, —dijo el Profesor con una sonrisa extendida.

—¿Qué sucede si insistimos en irnos?

El Profesor se rió entre dientes y respondió: —No creo que eso sea muy saludable para su futuro inmediato.

Un hombre alto, bien formado y con un traje gris entró a en la oficina. Él y el Profesor intercambiaron asentimientos.

—Este es Abraham —le indicó el Profesor al nuevo hombre, quien asintió con la cabeza a los médicos estadounidenses. —Él será su guía por la casa y los terrenos.

—¿Nos dará un recorrido histórico guiado y rico en factoides? —Preguntó John.

—Si lo desea.

—Eso es bueno —John dijo sarcásticamente. Podía apagarlo, mientras que Dan no. —No quisiera que una sombra amenazante sin sentido nos siguiera. Quiero decir, eso sería... bordeando la grosería.

Abraham hizo una mueca sugiriendo que quería vencer a John, mientras que el Profesor sólo sonrió.

—Quizás tenga razón —dijo el Profesor. —Abraham, gracias por tu atención. Sin embargo, he decidido que debes ayudar a Emilio a preparar el auto para recoger a nuestro invitado desaparecido.

Abraham asintió y luego preguntó: —¿Esperas problemas en esta recolección?

—Ciertamente espero que no. Sin embargo, debido a que los Sabella están involucrados, prepárate para cualquier cosa. Además, envía a la Dra. DuBois para que se una a nosotros.

Abraham asintió y se fue.

—¿Otro doctor? —Steven gimió. —Esto se está convirtiendo en una convención regular.

El Profesor sonrió. Un minuto después, llegó una atractiva mujer rubia de unos treinta años vestida con un traje azul real. Parecía molesta al entrar en la oficina.

—¿Sí? —Preguntó ella, luego de un suspiro exasperado.

—Por favor, sé la guía turística de estos caballeros. Estamos esperando una llamada telefónica y un destino para su amigo.

—Profesor, mi investigación se encuentra en una fase crítica. Si tengo que irme ahora...

—Si no recibimos esa llamada, su investigación será en vano. Esta... recolección es necesaria para nuestra investigación. El hombre que vamos a recoger afirma haberlo visto.

Sus ojos se abrieron de par en par. —¿Él lo **hizo? ¿Dónde? ¿Cuándo?**

El Profesor se rió entre dientes y dijo: —Todo a su tiempo, querida. Mientras tanto, muéstrales a estos caballeros la casa y el patio, pero no pueden salir de los terrenos hasta que su amigo haya llamado con instrucciones de dónde recogerlo. Dra. DuBois, permíteme presentarlea nuestros invitados desde América, el Dr. Steven Pierce y el Dr. John Miller. Señores, ésta es la Dra. Sallie DuBois.

Se pusieron de pie y le estrecharon la mano.

Ella dijo: —Placer —con un suspiro sarcástico molesto y de mala gana les estrechó la mano.

—Dra. DuBois, he cambiado de opinión. Sáltate el recorrido. Por favor, lleva a estos caballeros a cenar.

Forzó una sonrisa y les dijo: —Doctores, síganme.

La siguieron a la cocina donde los cocineros preparaban la cena para una casa llena de gente. Su comedor les recordaba a los médicos de una pequeña cafetería escolar, excepto que los cocineros estaban mejor vestidos y mejor pagados.

—Siéntense, por favor —dijo la Dra. DuBois, y luego fue a hablar con los cocineros.

John y Steven se sentaron.

—Esperaba que el comedor fuera más, no sé, elegante —susurró John.

—Creo que aquí es donde cena los sirvientes.

—Genial, el Profesor nos considera los sirvientes. Tanto por ser invitados involuntarios.

La **Dra. DuBois regresó y dijo: —Por favor síganme, —y luego salió corriendo del comedor del personal. John y Steven tuvieron que darse prisa para mantenerse al día. Siguieron a la Dra. DuBois por un pasillo con**

alfombras rojas y brillantes en el piso y retratos en la pared. Continuaron a través de un juego de puertas dobles de madera donde había una larga mesa con velas en el medio.

Los sirvientes se apresuraron a establecer lugares para los tres médicos. Una vez que los sirvientes ellos acabaron de establecer sus lugares, otros miembros del personal trajeron la comida y el agua. John se levantó la vista y vio otra cámara de video en la pared sobre la puerta.

—¿Qué te gustaría tomar?—Preguntó una mujer casi anciana con un fuerte acento francés.

—Scotch y refrescos —dijo la Dra. DuBois.

John y Steven dijeron que el agua estaría bien.

—¿Cuál es su campo de estudio, Dra. DuBois?—Preguntó John.

Estaba molesta con estas preguntas.

—Recibí mi doctorado en la arqueología medieval europea.

Por lo general, uno de los dos habría hecho una broma de Indiana Jones, pero no se atrevieron, temiendo que Sallie DuBois se callara por completo y no obtuvieran más respuestas de ella.

—¿Qué hace por el Profesor?—Preguntó Steven.

—Investigo para él.

—¿Qué tipo de investigación?

—Tiene gustos peculiares y necesita a alguien como yo para investigar y adquirir artefactos extremadamente únicos para él y, por supuesto, catalogarlos.

—¿Como el Orbe de Génova? —Steven preguntó.

—Sí.

—¿Es ése uno de ellos?

—Uh-huh.

—¿Para qué sirve?

—¿Disculpe? —Preguntó la Dra. DuBois.

—¿Por qué está tan ansiosa por ver si nuestro amigo sabe dónde está el Orbe de Génova?

—¿De eso se trata? —Preguntó la Dra. DuBois. Tanto John como Steven asintieron. —¿Qué le pasó a su amigo?

Explicó Steven, —Dan Carter es un cirujano plástico que fue atrapado en

un honeypot de Sabella y secuestrado para realizar cirugías plásticas. Dijo que vio el Orbe de Génova y ahora estamos esperando que llegue a un lugar seguro para que pueda llamarnos para que podamos ir a recogerlo.

—Ya veo, —dijo la Dra. DuBois.

—¿Qué cree que pasará una vez que tengamos a Dan aquí? —Preguntó John.

—El Profesor hablará con él sobre lo que vio.

—¿Y luego qué? —Preguntó John.

—Lo que John quiere decir es lo que nos sucederá después de que el Profesor nos hable. ¿Somos libres de irnos o ...? —Agregó Steven.

—¿O qué?

—¿O nos matará?—Preguntó Steven.

—¿Eso es lo que le preocupa? ¿Que el Profesor lo matará una vez que obtenga la información que quiere? —La Dra. DuBois se echó a reír. —¿Por qué los mataría a ustedes dos? No lo involucra a usted. Estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Por cierto, ¿cómo lo involucró?

John respondió: —Estamos de vacaciones. Anoche fue nuestra primera noche en Italia, los tres salimos y nos separamos. Steven y yo volvimos de nuestra larga noche de fiesta por la mañana. No vimos a Dan. Más tarde en la tarde, Emilio nos hizo una visita. Nos contó lo que podría haberle pasado a Dan y al Orbe de Génova y luego nos trajo aquí.

—¿Qué tipo de médicos son?

Dijo John, —Ambos somos cirujanos. Soy cirujano plástico, y Steven, aquí, es neurocirujano. El tipo que estamos esperando también es un cirujano plástico.

—Ooh, —dijo ella tomando un sorbo de su bebida. La bebida pareció aflojarle la lengua.

—¿Cuál es el trato con este lugar?—Preguntó Steven.

—¿Esta casa? —Preguntó, y los médicos asintieron.

—Es como un museo aquí —dijo Steven.

Por un momento, John recordó la casa de la que había escapado esta mañana; una casa formidable que también se parecía a un museo. Intentó no sonreír pensando en Teresa.

Sallie recitó: —Esta casa tiene una historia histórica. Originalmente era un

monasterio y un lugar para que los cansados monjes viajaran a descansar un par de días antes de seguir su camino nuevamente. Ha sido un hotel, una universidad, un convento. Los aliados lo destruyeron en la Segunda Guerra Mundial y luego fue reconstruido en la década de 1950. Desde entonces, ha cambiado de manos muchas veces, hasta que el Profesor lo compró hace casi dos décadas.

—¿Cuántas personas viven aquí? —preguntó Steven.

—¿Quiere decir cuántas personas trabajan para el Profesor?

—Eso también.

La Dra. DuBois sonrió y tomó otro sorbo de su bebida. —Para ser honesta, no tengo idea. Nunca conté. La gente viene y va. Está el personal de la casa y hay personas que dirigen sus negocios.

—¿Cuáles son sus negocios? —preguntó John.

—¿Qué hay de que todos tenemos una copa juntos?

—Dra. DuBois —dijo John. —Quizás deberíamos ...

—Llámame Sallie.

—Está bien, Sallie, quizás deberíamos mantener esto profesional, porque nosotros ...

—Beberé contigo, Sallie, —dijo Steven.

Sallie sonrió y preguntó: —¿Cuál era tu nombre otra vez?

—Steven.

Se dieron la mano de nuevo. Sallie agitó el servidor. —Voy a tomar otro whisky y refresco, y él tendrá ...

—Lo mismo —dijo Steven.

—Vodka martini, —decidió John.

Sallie continuó. —Es un Profesor titular que tenía un cargo antes de irse. Lo sé con seguridad. Me dijo que enseñó en Cambridge y se fue por la política y porque tenía algunas ideas radicales. Quizás lo hizo. No es mi lugar no creerle.

—¿Qué enseñó? —preguntó John.

—Historia europea medieval.

John y Steven intercambiaron miradas y volvieron su atención a Sallie. Steven preguntó: —¿Era tu Profesor?

Sallie asintió. —Había una vez.

John preguntó: —¿Cuáles son sus negocios?

—Sé sólo lo que se me permite saber, y eso es investigar e investigar las antigüedades que quiere adquirir —respondió Sallie.

—¿Por qué quiere adquirir estas antigüedades?—Preguntó John.

—¿Por qué los hombres coleccionan pinturas, yates o autos que nunca conducirán? Porque tienen demasiado dinero y porque pueden, —dijo Sallie y luego se echó a reír.

Llegaron sus bebidas, tintinearos vasos y tomaron un sorbo.

Steven preguntó: —Entonces, ¿qué crees que es el Profesor ...?

De repente, “It’s Raining Men”, por las Weather Girls, cantó en el bolsillo de John.

Sallie se rió y preguntó: —¿Qué es ...?

Steven se levantó un dedo y susurró: —Es Dan.

Sallie asintió.

—¿Hola? Este es el teléfono de Dan. El Dr. John Miller está hablando.

—John, gracias a Dios que eres tú.

—¿Qué está pasando? ¿Estás bien? —Preguntó John, y pantomimó un bolígrafo y un papel, entregándose casi de inmediato.

—Uno a la vez. Por el momento estoy bien. Estoy en la sección de mujeres de una tienda de departamentos, escondida en un camerino. Es como la versión italiana de Target.

—¿Qué teléfono estás usando?

—Una mujer. Le dije que el nuevo novio de mi ex esposa me estaba cazando y que están tratando de matarme para que ella pueda heredar el dinero de mi familia. Incluso me compró el almuerzo y algo de ropa nueva, porque podía decirles que era ese sarpullido en su antebrazo.

—¿Esta mujer hablaba suficiente español?

—Obviamente encontré a una mujer que podía hablar español, de lo contrario no estaríamos hablando. Dan gritó en voz baja.

—Bueno. ¿Dónde estás?

—Te dije que estaba en las damas ...

—La dirección. Necesito una dirección.

—Un segundo.

Menos de un minuto después, Dan envió un mensaje de texto con su ubicación a su teléfono. El GPS mostró cuánto tardaría en llegar.

—¿Lo obtuviste? —preguntó Dan.

—Sí, sí, lo tengo. Escucha, vamos a recogerte, pero estamos trayendo a amigos interesados en esa pelota verde que dices haber visto.

—¿Quién?

—Se hace llamar “el Profesor.”

—¿En serio?

—Sí, y él es... británico de nacimiento, pero él es como los italianos en tus películas favoritas y su kriptonita es esa pequeña roca verde.

Sallie le dirigió a John una mirada burlona.

Steven susurró: —Tienes que saber hablar con Dan. Es como un niño de once años realmente brillante.

Sallie asintió.

—Déjame aclarar esto —dijo Dan. —Entonces, ¿acabo de escapar de Joe Pesci y Ray Liotta sólo para entregarlo al Profesor Moriarty?

—Dan, es un poco más complicado que eso, pero sí.

—Esperen, ¿están bien chicos? ¿Steven está allí?

—Sí, sí, sí, estamos bien. Somos invitados del Profesor. Acabamos de tener una cena deliciosa y él realmente quiere hablar contigo, así que estás más seguro con el Profesor.

Dan suspiró y luego dijo: —Bien, ven a buscarme y date prisa, la mujer quiere que le devuelva el teléfono y está probablemente no estoy esté **feliz. Estoy viendo pornografía mientras hablo contigo. Además, trae un sándwich. Me muero de hambre.** —A la mujer, Dan dijo: —**Está bien, está bien. Está bien, ya.** —Entonces John escuchó: —**Me tengo que ir. Adiós.**

La llamada terminó. John volvió a guardar el teléfono de Dan en su bolsillo y dijo: —Ahora, sólo tenemos que decirle al Profesor que ...

Abraham y Emilio entraron al comedor.

—No creo que tengan hambre —susurró Steven.

—Es hora de irnos —dijo Emilio.

Los estadounidenses y Sallie DuBois se levantaron de la mesa del comedor y siguieron a los matones vestidos hasta la oficina del Profesor.

—Escuché que el otro doctor llamó —dijo el Profesor mientras podaba sus flores. —¿Bueno, qué estás esperando? Vamos a buscar a tu amigo. Sallie, quédate aquí y continúa tu investigación. Tendremos algunas bebidas nocturnas

esta noche. El Profesor estaba tan mareado como un niño esperando la mañana de Navidad.

—Vamos, vamos a buscar a tu amigo —dijo Emilio.

Capítulo 12: Al llegar al hospital

Varias horas antes, el helicóptero aterrizó en el techo del hospital bajo la brillante E amarilla (para elicottero, la palabra italiana para helicóptero). El estómago de Dan estaba cada vez menos mareado desde que se sentó. Tex salió y le pidió a Dan que lo siguiera. El vuelo en helicóptero (y su situación) sacudió a Dan demasiado para hacer bromas. Una razón era que lo asustaban. No había estado en un helicóptero desde que era un niño y había olvidado que la experiencia había asustado al joven inteligente.

Su tío había sido piloto de helicóptero, y el abuelo Dan sugirió que llevara al niño a dar un paseo. El joven Dan había estado volviendo locos a su familia y su tío quería vengarse de la pequeña mierda. Llevaron a Dan en un paseo en helicóptero que hizo que una montaña rusa pareciera un paseo en un estanque de patos para niños. El viaje en helicóptero duró diez minutos, y cuando el joven Dan salió, vomitó. Más tarde ese día, su familia, incluido el abuelo Dan, se había reído de la historia que contó su tío.

Se había olvidado de ese picnic familiar hasta que estuvo a medio camino de Pompeya y su subconsciente y su gorgoteo y su estómago retumbante le recordaron ese día. No dijo mucho una vez que el helicóptero se levantó (lo que alivió a Tex y a todos los demás a bordo, pero a Dan no le habría importado). En cambio, Dan se enfocó en entrar en su modo médico, donde todas las tonterías y comedias se apagaron.

Una vez que las palas del helicóptero dejaron de girar, dos guardias de seguridad abrieron las puertas de la azotea para Tex y Dan. Los guardias le hicieron un gesto a Tex, quien le devolvió el saludo. Los guardias no reconocieron la presencia de Dan, a quien no le importaba. Los guardias condujeron a los recién llegados desde el techo por un tramo de escaleras de cemento y luego por el pasillo. Tex se detuvo frente a una pequeña puerta, que decía “No se admite. Alta tension” en italiano.

En italiano, Tex Romano les dijo a los guardias de seguridad: —Gracias, caballeros. Puedo tomarlo desde aquí. Asintieron y dejaron a los recién

llegados.

Cuando los guardias se fueron, Tex sacó una llave de su bolsillo y abrió la puerta. Detrás de la puerta había un ascensor privado. Las puertas del pequeño ascensor se abrieron. Tex y Dan entraron. Tex presionó 4, y el ascensor bajó.

—¿Dónde estamos? —Preguntó Dan.

—Oh, sí —dijo Tex, sonriente y más agradable al comportamiento reservado de Dan. —Estamos en el Hospital San Francisco de Asís. Mis empleadores construyeron este hospital como muestra de buena voluntad. Es principalmente un hospital de enseñanza, y uno para los niños enfermos del sur de Italia.

—Uh-huh —dijo Dan, su escepticismo se filtró. Se estaba reteniendo la lengua y no sabía cuánto tiempo podría durar antes de explotar.

Tex sonrió y continuó: —Hacen mucha investigación exitosa aquí. Por ejemplo, somos líderes en Europa en investigación de células madre. Nuestra investigación sobre el cáncer ha avanzado mucho más allá de la terapia de protones, que siempre pensé que sonaba como algo de Star Trek. —Tex intentó hacer una broma al divertido Dan, que ni siquiera sonrió. —Estamos usando nanobots para atacar las células cancerosas. Nos hemos asociado con la Universidad de Illinois-Urbana en su investigación sobre cómo los nanobots pueden atravesar el torrente sanguíneo utilizando un revestimiento que los hace aparecer como glóbulos rojos y, por lo tanto, aceptados por los sistemas del cuerpo a medida que los nanobots navegan a través del torrente sanguíneo. Hasta ahora, según los informes, este método funciona bien en las simulaciones por computadora y en ratas. Esperamos comenzar los ensayos en humanos en los próximos tres años. Con la ayuda de este hospital y de miles de personas en todo el mundo, podríamos ser la generación que haría que el cáncer sea tan fácil de reparar como el virus de la gripe común.

Un Dan desinteresado comentó: —El virus de la gripe común una vez mató a más personas que la Segunda Guerra Mundial en una cuestión de seis meses.

—Pero eso fue hace siglos.

—No, eso fue hace un siglo. 1918.

Tex se enorgullecía de los logros del hospital; porque había ayudado a la familia Sabella a financiar la construcción del hospital. La jactancia de Tex molestó a Dan por su hipocresía.

—¿Qué piso tiene la sustracción de órganos, los esquemas de lavado de dinero y el nefasto contrabando a través de cirugías plásticas? Supongo que serían cuatro.

Dan arruinó el deleite de Tex en ese momento al recordarle por qué había allí. Volvió su estoicismo grosero, y ambos permanecieron en silencio hasta que se abrieron las puertas del ascensor.

El quirófano estaba limpio, bien iluminado, con todos los dispositivos modernos necesarios para mantener a un paciente sedado durante la cirugía. El quirófano vacío era lo suficientemente grande para múltiples cirugías realizadas simultáneamente. La habitación podría ser una habitación amplia o seccionada por cortinas de tela endebles unidas a rieles en los falsos techos.

—Benvenuto, Sr. Romano —el hombre de mediana edad con bata de laboratorio saludó al enviado de la mafia con un apretón de manos y un beso en el anillo.

Dan se susurró a sí mismo con una voz exagerada y ronca: —Don Vito, el día de la boda de su hija, le pido un favor ...

Tex y el médico italiano hablaron en italiano durante un par de minutos mientras la resolución de Dan decaía.

—Dr. Brócoli, este es el Dr. Dan Carter de América —introdujo Tex.

El médico italiano le tendió la mano y Dan la estrechó.

—¿Dr. Brócoli? ¿Me estás tomando el pelo? Eso suena como el nombre de un médico en el programa de nutrición de un niño.

—¿Che Cosa? —Preguntó el médico italiano.

—Él no habla mucho inglés —explicó Tex.

—Bien, ¿por qué voy a conocerlo?

—Porque él te ayudará durante la cirugía.

Dan miró a Tex con los ojos muy abiertos e incrédulo. —¿Me estás tomando el pelo? ¿Cómo puedo trabajar con un cirujano que no habla inglés? ¿Vamos a imitar o usar tarjetas de vocabulario?

—Estaré allí para ayudarlo.

—¿Tiene algún tipo de título médico?

—No, pero...

—Entonces, ¿por qué te quedas en la sala de operaciones?

—Porque yo soy el jefe y me aseguro de obtener lo que queremos —el

volumen de Tex coincidía con el de Dan.

Dan, un cirujano, estaba acostumbrado a la autoridad en la sala de operaciones a menos que hubiera un cirujano más experimentado. Tex también estaba acostumbrado a ser la autoridad a menos que volviera al complejo. En el complejo, él era otro empleado en la nómina de Sabellas.

El tono y el volumen de Dan volvieron a la normalidad. —¿Qué es lo que quieres?

—Tenías razón en el elevador. Aquí es donde hacemos el negocio que nadie más ve.

—¿Y si me niego a cooperar?

Tex se encogió de hombros —Es un hospital universitario. Siempre podemos usar un nuevo cuerpo.

Ese fue el momento en que Dan creyó que incluso si cooperaba, nunca abandonaría este hospital con vida, o peor aún, lo sacarían del helicóptero poco después del despegue. Ese pensamiento lo aterrorizó. No, no estaba volviendo a ese helicóptero. Dan necesitaba pensar cómo escapar de Tex y el hospital sin ser visto. Primero, pensó Dan, necesitaba hacer su trabajo, porque todos los ojos estaban puestos en él.

—Bien, ¿quiénes son las víctimas, er, pacientes? Quiero decir, pacientes.

Tex lo fulminó con la mirada, pero asintió. Al otro doctor, Tex le habló en italiano. El Dr. Broccoli asintió y salió de la sala de operaciones oculta.

—¿Qué le dijiste? —Preguntó Dan.

—Le dije: 'Trae a las chicas'.

Dan se sentó y pensó en varias posibles rutas de escape, lo que sería difícil porque se sentía como una rata en un laberinto. Si estaba de regreso en Miami, sabía casi media docena de formas de escapar de su hospital, la mayoría de las cuales había usado cuando necesitaba esconderse de sus superiores, o quería salir temprano del trabajo, o necesitaba salir. de deber extra.

Había nuevas preguntas plagando su mente: ¿hasta dónde estaría dispuesto a ir para escapar y usaría la violencia para obtener lo que necesitaba? Dan había sido golpeado varias veces cuando era niño y adolescente gracias a su boca rápida, mordaz y a menudo incontrolable, pero no se consideraría un luchador capaz. Nunca había aprendido a pelear, pero su boca le había enseñado a dar un puñetazo. Él se distrajo de sus planes de escape cuando las

enfermeras quirúrgicas llevaron a los pacientes.

Las pacientes, tres mujeres jóvenes pálidas y sin sangre de entre veinte y treinta años, vestidas con batas blancas. Cada mujer poseía mejillas hundidas y había envejecido prematuramente, luciendo triste, con los ojos muy abiertos y muerta por dentro; renunció a sus destinos compartidos.

—Se parecen a las novias de Drácula. —Dan se susurró a sí mismo.

El Dr. Broccoli, Tex y las tres enfermeras hablaron en italiano. Las chicas en silla de ruedas no respondieron. Cuando terminó la conversación, llevaron a las chicas a sus respectivas camillas. Los camioneros más grandes llevaron más equipo y un hombre bien vestido con un maletín esposado a la muñeca, abrió la carpeta y se la entregó a Tex. Tex tomó las esposas y la ató a su muñeca, y el hombre le entregó la llave y luego se fue.

Una vez que los ayudantes se fueron, las enfermeras llevaron a los pacientes y los ayudaron a subir a las camillas y Dan se acercó.

—Hola. ¿Cómo están? Soy el doctor Carter. Soy su doctor.

—¿Qué estás haciendo? —Preguntó Tex con los dientes apretados.

—Estoy tratando de presentarme a mis pacientes y brindarles una consulta sobre los próximos procedimientos.

—Primero, no hay necesidad de eso. Ya nos hemos ocupado de la consulta. Segundo, estabas hablando español, no italiano.

—¿Cómo sabes español? —Preguntó Dan.

—Soy de Texas. Es una habilidad para la vida.

—Y necesito las historias de mis pacientes antes de poder ir a trabajar. No quiero cometer el error de darle un estiramiento facial si quiere pechos más grandes.

Tex estaba a punto de gritar cuando se dio cuenta de que Dan tenía razón y se calmó.

—Sabes, tienes toda la razón. Necesitas tener esa información. —Tex llamó a una enfermera para que se acercara. —Dan, esta es Rosetta. Ella habla inglés también. Ella será su traductora durante los procedimientos.

—¿Qué hace una linda chica como tú en un purgatorio como este?

Ella lo fulminó con la mirada.

Dan sonrió. *Sí, ella sabe inglés.*

—¿Puedo obtener historias de pacientes y alguien puede decirme qué se

debe hacer con cada una de estas mujeres?

—Sí, doctor, —dijo Rosetta, y le habló en italiano al cuidador de las niñas. Rosetta escribió lo que el hombre decía. Rosetta le entregó las notas a Dan, quien las leyó.

—Esta es más una lista de procedimientos que el historial del paciente. ¿Tiene alguna condición preexistente? ¿Es alérgica a la penicilina u otra cosa? ¿Ella tiene hemofilia? Estas son cosas que quiero saber.

—Dr. Carter, ¿verdad?

—Sí, enfermera Rosetta?

—Debe comprender, Dr. Carter, que las cosas son diferentes aquí.

—¿En este país o en este hospital?

—Sí, para ambos. Estas desafortunadas jóvenes se han sometido a varias cirugías.

—¿Qué? ¿Alguien les paga para hacerse cirugías plásticas? ¿Como si fueran los Kardashians o los conejitos de Playboy?

—No sé quiénes son, pero estos cirujanos les dan a estas jóvenes, um, pechos, artículos colocados dentro de las bolsas de solución salina. El del medio tiene un embarazo falso.

—¿Qué tipo de artículos? —Preguntó Dan.

—El tipo de elementos que vas a quitar de sus cuerpos, —interrumpió Tex. —Quitarán las bolsas de solución salina de sus cuerpos, limpiarán las bolsas, quitarán los artículos de las bolsas, reemplazarán las bolsas de solución salina y remendarán a las mujeres. Le compensaremos bien por su tiempo y experiencia médica.

—Espera, ¿me iba a pagar?

—Absolutamente, —dijo Tex confundido. —Podría haber jurado que hablamos de eso antes de meternos en el helicóptero.

—Um.. ¡NO! Seguro como la mierda, habría recordado esa parte en lugar de ser extorsionado para realizar cirugías de forma gratuita. Joder, somos de los Estados Unidos, no de Canadá, ni de ningún otro país civilizado del mundo, ¡y nosotros los estadounidenses creemos que los procedimientos médicos como estos son muy caros! Pensé que estaba haciendo esto con prácticamente un arma en mi cabeza.

—No te puse un arma en la cabeza.

—No, no tú, padrino, no, pero tus secuaces sí.

—Sí, bueno, ahí fueron... precauciones tomadas.

—No me gusta esto. ¿Quién es mi anestesiólogo?—Dr.Brócoli —dijo Tex, señalando al médico italiano calvo.

—¿Es bueno?—Preguntó Dan. —No sé nada de él.

—Es Bueno —dijo Tex asintiendo. —Haremos todo lo posible para mantener a las niñas vivas y bien. Sin embargo, si tenemos que elegir entre la mercancía y las chicas, bueno, sé que harás la elección correcta.

Tex salió de la sala de operaciones. El equipo médico se puso a trabajar. Dan frotó mientras las enfermeras colocaban los instrumentos quirúrgicos al lado de las bolsas de plástico para guardar la mercancía dentro de las chicas de plástico.

Después de que Dan se lavó, las enfermeras lo ayudaron a ponerse la bata quirúrgica y la máscara. No hay orejas de conejo esta vez. Ya no estaba de humor para bromear. Solo quería que esto terminara.

El anestesiólogo le dio a las niñas en las camillas un anestésico para que se las pusieran antes de que la máscara de gas cubriera sus respectivas caras. Una vez que la primera niña de plástico estaba bajo sedación, Dan comenzó el procedimiento. En su corta carrera como cirujano plástico, Dan había realizado casi treinta trabajos de senos y fue excelente en ellos.

Abrió el pecho de la niña, sacó la primera bolsa de silicona, la abrió con el bisturí y sacó las bolsas de Mylar del interior de las bolsas de silicona. Otra enfermera, que no era Rosetta, limpió las bolsas de Mylar y las colocó en la bolsa de plástico antes de colocarlas a un lado.

Dan reemplazó los senos de silicona con modelos más nuevos y más pequeños. Cuando terminó, cerró a la primera niña y reemplazó los guantes quirúrgicos antes de pasar al siguiente paciente. Mantuvo el mismo vestido, pero actuó con nuevos instrumentos.

La joven mujer con el embarazo falso estaba teniendo una cesárea. El 'bebé' dentro de esta pobre niña era dos kilos y medio de cocaína, que Dan entregó. Las enfermeras limpiaron las bolsas de cocaína y las colocaron en la bolsa de mercancías. Dan también cosió a esta chica.

La tercera y última chica era otro trabajo bobo. Dan cortó dentro de su seno derecho que contenía heroína y una bolsa Mylar más pequeña. Las bolsas

estaban resbaladizas y Dan las dejó caer cuando abrió la bolsa de silicona.

—Oh, mierda —dijo Dan mientras el contenido se derramaba.

Las enfermeras se apresuraron a buscar las bolsas de heroína que se estaban cayendo, mientras que la bolsa Mylar más pequeña cayó a los pies de Dan. Se arrodilló para recogerlo cuando una pequeña esfera verde y perfecta que era del tamaño de una canica rodó. Cuando vio el mármol, lo miró por un largo momento, hipnotizado. Una voz dentro de la cabeza de Dan le dijo que lo entendiera. Lo recogió y lo escondió.

—¿Encontró lo que cayó, doctor?

Dan negó con la cabeza. —Lo siento, gente. Volvamos al trabajo. Rosetta, por favor traduce.

Rosetta habló en italiano. Los otros doctores y enfermeras asintieron y volvieron al trabajo. El personal no esencial en esa cirugía estaba luchando por el piso buscando la esfera verde en forma de mármol.

Dan notó que el tejido cicatricial de esta mujer era mayor que las otras dos mujeres. El tejido cicatricial denso implicaba que estas mujeres habían estado soportando estos procedimientos con la frecuencia suficiente como si fuera su trabajo a tiempo parcial. Se quitó el último seno de silicona, y esta vez se lo entregó a una enfermera de habla italiana, que hizo el honor de vaciar el contenido de la bolsa, mientras que Dan reemplazó los senos falsos más grandes por unos más nuevos, pero más pequeños.

—Vamos a cerrarla —dijo Dan.

—Sí, doctor, —dijo Rosetta.

Después de las cirugías, el cuidador colocó una paleta en una bandeja al lado de las camas de cada una de las niñas.

—¿Qué es eso? —Preguntó Dan.

—Las recompensas de las chicas por ser buenas pacientes, —dijo Rosetta.

—¡¿Piruletas?! —Dan preguntó horrorizado. —Eso es lo que le das a los niños valientes. Estas chicas no son niños pequeños.

—No estas chicas, —explicó Rosetta. —Les encantarían estas piruletas especiales tanto como a los niños pequeños que aman el sabor del azúcar. No hacen estas piruletas de azúcar, sino metanfetaminas cristalinas.

No sorprendió tanto a Dan Carter que no pudo provocar un comentario inteligente, pero esto lo detuvo tanto, que le dio náuseas.

Era hora de que se fuera. Se quitó las sangrientas prendas quirúrgicas y las dejó caer al suelo. Deje que el personal del hospital en esta fachada de un hospital limpie después de él. No se atrevería a hacer esto en un hospital estadounidense; sin embargo, estaba seguro de que nunca más volvería a practicar medicina en este hospital. Escondió su nuevo recuerdo en un lugar especial antes de hablar con Tex.

—Bueno, supongo que eso concluye nuestro negocio. ¿Qué tal si nos damos la mano y lo llamamos vida?

Tex forzó una sonrisa y dijo: —Deberíamos hablar sobre su compensación. Volvamos al helicóptero y hablaremos de ello en el complejo.

—Suená bien. Déjame ir al baño primero. Ahora vuelvo.

Con eso, Dan salió de la sala de operaciones. Una vez que salió, Dan corrió hacia la primera salida y corrió como si su antiguo entrenador de cross country le estuviera gritando y, sin saberlo, Dan finalmente superó la velocidad máxima de su abuelo. Corrió por millas hasta que estuvo seguro de que estaba lejos.

Capítulo 13: El Orbe Mágico

Utilizaron el GPS en el teléfono de Dan para llevarlos a los grandes almacenes. Los grandes almacenes habían cerrado por unas horas antes, y Dan estaba dormido contra la pared de ladrillos, oculto por las sombras. Dan se despertó cuando un faro brilló en la cara. Emilio salió del auto primero seguido de John y Steven.

—Estoy muy contento de verlos, chicos —dijo Dan, poniéndose de pie. — Estaba tan aburrida esperando que alguien me encontrara. ¿Saben ustedes cuáles son las leyes contra la micción pública y... eh, defecación por aquí? La tienda cerró temprano y realmente tuve que irme. Tuve que usar un pañuelo de mujer que robé como papel higiénico. Eh, supongo que no pueden vender ese artículo de nuevo.

—Asqueroso, —dijo Steven. —Pero es genial verte vivo y relativamente bien.

John y Steven abrazaron a su amigo desaparecido.

—Estamos contentos de que hayas regresado.

—¿Ustedes trajeron ese sándwich?

John le lanzó a Dan un sándwich de carne asada y queso envuelto.

—¿Podemos irnos? —Preguntó Emilio.

—¿Por qué trajiste al elfo Keebler? —Preguntó Dan.

Emilio, que tenía aproximadamente tres cuartos del tamaño de Dan, apuntó con un arma al cirujano que hablaba.

—Sube al auto, —exigió Emilio.

—No —dijo Dan, mientras devoraba su sándwich.

Tanto John como Steven creían que Dan estaba a punto de suicidarse católica.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con 'no'? —Preguntó Emilio, exasperado. Agitó su arma hacia Dan tratando de intimidar al médico. No funcionó.

—No dijiste '*por favor*' —dijo Dan.

Emilio suspiro. Con los dientes apretados, dijo: —¿Por favor, suba al auto?

—Sí, lo haré, solo porque sus modales son impecables, buen señor.

Steven subió al auto primero, luego John.

Antes de que Dan entrara en el auto, señaló un lugar en la corbata del matón.

—Tienes un lugar extraño en tu corbata.

Cuando Emilio miró, Dan pasó el dedo por la corbata y terminó golpeando a Emilio en la nariz; algo que haría un niño desagradable. La risa de Dan enfureció a Emilio, que estaba temblando. Emilio levantó el martillo de su arma apuntando al cirujano fugitivo. Dan levantó las manos en señal de rendición, pero aún se reía.

—¡Whoa! ¡Whoa! ¡Whoa! —Gritó Abraham, saltando del asiento del conductor también con las manos en alto. —No dispires. —Abraham también sacó su arma, pero apuntó a Emilio.

Emilio y Abraham se gritaban el uno al otro en italiano.

Mientras los mafiosos discutían, John gritó: —¿Qué demonios estás haciendo? ¡Te matará aquí y ahora!

—No, no lo hará, —Dan le aseguró a su amigo. —No si tiene un poco de sentido común, cualquier cantidad de pensamiento progresista, o incluso el más mínimo control de los impulsos. Él sabe lo que le sucederá si mata al único hombre que puede responder a la pregunta de manejo de su jefe y sabe que su muerte no será tan rápida y fácil como una bala en la cabeza. No, sería como darle de comer a los tiburones, un brazo y una pierna a la vez, poco a poco. Lo que no entiende aquí es que no necesita un arma. *Quiero hablar con su jefe. Quiero decirle al Profesor acerca de lo que sé sobre su precioso trineo Rosebud mitad del tamaño de mi huevo derecho, y yo quiero que esto termine. Entonces, subamos al auto, y nos vamos a ver al mago, que también era Profesor si no recuerdo mal.*

John asintió.

Con eso, Dan volvió a subir a la parte trasera del Rolls Royce junto a John. Emilio enfundó su arma y luego entró al lado de Dan. Le dio un codazo a Dan en las costillas y luego le dio una palmada en la cara antes de cerrar la puerta. Emilio le dijo algo en italiano a Abraham y el auto se movió.

Dan se inclinó hacia adelante como si fuera a hablar con sus amigos, cuando Emilio dijo: —Cállate o te mataré.

Dan se burló con disgusto. —De nuevo con la falta de modales. Si quisiéramos este trato grosero, nos habríamos ido de vacaciones a Francia o en un casino indio en casa.

—Por favor cállate, o te mataré.

Dan se burló de nuevo y sacudió la cabeza. —No. Ambos sabemos que no me matarás y tus amenazas son tan vanas como las promesas que hago a las mujeres cuando digo que las llamaré a la mañana siguiente. Ahora, tengo algunas preguntas para ti, como ¿dónde están esas fotos mías? ¿No podrías haberme advertido que estaba cayendo en una trampa de miel? ¿No podría haberme hecho saber que me estaba fotografiando, porque podría haberle dado una mejor pose y hacerle saber cuál es mi lado bueno? Como referencia, es mi perfil izquierdo y mi ángulo del 75%.

—La siguiente foto que te tomarán es identificar el cuerpo.

Dan se rió entre dientes. —Eso fue divertido. Puede que no salga de Italia después de los próximos días, pero puedo prometerle que no será usted quien me mate.

Entonces Dan le guiñó un ojo a Emilio, los diminutos ojos del gángster se hincharon y su tez se enrojeció. Su respiración era rápida y superficial.

—¿Estás bien? —Preguntó Dan. —Parece que necesitas un médico.

Emilio gritó y saltó hacia Dan, envolviendo sus manos alrededor del cuello de Dan. Dan se defendió, pero su lucha fue inútil. John y Steven sacaron a Emilio de Dan antes de que Emilio pudiera sacar un cuchillo.

Abraham llevó el auto a un alto chirriante. El conductor dijo: —Emilio, ven aquí. ¡Ahora!

Emilio hizo lo que Abraham le dijo. Sabía que se había jodido y que estaría en problemas con el jefe cuando regresaran. Emilio estaba sudando y temblando. Una vez que Emilio estuvo en el asiento delantero, Abraham continuó conduciendo.

Dan se frotó el cuello y tosió un par de veces. —Oh, sí, ¿puedo recuperar mi teléfono?

John le dió a Dan su teléfono, y luego Dan rápidamente se durmió, al igual que John y Steven.

*

Los médicos se despertaron cuando el automóvil llegó a la casa del

Profesor. Abraham los hizo pasar adentro. Emilio lo siguió.

Los dos hombres acompañaron a los turistas a la oficina del Profesor. El Profesor se sentó detrás de su enorme escritorio, leyendo, cuando sus invitados regresaron.

—Bienvenidos mis amigos, me alegro de verte de nuevo. Por favor siéntate. Debes ser el Dr. Carter. Estoy muy contento de conocerte. El Profesor se levantó y le tendió la mano grande y carnosa.

Dan lo sacudió con una amistad afable.

—Soy el Profesor Marin de Chelsea, Londres, Inglaterra

Suenas como James Mason. El Profesor Marin se echó a reír. John y Steven pensaron: —*Lollamé*.

—Dr. Carter, ¿puedo presentarle a mi colega, la Dra. Sallie DuBois?

—Encantada, —dijo Dan, y Sallie sonrió.

—Espero que tus amigos te hayan informado sobre lo que está sucediendo y por qué debemos reclutar a extraños en... esta cosa nuestra, —dijo el Profesor e indicó a todos que se sentaran.

—Sí, me informaron sobre esta trágica gira de historia que usted hizo ver y cómo está buscando una cuenta verde mágica del tamaño de mi trasero. — Algo sobre el orbe de la profecía, el orbe del tiempo, el orbe de la sabiduría.

El Profesor sonrió. —Tus amigos dijeron que eras gracioso. Usted les demostró que tenían razón. ¿Cómo estuvo tu viaje?

—Más rudo de lo que me hubiera gustado. Tu niño de allá tiene las manos más suaves, sedosas pero fuertes, que noté cuando estaban alrededor de mi cuello.

—¿Te atacó?

Los tres estadounidenses asintieron.

El Profesor suspiró y sacudió la cabeza. —No puedo decirte cuánto lo siento por este desarrollo. Será castigado por su... falta de control. —El Profesor pulsó un botón en su escritorio.

Volvió una voz: —¿Sí, Profesor?

—Abraham, convierte a Emilio en mantillo.

Por el intercomunicador, los médicos escucharon a Emilio gritar, rogar y suplicar, pero el Profesor ignoró sus súplicas. Steven y John escucharon con horror petrificado.

—Guau —dijo Dan. —Como un villano de Bond de la vida real. Impresionante y aterrador. Todo lo que necesitas hacer es acariciar a un gato en tu regazo la próxima vez.

—Muy poco probable. Soy mortalmente alérgico a las cosas horribles. Ahora que ese negocio lamentablemente necesario ha concluido, ¿dónde estaba? Oh, sí, me dirías dónde viste el orbe. No dejes ningún detalle, por insignificante que sea.

—Oh, Dios —dijo Steven. No había querido decirlo, pero las palabras simplemente se le salieron de la boca. —Disculpe, Profesor; No quieres hacer eso. No lo conoces Puede divagar por horas. Querrá preguntar sobre el orbe y Dan, aquí, discutirá las diferencias entre las temporadas cuatro y cinco '*Full House*', por ejemplo. *Te recomendaría que pidas un resumen a menos que no quieras tu respuesta hasta la hora del té mañana.*

—Grosero, —dijo Dan. —Sería '*Designing Women*', no '*Full House*'. *No fue lo mismo cuando Delta Burke se fue.*

—Veo tu punto, —dijo el Profesor. —Dr. Carter, por favor, resume cuándo viste el orbe más temprano hoy.

Dan resumió su día y cuando se apartó del tema, John pateó su silla.

—¿Pero viste el orbe? —Preguntó emocionado el Profesor, similar a un niño que le dijo que iría a Disney World para su cumpleaños.

—Yo sí. Lo saqué de una bolsa dentro de una teta falsa de metanfetamina. Lo tenía en la mano... y luego lo dejé caer. Lo siento, pero tenía una mula de drogas muerto para salvar.

—Está bien. Lo importante es que alguien lo haya visto después de todos estos años y sé quién lo tiene. —Dijo el Profesor, y luego se perdió en sus pensamientos. Murmuró: —Y luego está el Conde —y volvió a pensar.

—¿El conde? —Preguntó John.

El Profesor pareció sorprendido de haberlo dicho en voz alta. —Sí. Él y su esposa son un grupo vicioso .

Esto fue difícil de escuchar para John, pero mantuvo una cara pasiva.

—Crean que la piedra les pertenece porque el orbe perteneció a su familia hace siglos antes de que alguien lo robara. Se aferran a un título anticuado de nobleza que ya no tiene significado para el mundo exterior.

—Oh, lo entiendo —dijo Dan. —Me llamaron '*Kegmeister Carter*' durante

mis días de fraternidad, pero desde que me fui, nadie quiere que un médico llamado Kegmeister los opere. Supongo que es algo similar.

Tanto John como Steven miraron a Dan con asombro. El Profesor lo ignoró y continuó.

—Quizás, pero aunque ya no pueden usar el título de nobleza para perseguir sus objetivos, todavía tienen su riqueza. Creo que fueron ellos quienes pagaron a los Sabellas para que orquestaran su secuestro y lo obligaron a participar en sus nefastas operaciones.

—Espere un minute, —dijo Dan y se perdió en sus pensamientos por unos segundos. —Detente cuando te pierda. —Se volvió hacia sus amigos. —Hasta ahora, conocí a un tipo llamado Tex, un Profesor, realicé una cirugía en tres niñas muertas vivas, y ahora hay un conde, todos los cuales piden una valiosa, aunque corruptible, joya que se creé perdida durante los siglos. Mierda, escribamos un guión porque suena como que *'Drácula' se encuentra con 'El halcón maltés'*.

—Espera, ¿qué? —Preguntó John. Sus ojos estaban muy abiertos, porque Dan había mencionado algo que estaba en su sueño desde el avión.

Dan se echó a reír y dijo: —Oh, Dios mío, estoy tan meta en este momento que es como si estuviera tropezando con pelotas. ¡Wooo!

El Profesor preguntó: —¿De qué está hablando?

Steven sacudió la cabeza. —¿Quién sabe?

El Profesor le espetó a Dan con voz áspera, esperando detener su risa. —¿Sabías que la joya fue encargada por primera vez por el Rey de Florencia en 1350 como un regalo para su amante?

—¿Sabías que las mujeres en las clases de cerámica dan los mejores pajas? —Respondió Dan.

El Profesor respiró hondo, cerró los ojos durante un par de segundos y luego los abrió. Se limpió la frente con el pañuelo.

—¿Sabías que en 1505, se dice que el poderoso alquimista, Klaus Bruno, poseyó el orbe por un corto tiempo? Se rumorea que puso parte de su esencia mágica antes de que la Iglesia Católica lo matara por herejía.

Dan pareció pensativo y luego respondió: —¿Sabías que tanto *The Simpsons Movie* como *The Dark Knight Rises* tienen aproximadamente las mismas tramas? Aunque no creo que Fox demandará, porque es poco

probable que alguien confunda a Homer Simpson por Batman.

La cara del Profesor se enrojeció y los médicos vieron palpar la vena de su frente. Su respiración se volvió aún más laboriosa que antes. Tosió dos veces, y los médicos pensaron que podría morir de un derrame cerebral allí mismo. Sin embargo, el Profesor recuperó el control, ralentizó su respiración y su temperamento. Cuando pasó un minuto después, el Profesor preguntó: —¿Por qué no te lo tomas en serio?

—Porque no me importa.

La respuesta sorprendió al Profesor como si nunca hubiera considerado esa posibilidad.

—¿Qué quieres decir?

—No me importa tu guerra de pandillas. No me importan tus operaciones ni lo inteligente que eres, y no me importa una bola mágica verde por la que casi me matan. Yo simplemente no. Solo quiero volver a mi lujosa habitación de hotel a un precio ofensivo y disfrutar de las largas vacaciones que mis amigos y yo merecemos, emborracharnos el resto del mes y quedarnos solos. ¿Cómo es esto demasiado difícil de entender?

—¿No quieres el orbe? —La cara del Profesor se volvió sin sangre.

—Joder no. ¿Por qué lo haría?

—Sé-porque-no tiene precio. Es único. Es mágico.

—Es un adorno glorificado, Gollum; un trofeo de primer lugar que acumulará polvo. No vale mi tiempo ni mi consideración.

Steven levantó la mano como si hubiera vuelto a clase. —Um, ¿por qué exactamente quieres un objeto maldito?

—Sí, de verdad —dijo Dan. —Es como pujar por esa muñeca Annabelle en una subasta.

—No entiendes —dijo el Profesor. —Solo está maldecido porque los hombres que lo poseían eran malos. La piedra le da un gran poder a los hombres que pueden manejarla sin corrupción.

—Dice el gángster y el traficante de drogas —dijo Dan, y sus amigos temían que esto fuera donde morirían.

—No soy un sinvergüenza como los Sabellas o el Conde. Hice lo que tenía que hacer como un medio para un fin. ¡Soy un Profesor! Esa es mi carrera y mi vida. Si no ayudara a controlar el tráfico de drogas y me asegure de que todos

en mi organización obedezcan las reglas, sería mucho peor. ¡No vendemos a niños! No usamos la violencia en absoluto, si es posible.

—¿Por qué seguimos aquí? —Preguntó Steven.

—Sí, gracias, Dr. Pierce. Me gustas. Eres un hombre de razón. —El Profesor se calmó y recuperó la respiración.

—De vuelta al asunto. Dr. Carter, deleítenos nuevamente con la emocionante historia de su tiempo con los Sabellas.

—¿Debería comenzar cuando conocí a la prostituta honeypot o cuando su pequeño y viscoso bicho raro me estaba acechando?

—¿Qué tal si comenzamos desde el a la mañana siguiente, cuando llegaron los hombres de Sabella?

—Está bien, como dije, supe que la conexión de anoche era profesional y quería demasiado dinero para algún novato, y luego llegaron los matones, y pensé que solo me querían por mi rasgos de modelo masculino y pómulos, pero me querían por mis habilidades médicas enfermas, locas. Conocí a algunas personas encantadoras, incluido un chico de los recados llamado Tex, que era como tu matón del tamaño de una pinta, pero que poseía cien puntos de coeficiente intelectual adicionales incluidos como un extra opcional.

El Profesor suspiró al escuchar que los Sabellas tenían un matón mejor.

—No me dejaron cambiarme de ropa, ducharme o tirarme a la basura antes de que me secuestraran, así que estaba desnudo, excepto por mi bata de baño SpongeBob SquarePants. Conocí a Tex, que parecía bastante amable al principio, y luego fuimos en helicóptero al hospital de Sabellas en Pompeya. Tienen un hospital infantil y de enseñanza. ¿Tienes un hospital infantil y de enseñanza?

El Profesor gimió.

—Luego tuve que hacer las cirugías en estas tres muñecas de sangre o mulas o como las llames. De cualquier manera, ellos eran los muertos vivientes. Todavía estaban vivos cuando escapé o al menos pensé que lo estaban.

—¿Qué pasa con la piedra? ¿Viste la piedra? El Profesor se emocionó.

Dan suspiró. Ya había contado la historia antes, pero el Profesor era un niño que necesitaba leer la misma historia varias veces hasta que sus padres se cansaron de ese libro.

Dan dijo: —Oh sí, eso. Quité la piedra de contrabando fuera del seno de una mujer.

—¿Dónde está?

—Lapiedra?

—¡SI!

—Oh, Tex tiene que dure lovi.

—Usted nosabe?’

—Una vez más, Gollum, no me importa —lo precioso. —Escapé del hospital y encontré mi camino aquí, que fue un escape bastante dulce, como una película de acción digna de escapar.

—Entonces, los Sabellas lo tienen —suspiró el Profesor. —Bueno, al menos ya no se pierde. Solo tengo que lidiar con los Sabellas. ¡Maldita sea!

Los tres doctores estaban sentados esperando que el Profesor hablara. Él suspiró. —Oh, bueno, lástima que no pudieras haberlo robado, Dr. Carter. Hubiera preferido que tratar con usted en su lugar.

—¿En serio? Tal vez debería haberlo arrebatado cuando tuve la oportunidad, pero para ser honesto, estaba preocupado por mi vida. Pero hipotéticamente, digamos que robé el orbe, ¿qué estás dispuesto a ofrecerme?

El Profesor se echó a reír y dijo: —Te ofrecería doscientos cincuenta mil euros .

—¿Pagado cuándo?

—Esta noche en efectivo.

—¿Y luego qué?

—No sé a qué te refieres.

—Quiero decir, ¿podemos tomar tu dinero y marcharnos y nunca nos volveremos a ver? Quiero decir, si lo tuviera, y estuviéramos de acuerdo con este acuerdo, no quiero despertar con los peces. O si lo tuviera, ¿cómo podría saber que no haría que su escuadrón de matones recreara la masacre del Día de San Valentín con nosotros porque quiere recuperar su dinero?

—Bueno, jugando a este pequeño juego de hipotéticos, lo consideraría un compra, una compra costosa, pero una compra similar a esta casa. No maté a los anteriores dueños de esta casa y esa familia quería considerablemente más de doscientos cincuenta mil euros. Cuando me llegan asuntos que requieren

medidas tan extremas, les aseguro que es porque no hay otra manera. Desde mi punto de vista, si tuvieras el orbe, hice una compra de tres médicos estadounidenses de vacaciones, que tuvieron la suerte de encontrar un artículo en particular que me interesaba. Proporcionaría un recibo y consideraría que nuestro negocio juntos terminó. Te deseo lo mejor y espero que disfrutes de tus vacaciones en este hermoso país en el que he hecho mi hogar... es decir, si tuvieras el orbe.

Dan lo consideró durante unos segundos, y luego se levantó y se desabrochó los pantalones. Dan sorprendió a la gente en la habitación porque no tenían idea de lo que estaba haciendo el doctor loco. Metió la mano en su ropa interior, y su expresión indicaba que estaba cavando profundamente dentro. Le guiñó un ojo a Sallie, quien vomitó dentro de su boca.

Entonces Dan retiró la mano de su ropa interior y sacó el Orbe de Génova. El Profesor y Sallie se quedaron asombrados.

—Aquí está —dijo Dan. —Pero realmente deberías lavarlo. Ha tenido mucho estrés y un día sudoroso. Estaba empapado en una gran parte de mi sudor de pelota y cosas por estar en mi trasero toda la tarde. Te dije que era del tamaño de mi trasero. ¿Cómo crees que sabía eso?

Sallie casi se atragantó al escuchar eso. El Profesor sacó un pañuelo del bolsillo y lo alcanzó. Dan retiró su mano y con su mano izquierda, movió su dedo.

—Uh-uh —dijo Dan. —Primero cobra y luego puedes jugar con tu juguete. No soy Santa, er, Papá Noel para ti.

—Tendré que examinar el orbe primero, y luego podremos hacer la compra. Me temo que será tarde en la noche. Sallie, por favor informa al personal de la cocina que necesitarán trabajar un turno de noche esta noche y que ganarán el doble de tiempo extra por sus esfuerzos. Deben preparar otra comida y vamos a necesitar un café fuerte y un poco de té para mí.

Sallie asintió y salió. Como una ocurrencia tardía, el Profesor agregó: —Una cosa más, por favor traiga un tazón grande de agua caliente y jabón y toallas, para que podamos lavar el orbe... y las manos del Dr. Carter.

—Con mucho gusto —le dijo.

Todos se sentaron y esperaron a que Sallie regresara con el jabón, el agua y las toallas.

Un Profesor exasperado preguntó: —Dr. Carter, si no es mucho pedir, ¿puedes levantarte los pantalones?

—Oh, sí.

Mientras esperaban, el Profesor observó con envidia cómo Dan Carter jugaba con el Orbe de Génova entre sus dedos. Se ofreció a que sus amigos lo sostuvieran, pero se retorcieron.

—No después de que haya estado en tu trasero —dijo Steven.

—Sí, pasa eso —acordó John.

Sallie regresó con un gran recipiente de metal con agua tibia y jabón y colocó el recipiente sobre el escritorio del Profesor. Ella le dijo a su jefe: —El personal de la cocina está despierto y listo para volver al trabajo. La Sra. Buona quería saber si había algo especial, aparte del café, tenían que prepararse para esta noche.

El Profesor sacudió la cabeza y dijo: —No, confío en su juicio. Por favor, transmita mi gratitud, Dra. DuBois.

Sallie asintió y luego sacó su teléfono y le envió un mensaje de texto a la Sra. Buona.

—Dr. Carter, por favor coloca el orbe en el agua.

Dan se echó a reír. —Ja, ja, quiere verme lavar mi pelota. —Luego se rió como si fuera un niño pequeño.

John y Steven estaban demasiado avergonzados para reír, y se alejaron y suspiraron. El Profesor fingió no escuchar a Dan. Sallie gimió.

Después de que Dan sumergió sus manos y el orbe en el agua tibia y jabonosa y se lavó como si fuera a operar nuevamente. Dan retiró sus manos limpias del tazón.

El Profesor retiró el orbe y lo secó con una toalla. Encendió una lámpara de escritorio, sacó una lupa monóculo de joyero, se la colocó en el ojo derecho y estudió el orbe como un niño ansioso con un nuevo regalo de Navidad. Después de unos minutos de observación, el Profesor dejó la esfera sobre las toallas, sacó el monóculo de su joyero y lo devolvió al cajón de su escritorio. El Profesor no podía parar de emitir. Susurró algunas palabras apenas audibles como si estuviera hablando con el orbe, y luego el orbe se encendió.

—Dr. DuBois, por favor, dale al Dr. Carter el recorrido de cinco centavos

por la casa.

Sallie DuBois puso los ojos en blanco, forzó una sonrisa y dijo: —Vamos, déjame darte el recorrido.

John y Steven lo habían visto antes. y no estaban escuchando Dan, mentalmente exhausto, no escuchó nada de lo que dijo Sallie DuBois. Se detuvo frente a una estantería; Vi un libro antiguo sin nada escrito en la portada. Por impulso, agarró el libro y lo metió dentro de sus pantalones.

—Y eso concluye la gira —dijo Sallie, su tono goteando de sarcasmo. —Salga por la tienda de regalos. —Los condujo de regreso a la oficina del Profesor.

El Profesor dijo: —Dr. DuBois, mira. Creo que esto es real. El que hemos estado esperando.

—Estaba dentro del seno de un drogadicto. Recuerda eso también —le recordó Dan al Profesor.

—¿Disculpe? —Preguntó el Profesor mientras le entregaba al Dr. DuBois el orbe limpio y brillante.

—Me obligaron a realizar múltiples cirugías hoy, casi a punta de pistola, y tuve que quitar varios artículos de algunas niñas tristes y pobres convertidas en mulas de drogas. Sin embargo, debido a que eran buenas mulas de drogas, los Sabellas les pagaban con piruletas.

—¿Piruletas? —Preguntó el Profesor, con una ceja levantada.

—Bueno, hicieron paletas de metanfetamina de cristal; así que supongo que eso hizo felices a las chicas tristes.

El Profesor suspiró, pero Sallie estaba confundida.

—¿De qué estás hablando? —Le preguntó el Dr. Dubois a Dan.

—Estas chicas drogadictas usan sus tetas como un servicio de correo ilegal. Alguien en Francia o Suiza, o donde sea, lleva a estas chicas y las envía a un cirujano plástico de basura, que pone más que solución salina dentro de sus tetas falsas a través de pequeñas bolsas de Mylar, como heroína, cocaína, unidades flash o bolas verdes mágicas. Después de que las chicas se recuperaron, los gánsters las subieron a un tren o autobús a donde iban a encontrarse con otro cirujano plástico en el punto B, lo que me sucedió hoy. Abrí a las chicas y saqué las bolsas de solución salina, que contenían los artículos antes mencionados. Hoy, aprendí que los artículos de contrabando no

solo provenían de senos ilícitos. Traje a este mundo a un bebé que rebota dos kilos y medio de cocaína. Nunca había estado tan orgulloso de mi entrenamiento. Y mi abuela dijo que desperdiciaría mi vida convirtiéndome en un comediante. Oh, si pudiera verme ahora.

—Hacen eso... —dijo Sallie, más que un poco sorprendida. —Esas pobres chicas, ¿cómo lo hacen... y compensadas con paletas de metanfetamina de cristal?

Dan asintió. —Lo sé. Esas chicas necesitan protestar o formar un sindicato para obtener mejores salarios o tal vez encontrar una manera de no ser esclavas de sus adicciones.

La Dra. DuBois sintió náuseas nuevamente.

Dan trató de consolarla diciendo: —Si te hace sentir mejor, estas chicas solo tienen unos meses de vida o una cirugía más en el mejor de los casos.

La Dra. DuBois parecía estar haciendo todo lo posible por no llorar.

El Profesor dijo: —Es un mundo triste y horrible en el que vivimos.

—Entonces, ¿nos pueden pagar ahora? —Preguntó Dan.

El Profesor asintió. Se puso de pie, que a su tamaño, tomó un poco de esfuerzo. Se dirigió hacia la pared, movió un retrato y abrió la caja fuerte de la pared. Dentro había una cartera de cuero. El Profesor se quitó la cartera, cerró la caja fuerte y devolvió la foto. Llevó la bolsa al escritorio y la empujó hacia Dan.

—Cuéntalo. Está todo ahí. Era mi fondo de día lluvioso... o al menos uno de ellos. Te escribiré un recibo.—

Dan abrió la bolsa, y John y Steven miraron dentro del bolso. Había mucho dinero Dan sacó los paquetes de euros del bolsillo y los médicos contaron. Había doscientos cincuenta mil euros, tal como sugirió el Profesor. Luego los estadounidenses volvieron a poner el dinero en la bolsa y Dan cerró la bolsa.

—Aquí tienes —dijo el Profesor, entregándole a Dan el recibo.

Dan lo firmó, se lo devolvió al Profesor y luego tomó la bolsa.

—Gracias. Fue genial hacer negocios contigo. ¿Podemos llevarnos a casa?

—Sí, sí —dijo el Profesor. Su atención todavía estaba en el Orbe de Génova.

Dan se puso de pie, estirado, y con la mano levantada, el orbe voló de la mano del Profesor hacia la de Dan. Todos en la sala lo miraron asombrados.

—¿Qué... ?! —Gritó el Profesor. —Dr. Carter, por favor, devuélveme el Orbe de Génova.

—Con mucho gusto.

Dan me lo devolvió.

—¿Cómo hiciste eso? —Preguntó Steven.

—No hice nada. Solo estiré.

El Profesor observó al Dr. Carter con curiosidad y luego sostuvo el orbe y presionó un botón en su escritorio.

—Abraham, por favor lleva a nuestros huéspedes a casa con la debida seguridad y cuidado. Todos hemos tenido un día largo y fructífero. Apresurémonos para llevarlos a casa.

—Sí, jefe —dijo Abraham.

Capítulo 14: Al día siguiente

El viaje de regreso al hotel fue tranquilo, principalmente porque Dan estaba durmiendo y Abraham no hablaba mucho. John y Steven se mantuvieron solos. Tanto John como Steven estaban demasiado angustiados para decir algo.

John contempló irse de Italia. Quería volver al apartamento, dormir esta noche y planear su fuga. *¿Sería la mejor idea un tren a otro aeropuerto o sería suficiente ir al aeropuerto de Nápoles? ¿El profesor sacaría hombres para vigilarlos, pero por qué lo haría? ¿Era realmente solo una transacción comercial, y el profesor no quería nada más de ellos? ¿Los Sabellas los dejarían en paz y les permitirían disfrutar de sus vacaciones tan necesarias? ¿Estoy siendo paranoico? ¿Quién sabe?*

Steven no estaba pensando si la pandilla del profesor o la mafia local los matarían o traicionarían. Sus reconfortantes pensamientos se centraron en la bella Sallie DuBois. Steven fantaseó con alejarla de su terrible jefe y llevarla de vuelta al ático. Si bien había estado asustado todo el día después de ser secuestrado, y quién no lo estaría, su ansiedad había disminuido cuando llegó el Dr. DuBois.

Sin embargo, observó que a Sallie le gustaba John, a la mayoría de las mujeres sí. Mientras Sallie se reía y le sonreía a John, él no parecía estar interesado en ella, y ella encontró a Dan repulsivo. Steven se preguntó si ella pensaba que era atractivo y emocionante. Lo más probable es que nunca la vuelva a ver, y de alguna manera, eso fue para mejor. Ella podría haber sido tan peligrosa como su jefe, lo que habría matado su fantasía. Tal vez era hora de seguir adelante. Algunas relaciones tienen una fecha de vencimiento invisible. Esa era otra forma en la que deseaba ser más como Dan y John, que podrían recuperarse de una ruptura y tener una chica de rebote en muy poco tiempo. Dan le había dicho que no estaba usando el clásico, 'Hola, soy cirujano. ¿Puedo invitarte una copa?' línea de recogida ¿Y si Dan tenía razón? Odiaba decir eso o incluso pensar eso. Probablemente necesitaba echar un polvo en este viaje como Dan y John ya lo habían hecho. Todavía quedaba

mucho tiempo. Esto fue solo el día tres.

Dan roncaba ligeramente. Sus sueños no eran los suyos. Soñaba con una guerra de magos que se desarrollaba sobre acantilados y bajo un cielo rojo oscuro. La bola verde que había escondido en su ropa interior hoy le estaba hablando en la cabeza en un susurro sordo.

—La magia está dentro de ti. Si practicas y te concentras, aprenderás a dirigirlo y también te dirigirá a ti. Aprenderá a extraer energía del universo, conectándose a él a través de su mente y cuerpo, canalizándolo. Tenga cuidado, porque a veces la magia vuelve al mago oscuro si el mago no es lo suficientemente fuerte o si el mago no comprende lo que está sucediendo. Ahora que has tocado la magia, no puedes regresar. ¡Persigue esto hasta el final!

John también se había quedado dormido en el auto y le preguntó a Dan, aún medio dormido, —¿Qué dijiste?

Dan respondió con un ronquido.

*

Abraham se detuvo frente al hotel.

—Despierta niños. Estamos en casa de la abuela. Hora de levantarse.

Los tres estadounidenses se despertaron cuando vieron las luces del hotel fuera de la ventana del auto, salieron.

—No olvide su bolso, doctor— le dijo Abraham a Dan.

Dan asintió con la cabeza. —Gracias. Espero que nunca nos volvamos a ver.

—Soy de la misma manera, —dijo Abraham.

—¿Qué hora es? —Preguntó Steven.

John miró su reloj, —Casi las tres de la mañana.

—¿Aquí? —Preguntó Steven y se dio cuenta de que era algo estúpido. Era parte del cansancio.

—Sí —se quejó John.

*

Se despertaron nuevamente alrededor del mediodía. Su cansancio acumulado después de años de un horario tan agotador, además de los eventos de ayer, tenían que dormir más de lo habitual.

Dan se despertó primero. Hizo café y se sentó en silencio en el balcón mirando las olas, tratando de ocultar su ira contenida.

John fue el siguiente en despertarse. Cuando salió de su habitación, se vistió y hizo girar su maleta detrás de él.

—Amigo, ¿a dónde vas? —Preguntó Dan.

—Casa. Voy a tomar el primer vuelo de regreso a Miami.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Me estás tomando el pelo? No estuvimos aquí veinticuatro horas antes de pasar el día detenidos por gánsters realmente extraños, que amenazaron con matarnos. Maldita sea, Dan, nunca había estado tan asustado en mi vida.

—Me obligaron a realizar una cirugía en muñecas de drogas apenas vivas para otra mafia y todavía me quedo.

—También robaste un objeto valioso de un jefe de la mafia a pagar a otro jefe de la mafia, que es una versión más lenta del suicidio, otra razón por la que me voy. Podrían atraparnos a Steven y a mí en el fuego cruzado debido a tus estúpidas travesuras.

—También fui secuestrado y...

—Sí, sí, sabemos todo sobre eso, pero ¿qué demonios te poseyó para robar a la mafia? No puedo pensar en nada más tonto que eso. ¿Por qué lo hiciste?

—Fue un accidente. En serio, debes creer eso. Accidentalmente corté la vieja bolsa de silicona porque esas bolsas son resbaladizas y ya estoy cubierto de sangre de mula de droga, el contenido se derramó en el piso. Vi la pequeña roca verde, y no sé, no puedo explicarlo. Lo vi, lo recogí y lo tomé. No hubo previsión.

—¿Por qué? —Preguntó John.

—Porque... tal vez lo tomé como respuesta porque me follaron. También creí que me sacarían del helicóptero una vez que saliéramos del hospital. Tal

vez no pensé que iba a volver aquí.

—¿Por qué se lo vendiste al Profesor?

—Porque creía que era nuestra mejor esperanza de regresar con vida, y tenía razón.

—También te embolsó doscientos cincuenta mil euros.

—No me importa el dinero. Podría haber negociado un millón de euros y él lo habría pagado. La cantidad en esa bolsa es menor de lo que haremos como cirujanos. La cantidad en esa bolsa no es nada en comparación con lo que heredé por haber nacido en la familia Carter y pasar mis consejos médicos. Podría dar esa bolsa a los huérfanos y no me la perdería. Se trataba de supervivencia.

—¿Y qué hay de ahora?

—¿Qué hay de ahora?

—¿Tienes un plan para nuestra supervivencia?

—No, lo inventamos a medida que avanzamos.

—¿Quieres decir que se trata de suerte? —John preguntó, con considerable incredulidad, porque tener a Dan a cargo era similar a estar en un barco que se hundía y saber que el capitán es Jar Jar Binks.

—¿De qué están discutiendo? —Preguntó Steven. Estaba despierto y se dirigía a la cocina a tomar una taza de café.

John quiere irse.

—¿Por qué? —Preguntó Steven, sirviéndose una taza de café.

—¿Por qué? ¿Me estás tomando el pelo? En nuestro primer día aquí, casi nos matan pegándonos entre pandillas rivales en una pelea por una joya.

—No estoy de acuerdo en que casi nos maten —dijo Steven, agregando azúcar a su café. —Aunque al principio daba miedo, el profesor nos trató bien, ya sabes, considerando. El profesor consiguió lo que quería, y creo que nos dejará solos de ahora en adelante.

—Los gánsteres nos llevaron a punta de pistola.

—Sí, esa parte apesta, pero somos de Miami. Hay gánsters por todas partes, no muy diferente de Nueva York, Chicago o Jersey, pero Miami es a menudo a donde van a retirarse. También hay una facción de la mafia de todas las variedades. Es un poco difícil de perder. Dudaba que nos mataran. No fuimos una amenaza para el profesor y Dan le dio al hombre lo que quería, así

que pudimos irnos. Ahora, me gustaría quedarme y disfrutar de estas lujosas vacaciones por el resto del tiempo y espero que un día horrible no arruine el resto del viaje. Estoy de acuerdo con Dan, impactante pero cierto. Prefiero quedarme al sol y no preocuparme por eso.

Dan y Steven golpearon el puño.

John dijo: —Sin embargo, existe el punto de que Dan robó de un gángster para pagar a otro gángster es ...

El teléfono de Dan sonó —Está lloviendo hombres. —Lo recogió y respondió.

—Hola?

—Hola Dan, soy Tex. ¿Cómo estás?

—Oye, escoria, ¿cómo te va? Estoy mucho mejor de lo que estaba. ¿Cómo conseguiste mi número?

Tex se burló. —Por favor, Dan. Esa fue la parte fácil.

Tanto John como Steven murmuraron: —¿Quién?

Dan ignoró a sus compañeros de cuarto y le dijo a Tex: —Pensé que estarías ocupado hoy, levantando un camión, robando el dinero del almuerzo de un niño o poniendo un caballo. cabeza en la cama de algún productor, o algo así.

—No, Dan, no exactamente. Te extrañamos ayer. Te fuiste sin que te pagaran.

—Lo siento, pero tengo este miedo a las alturas y un temor saludable de ser expulsado de un helicóptero a diez mil pies. Soy raro así.

—¿Es eso lo que pensabas, que iba a arrojarte del helicóptero?

—Parecía razonable.

—De todos modos, creo que te fuiste con tu propio pago.

—¿Qué? ¿de qué estás hablando?

—La pequeña roca verde con la que huiste.

—¿De qué mierda estás hablando?

—Me dijeron que abriste una de las bolsas de solución salina y dejaste caer el contenido. Recogiste la roca, la escondiste y saliste corriendo.

—Sí, me resbalé cuando abrí la bolsa, y el contenido se derramó, como la heroína y la cocaína. No sé cuán segura es realmente esta línea, Sr. Roberto 'Tex' Romano, conocido reparador de la Sabella Crime Family. Deberías tener

más cuidado.

—Tomaste la roca verde y la queremos de vuelta..

—Oh, honestamente puedo decir que no la tengo.

—Pero sabemos que debes haberla tomado. La enfermera Rosetta dijo lo mismo... antes de morir.

—¿Qué? —Dan sintió que se le encogía el corazón.

—Sí, pensamos que ella debe haberlo tomado. Ella nos había estado robando durante bastante tiempo. La perra. Sin embargo, ella negó profusamente tomar esta piedra esmeralda redonda, pero nos contó una historia interesante. Entonces, naturalmente, teníamos la habitación volcada para encontrarla. No es tan difícil deducir que si ella no lo tomó, tú lo hiciste.

—Maldita sea, si supiera que es una esmeralda, lo habría guardado. Todo lo que vi fue una pequeña bolsa de Mylar que se cayó de otra bolsa, las que contenían la heroína y la cocaína. Se me cayó a encontrar lo bajó y volvió a grapar hasta su pequeña muñeca desangre.

—Devuélveme el Orbe de Génova.

—Jódete, no lo tengo.

—Quiero recuperar lo que tomé.

—Puedes tomar tu esmeralda y metertela por el culo. —Dijo Dan y articuló las palabras, *ya lo hice*.

—Está probando mi paciencia, Sr. Carter.

—Ese es el Doctor Carter. Tomemos un respiro y calmemos. Recientemente he entrado en algo de dinero. ¿Cuánto costaría hacer que todo esto desaparezca?

Dan tocó el bolso que una vez perteneció al profesor.

—No hay cantidad de dinero para pagarme. Me hiciste quedar mal delante de mis superiores. Necesito recuperar esa piedra para salvar la cara de la familia.

—Entonces, no por, digamos, um... ¿doscientos cincuenta mil euros?

—Ni siquiera cerca. Quiero esa piedra.

—¡No la tengo! ¡Ahora, vete a la mierda y nunca me hables más! —Dan terminó la llamada y arrojó su teléfono al otro lado de la habitación.

Las caras de sus compañeros de cuarto expresaron sorpresa.

Dan dijo: —Esa era mi madre. Ella dice 'Hola' a los dos. —Y él se fue

corriendo a su habitación.

Dan llamó desde su habitación. —¡Vamos a la playa! ¡Las bebidas están sobre mí!

—¿Estás bromeando? —Dijo John. —Acabas de empeorar todo. Me voy de aquí antes de que haya un recuento alto de cuerpos.

Una voz salió de la boca de Dan que no era la de Dan.

—No puedes irte. Si te vas, todos morirán esta noche, incluido tú.

Dan sacudió la cabeza y parpadeó varias veces.

—¿Qué demonios fue eso? —Preguntó.

Steven y John estaban estupefactos después de lo que habían presenciado.

—¿Cómo, um, cómo, hiciste eso? —Preguntó John.

—No sé.

—Tus ojos —dijo Steven.

—¿Qué pasa con ellos? —Preguntó Dan.

—Brillaban de color verde cuando le dijiste esa cosa extraña a John.

Vamos, me están tomando el pelo.

Steven y John sacudieron la cabeza.

—Extraño —Dan se rió entre dientes, tratando de descartarlo. Su rostro se puso serio y dijo: —Oye, John, ¿dónde está tu billetera?

John rodó los ojos y se tocó los bolsillos buscando su billetera. Sabía que lo tenía anoche. ¿Lo tomó para el desayuno? No, lo cargó en la habitación. John revisó su equipaje y luego revisó el dormitorio y el baño. No estaba ahí. No podía pagar nada sin su billetera.

El teléfono de John sonó cuando llegó un mensaje de texto. John lo leyó.

—John, esta es María, tu conductora de Uber de ayer por la mañana. Encontré tu billetera debajo del asiento del conductor. Puedo devolverlo a tu hotel en una hora más o menos. Primero tengo que recoger un aeropuerto.

John respondió: —Gracias. Aún debería estar aquí. Si no, por favor déjelo en la recepción.

—Bueno, Dan, ¿todavía tienes las bebidas?

*

Los tres doctores tomaron el sol en la playa como habían planeado. Después de trabajar en un excelente bronceado, se dirigieron a un bar en la playa donde esperaban continuar con su bebida todo el día. Hasta ahora, Steven estaba a la cabeza en ese departamento con una jarra de margaritas de arándanos. John estaba tratando de ponerse al día con tragos de tequila. Dan estaba poniéndose al día con las bombas Jaeger. Comieron, bebieron y bebieron un poco más tratando de olvidar el día anterior.

Las horas pasaron rápidamente y su día iba bien hasta que los matones contratados los tomaron del bar de la playa y los arrojaron a una camioneta. Los nuevos secuestradores les pusieron bolsas en la cabeza, lo que no los asustó tanto como los hizo dormir. No había necesidad de torturarlos para que se callaran. Necesitaban algo de tiempo para dormir fuera de su consumo de alcohol.

Cuando despertaron, se encontraron atados a una silla dentro de un sótano de un apartamento sin muebles, en su mayoría oscuros con un piso de cemento frío. Una luz fuerte y brillante colgaba sobre ellos que parpadeaba en un patrón irregular y su zumbido se sentía como si lo elevaran a los niveles de concierto de arena para los tres médicos estadounidenses con resaca.

—No me importa quién eres o lo que quieres de mí —declaró John. —Pero ahora vendería mi alma por una aspirina o un goteo de solución salina.

—Oh, Dios mío —gritó Steven. —Por favor mátame. Esto es como... cien dolores de cabeza de helado sucediendo de una vez. ¡Oh Jesús! He olvidado lo mal que se siente una resaca tan intensa. Soy como un adolescente que no aprendió su lección.

Dan estaba llorando: —Por favor, pon la bala en mi cráneo, porque ahora vivo en el infierno. ¿Por qué tenía tantas bombas Jaeger?

Los italianos, que habían secuestrado a Dan el día anterior, estaban perplejos por qué estos doctores estaban en agonía. No necesitaban maltrato ni tortura, porque ya estaban sufriendo por sus propias manos.

Sergio habló con Tex por teléfono con altavoz por su teléfono celular. — Nos pidieron que los matamos antes de que incluso intentáramos torturarlos. Bebieron mucho todo el día y ya se están torturando. ¿Qué debemos hacer?

Tex respondió: —Hágales preguntas. Concéntrate en obtener las respuestas. Los doctores con resaca gimieron como almas condenadas en el infierno.

Sergio le preguntó a Dan: —¿Qué hiciste con el Orbe de Génova?

Al escucharlo, Dan pasó de casi llorar a reír. —Oh, Dios mío, sueñas como Bela Lugosi tratando de aprender inglés. —Dan continuó riéndose, lo que hizo reír a los otros médicos también. Ayudó a aliviar un poco el dolor, pero solo por un momento. Sus resacas todavía palpitaban.

—No lo tenemos —dijo Dan.

—Sí, lo haces.

—No, no lo hago.

—Sí, lo haces.

—Estoy viendo un patrón sin sentido aquí, ¿no? —Preguntó Dan.

—Tal vez un tipo gordo llamado el profesor lo tiene? —Steven gritó. —Te diré todo lo que sé por un vaso de agua. Si supiera alguno, le diría secretos de estado para un vaso de agua fría y fresca.

—¿Qué sabe sobre esto ..., Profesor? —Preguntó Tex desde el teléfono.

John respondió: —Hombre alto, obeso, quisquilloso, y afeminado. Súper rico, muy inteligente, vanidoso, le gustan las flores, tiene un hermoso jardín para un patio delantero, oh, y él realmente, realmente, realmente quería esa cosita orbe, la que crees que Dan tiene. También renunciaré a todos los secretos que tengo para un vaso de agua.

—¡No, no lo harás, John! —Gritó Steven. —Ese vaso de agua es mío.

—¡También tengo información, Steven! ¡Esa agua necesita mi cuerpo! Quiero decir, mi cuerpo necesita esa agua.

—¡Silencio, ustedes dos! —Gritó Sergio. —Tendrás mucho tiempo para contarme todo.

Tex dijo a través del orador: —Sergio, pregunta a nuestros invitados cómo conocen al profesor y recompensa a nuestros invitados deshidratados con un vaso alto de agua fría... también agrega una gota de vitaminas a ayúdelos a facilitar su transición.

—Sí, jefe —dijo Sergio.

Dan se echó a reír y dijo: —Sergio... ahora sueñas como Chico Marx de las películas de los Hermanos Marx.

Dan dejó de reír cuando vio a sus amigos mirándolo.

—¿Qué? Pasé algunos de los mejores momentos de mi infancia viendo películas y televisión viejas con mi abuelo del mismo nombre. Les agradezco

que no me juzguen.

Tex les dijo: —Caballeros, por favor. Volvamos al asunto en cuestión y cuénteme cómo sabe que este hombre llamó al profesor. El primero en responder recibe el agua primero.

Steven gritó: —Tenía a un hombre acechándonos, quiero decir Dan, la primera noche que llegamos aquí a Italia.

John gritó sobre él: —Era un pequeño hombre enviado a tomar fotos de Dan e informar al profesor. El pequeño trató de ahogar a Dan anoche.

Tex dijo: —No puedo imaginar por qué. Sí, ese tipo son las piernas y los zapatos del profesor y su cámara GoPro personal. Se llama Emilio algo. El no es nada. ¿Qué pasó después?

Steven gritó —Después de que tomaste a Dan, Emilio vino y nos dijo que secuestraste a Dan y nos mostró fotos de Dan festejando con una supuesta prostituta...

Dan gritó: —¡No alegaron nada! ¡Definitivamente era una puta!—

—¡Y el pequeño tío nos apuntó con un arma y nos llevó a conocer al Profesor! —Gritó John, queriendo golpear a Steven con la botella de agua. — Conocimos al profesor que nos contó sobre el Orbe de Génova que estaba buscando. Le dijimos que no lo teníamos. Nos dio una buena cena.

—Y nos presentó a su investigador, la Dra. Sallie DuBois —gritó Steven y deseó no haberlo hecho.

John agregó: —Y entonces Dan nos llamó y nos dijo que había escapado y que teníamos que ir a buscarlo. Y, los hombres del profesor nos llevaron a buscar a Dan. Dan contó su historia sobre su secuestro y lo obligó a realizar una cirugía en mulas de drogas y el profesor nos dejó ir.

—¿Te dejó ir? —Preguntó Tex por teléfono.

Los tres médicos estadounidenses gritaron: —¡SÍ!

—Ya veo —dijo Tex. —Sergio, dale a cada uno de nuestros invitados botellas de agua. Se lo han ganado.

—Sí, jefe —dijo Sergio, gritó a sus hombres por el pasillo y entró en lo que los médicos imaginaban que era otra habitación.

Había una luz en la otra habitación invisible, que alguien había tirado al piso porque daba a los hombres enormes sombras en las paredes. Los médicos contaron al menos dos hombres allí, pero podría haber habido más. Las

sombras seguían moviéndose.

Un minuto después, Sergio entregó una botella de agua a cada uno de los médicos estadounidenses. Tragaron el agua, vaciando las botellas en segundos.

—¿Están bien los médicos? —Preguntó Tex.

Asintieron casi al unísono. Steven preguntó: —No tienes aspirina allí, ¿verdad?

Sergio negó con la cabeza y dijo: —No, lo siento.

—¿Qué pasa con más agua? —Preguntó John.

—Sí, más agua estaría bien —dijo Sergio, y habló a sus hombres en italiano.

Uno de sus hombres sacó tres botellas más de agua y las distribuyó a los médicos deshidratados. Estas botellas todavía estaban cerradas y sin molestias. Un minuto después, John notó que cada vez era más difícil concentrarse.

—¿Qué nos diste? —Preguntó Steven.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó Tex.

—Quiero decir... ¿qué había en la primera botella de agua que nos diste?

—Puedes decirles, Sergio —dijo Tex. —No importará en un minuto o dos. No van a ir a ninguna parte por unas horas.

La sonrisa de Sergio era como la de un tiburón. —Les dimos a cada uno una gota de ácido lisérgico común.

—LSD —susurró Steven.

Tex preguntó: —¿Quién tiene el Orbe de Génova?

—El profesor sí —dijo John, y sintió que no podía evitar confesarse.

—¿Cómo sabes que el profesor lo tiene?

—Lo vimos con él —dijo John. —¿Por qué lo quieres tanto?

—Nuestro cliente lo quiere.

—¿Tu cliente?

—Sí, a veces aceptamos clientes externos y no podemos parecer débiles o incompetentes al no cumplir nuestras promesas, ¿verdad? Ahora, ¿fue testigo del profesor con el orbe?

—Sí, lo hicimos —dijo John.

—¿Lo tenía en un anillo?

—No, estaba jugando con él... como un niño con un juguete nuevo.

—¿Cómo consiguió el profesor el orbe?

—Dan se lo vendió —confesó Steven e inmediatamente deseó no haberlo hecho.

—¡Steven, gilipollas! —Dan gritó.

—¡LO SABÍA! —Tex gritó por teléfono. —¡Solo lo sabía! ¡Sergio, mata al Dr. Carter!

—Con mucho gusto, —dijo Sergio.

Cuando Sergio estaba a punto de romper el cuello de Dan, oyeron una conmoción en la otra habitación. John olió un aroma que reconoció. Olfateó mejor y se dio cuenta de que era perfume, pero ¿de quién, Dr. DuBois?

En la trastienda, los médicos escucharon a los hombres gritar en italiano. Desde las altísimas sombras en la otra habitación, los tres médicos creyeron haber visto a alguien transformarse en un dragón.

—Oh, Dios mío, ¿eso es un dragón? —Gritó Steven. —¿O son las drogas? ¡Por favor, John, di que son las drogas y te creeré!

—¡También veo al dragón! ¡Hay un dragón allí atrás!

Sergio se alejó de Dan y se dirigió a la habitación de atrás. Él también vio la sombra de un enorme dragón en la pared.

John gritó y confesó: —¡Dios mío, esto es exactamente como mis sueños! ¡Vi un dragón! ¡Vi un dragón en mis sueños en el avión justo antes de matar a Dan!

—¿Esperar? ¿Qué? ¿Ustedes idiotas me mataron? Oh, Dios mío, ¿estoy realmente muerto?

Ellos vieron como el dragón de la sombra atacó y mató a los gánsters de Sabella en la habitación de atrás. Los hombres de la trastienda gritaron.

Sergio corrió a la trastienda para ayudar a sus camaradas. Gritó y de repente fue silenciado. Los médicos vieron que su sangre salpicaba las paredes y gritaron.

—¿Qué está pasando allí? —Gritó Tex. —¡Exijo saber qué está pasando allí!

—Un dragón mató y se comió a tus secuaces— gritó John, horrorizado e incrédulo.

—¿De qué demonios estás hablando? —Preguntó Tex. —Oh, claro, las drogas. Mierda. ¿Dónde diablos está Sergio?

—¡El dragón se lo comió! —Gritó John. —¿Por qué se envía un dragón?

—¿Quién es este?

—¡Dr. John Miller! —Gritó John.

Después de que John gritó su nombre, el dragón se detuvo.

Las sombras parecían transformarse en una mujer, y los tres médicos podían escuchar los pasos de sus talones resonando por el sótano y acercándose. El terror de que los médicos presenciaran a esta mujer transformarse en un dragón nuevamente y matarlos como ella había matado a los gánsters.

La mujer salió a la luz y John jadeó. Fue Teresa, quien sonrió cuando lo vio. Ella lo agarró por la barbilla y le dijo: —Il mio bel uomo. —Lo que significaba: —*Mi hombre guapo. —Ella lo besó en los labios.*

—Dime qué está pasando —dijo Tex por teléfono. —¿Quién está ahí? ¿Quién está hablando?

Teresa levantó el teléfono y dijo: —Esta es la Contessa di Vincenzo. No apruebo sus métodos ni sus resultados. Estoy muy decepcionado y disgustado. Sus superiores se enterarán de esto. Nos has fallado y deberás pagar. Ciao.

Antes de que Tex pudiera defender su caso, Teresa terminó la llamada.

Detrás de Teresa estaba su principal guardaespaldas, Bernardo, un inmenso bruto de seis pies y nueve pulgadas con ojos muertos y una cara fea y deforme.

—¡Mierda! —Dan gritó. —¡Es el jodido monstruo de Frankenstein!

Teresa le dijo a su guardaespaldas y a sus otros secuaces, que también eran brutos malformados, —Traiga a estos jóvenes al auto. No les haga daño. Serán nuestros invitados.

Envolvió sus brazos alrededor de John y dijo: —Este se sienta a mi lado en mi auto.

Asintieron sin preguntar y sacaron a los médicos drogados y asustados de sus sillas.

—¿Hola, Dan? —Preguntó Steven.

—¿Qué?

—¿Estamos realmente siendo salvados por una dama dragón que tiene al monstruo de Frankenstein como mascota?

—Parece de esa manera.

—¿Es por el LSD?

—Probablemente.

Los guardaespaldas guiaron a Dan y Steven por el brazo en la parte trasera de un tramo Hummer. Los otros guardaespaldas corpulentos se sentaron junto a Steven y Dan.

—¿Está bien si tomo una siesta? —Preguntó Dan.

El guardaespaldas principal asintió.

Dan sonrió, dijo: —Gracias —y él asintió. Steven hizo lo mismo y tardó más de una hora en regresar al castillo de Teresa.

*

En el tramo principal de Hummer, John se sentó en la parte de atrás solo con Teresa.

—¿Estás herido? —Preguntó Teresa. Su mano estaba en la pierna de John.

—No, pero nos drogaron.

—Lo hicieron? Oh, pobre bebé. ¿Qué te dieron esos monstruos?

—Dijeron que era LSD para que respondiéramos sus preguntas.

—¿Las respondiste?

—Sí, lo hicimos.

—¿Sobre qué te preguntó ese hombre malo?

—Preguntó sobre el Orbe de Génova.

—¿Qué le dijiste?

—Que Dan se lo robó porque pensó que un hombre llamado Tex lo mataría y era su única moneda de cambio. Un hombre llamado el Profesor nos llevó a mí y a mi otro amigo a su casa y nos mantuvo cautivos hasta que Dan llamó y nos dijo que lo rescatáramos. Dan vendió el Orbe de Génova al profesor que nos trajo de vuelta al hotel.

—¿Es esa la verdad?

John asintió con la cabeza como un niño.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Preguntó John.

—Sí, por supuesto.

—¿Realmente te transformaste en un dragón y mataste a esos hombres?

Teresa se rió y le tocó la cara suavemente. —Mi hermoso niño, estás en un narcótico pesado. ¿Cuál crees que es la verdad?

John se rió y Teresa también se rió. —Eran las drogas.

—Eres lindo cuando eres... oh, eres simplemente lindo. Pero deberías dormir ahora.

A sugerencia de ella, John se durmió y ella sostuvo ambas manos a los lados de su cabeza. John durmió el resto del viaje de regreso a su castillo.

Capítulo 15: El castillo del conde y Contessa

Los médicos se despertaron cuando llegaron al castillo. Cuando el tramo Hummers se detuvo, todos se pusieron en marcha y Teresa dio órdenes.

—Llévalos a habitaciones de huéspedes en el ala este. Lleve este a mi habitación.

Sus grandes y pesados secuaces no cuestionaron sus demandas ni cuestionaron por qué quería que un médico estadounidense joven y guapo fuera llevado a su habitación. Ellos obedecieron.

Bernardo llevó a John a su habitación, mientras que los otros criados robustos llevaron a Dan y Steven a una de las habitaciones de invitados.

Teresa le quitó la ropa a John antes de desnudarse y meterse en la cama con él.

—Pobrecito, pobrecito —dijo acariciando su mejilla. —No tenía idea de que alguien te involucrara con esos hombres estúpidos y malvados. Si lo hubiera sabido, habría venido antes. Besó la mejilla sin afeitar de John y lo abrazó. —No había necesidad de que alguien tan precioso como tú sufriera en sus manos —dijo Teresa y juró en italiano.

—Mi esposo... no lo hizo... está tan desesperado por aferrarse al pequeño poder que supone que tiene, pero es cierto, se le está escapando de las manos. Se ha convertido en un hombre triste y patético, que tiene que rebajarse contratando criminales para hacer su trabajo sucio. Le advertí que no contratara a esos hombres de baja reputación. Le dije que habría consecuencias, pero no me escuchó. Ahora, estos hombres malvados mataron a esa pequeña chica de la tienda por un collar que le regaló su novio. Nunca perderían el dinero necesario para comprarlo a la dependienta; más de lo que ganaría durante su vida. Esos hombres horribles la mataron por eso. No siento pena por su muerte.

—Traje a tus amigos, —dijo ella. —Incluso el que nos robó la esmeralda. Asumió que le estaba robando a ese horrible y pequeño sapo de hombre y no a nosotros. Supuso que te estaba ayudando. Es por eso que tu amigo aún vive. Es

bastante ingenioso y astuto. Robar el orbe y escapar solo para venderlo a nuestro competidor para mantenerse con vida por el momento mostró algo de ingenio.

Mientras dormía, John susurró: —Dan es un loco —y John roncaba.

Teresa se echó a reír, mientras John dormía. —Eso puede ser cierto —susurró y pasó los dedos por su cabello rubio y recortado. —Podría hacer esto por la eternidad —le susurró al oído. John sonrió mientras dormía.

—Oh, qué demonios —dijo Teresa y se encogió de hombros. Agitó una mano frente a la cara de John y agitó sus manos unos centímetros por encima del cuerpo de John, pero nunca tocó y susurró en una combinación de griego y latín. Unos segundos después, John parpadeó rápidamente y luego abrió los ojos y permaneció abierto. Sus ojos se ajustaron y se sorprendió al saber que estaba desnudo en la cama con Teresa nuevamente.

Él dijo: —Nunca soñé que volvería a verte.

Teresa también sonrió y lo besó.

—¿Cómo te sientes, muchacho?

—Curaste mi dolor de cabeza, pero mi lengua se siente como la de un gato.

—Bueno, podemos arreglar eso.

Ella le entregó un vaso de agua.

—Quizás pueda conseguirte un poco de café y algo de comer. Necesitas reconstruir tu fuerza. Hay mucho de qué hablar antes del amanecer.

John bostezó y preguntó: —¿Qué sucede al amanecer?

—Mi esposo y yo nos vamos para algunos asuntos de la mañana, pero volveremos por la noche. Mañana, usted y sus amigos deberán descansar y recuperar fuerzas. Será una larga noche para todos nosotros.

—¿Por qué? ¿Qué pasa mañana por la noche?

—Mañana es la vigilia del drago, la víspera del dragón, cuando las estrellas se alinean en los lugares correctos por primera vez en setenta años y no podemos perderla de nuevo.

—¿Otra vez?

—Sí, echamos de menos uno más pequeño hace más de veinte años, para consternación de mi esposo y de mí.

—¿Cuántos años tienes?

Teresa se rió y movió un dedo. —Oh, no, una mujer nunca revela su edad.

John sonrió y luego preguntó: —¿Qué hacemos en la vigilia del drago?

—Es una noche sagrada en la que personas como yo, mi esposo, el profesor y algunos otros participan en un... antiguo ritual en el que mostramos nuestro aprecio por... todas las riquezas que disfrutamos en este plano de existencia.

—Entiendo —mintió. No tenía idea de qué esperar.

—Primero, necesito que te prepares para esta noche.

—¿Qué pasa con mis amigos?

—Están profundamente dormidos en una habitación de invitados. Esos hombres bestiales te drogaron y torturaron a ti y a tus amigos para obtener respuestas que ya sabían antes de que pudiera llegar a ti.

—Oh, ¿notaste al dragón que estaba allí?

Ella se rió. —No, no noté ningún dragón. Vamos a levantarte y a la ducha y darte de comer. Mis sirvientes están preparando una comida especial para ti.

—Si insistes, —John sonrió juguetonamente.

Ella salió de la cama, lo tomó de la mano y lo llevó a la gran ducha octogonal de mármol y vidrio en el dormitorio principal. Bajo el agua caliente, volvieron a hacer el amor durante varios minutos. Luego, se secaron, se vistieron y se dirigieron a la cocina, donde estaba el lugar para uno de pollo, papas rojas y vegetales para John.

—Por favor come. Has gastado mucha energía, energía sexual, y necesitas recuperar tu fuerza.

—¿No vas a ...?

—No, cené esta noche mientras dormías.

John asintió y siguió comiendo. Teresa tomó una copa de vino tinto y observó a John comer, sonriendo.

—Ese es un collar hermoso que llevas puesto —dijo John mientras se cortaba un trozo de pollo.

Teresa sonrió. —Gracias. Ha estado... en mi familia durante siglos.

—Una valiosa antigüedad. ¿Es ese el mismo collar de la noche que nos conocimos?

Era un collar de oro vintage con una pequeña pero impresionante esmeralda en el medio; pulido y cuidado a lo largo de los años.

Teresa negó con la cabeza, —No, este es... para un propósito diferente.

—Esa esmeralda se parece a la que Dan vendió al profesor.

Teresa sonrió. —Tienes buen ojo para los detalles. Existen varias piezas de la misma piedra en varios lugares. ¿Tocaste el Orbe de Génova?

John sacudió la cabeza. —No después de enterarse de que había pasado varias horas dentro del trasero y los calzoncillos sudorosos de Dan. No, gracias.

—¡Eww! ¿El Orbe de Génova fue el culo de tu amigo y luego se lo vendió a Thaddeus Marin? Teresa se echó a reír.

—¿Por qué usted y el profesor están tan ansiosos por poseer la misma piedra?

—La esmeralda, llamada el Orbe de Génova, le da... cualidades mágicas a quien la posee.

—¿Como usar un cristal de alguna tienda?

Teresa se rió. —De ningún modo. Esto es magia real. Puede... cambiar ciertas propiedades en realidad.

—¿Cómo es eso?

—¿Has comido lo suficiente? —Preguntó Teresa después de que John había terminado su plato.

—Supongo que sí.

—Entonces vamos a llevarte de vuelta a la cama.

Ella lo tomó de la mano. —Tanto deseo contarte, tanto que quiero compartir. Alguien me dijo que vendrías por mí, pero no tenía idea de que serías tan guapo.

—¿Quién te dijo que vendría? —Preguntó sonriendo, pero escéptico.

Teresa se rio. —Un viejo amigo. La verás más tarde.

—¿Es una adivina de la que me hablaste la otra noche?

Teresa asintió. —La mujer es una adivina, pero es mucho más que una adivina. Ella me habló de ti y tus amigos. Ella los llamó el Corazón y el Tonto.

—Sí, eso los describiría —dijo John, asintiendo. —¿Qué dijo ella sobre mí?

Teresa se rió y dijo: —Ella me dijo que iba a encontrarme con un hombre guapo, inteligente y joven que cambiaría mi vida. Ella te llamó el Emperador.

—¿Emperador? ¿Qué significa eso?

—Es de las cartas del tarot. Vieja magia. Tú también lo aprenderás.

—¿Lo haré? —Preguntó John riéndose.

Teresa lo trajo nuevamente a la cama. —Si quisieras, podrías vivir aquí conmigo.

John sonrió. Había escuchado esto antes. Él dijo: —No espero que a tu esposo le guste mucho.

—Mi esposo y yo... ahora vivimos vidas muy diferentes y solo nos vemos en la ceremonia. —Está enfermo y no estará en la imagen por mucho tiempo.

—No sé si puedo...

—Déjame mostrarte una idea de lo que estoy ofreciendo.

Ella flotó sobre la cama, realizando un exótico danza aérea, no muy diferente de los bailarines de Las Vegas que usan cortinas para bailar en el aire.

Durante el baile aéreo, Teresa se quitó la ropa y John observó, en trance. Una vez que estuvo desnuda, extendió la mano y levantó a John de la cama. No sentía como si ella lo estuviera levantando como si fuera un niño pequeño. En cambio, su cuerpo se sentía prácticamente ingrávido. Cuando John estaba en el aire, Teresa movió su dedo en un movimiento de 'ven acá', y John flotó más cerca de ella.

—Desnudarse —ordenó suavemente.

Se quitó la ropa y los vio caer al suelo. Ella lo acercó a ella, y se abrazaron, se besaron e hicieron el amor flotando sobre la cama.

Cuando ambos se gastaron, Teresa los deslizó hacia la cama, descendiendo lentamente como plumas. Se tumbaron en la cama, abrazados, riéndose como niños.

—¡Guau! —dijo John. —Esa fue una... nueva experiencia.

Teresa se rió. —Lo disfrutaste, ¿no?

—Oh sí, mucho.

—¿Te gustaría aprender a hacer eso?

John se rió. —¿Cómo aprendes algo así?

Teresa sonrió. —Hay maneras. Yo también era escéptico cuando aprendí por primera vez y hay mucho más que eso para mostrarte; varias vidas de cosas para enseñarte, mi apuesto joven.

—¿Varias vidas? Suena como mi educación para convertirme en cirujano —dijo John, y se echó a reír.

—Entonces sabes cómo estudiar, aprender y aplicar lo que has aprendido,

¿sí?

—Oh, sí, he pasado una corta vida haciendo eso.

Teresa sonrió y dijo: —Entonces enseñar será más fácil que enseñar a la mayoría gente.

—¿Sabías que solía ser escritor? —Preguntó John.

Sus grandes ojos verdes se iluminaron. —¿Estabas ahora?

John asintió. —Escribí algunas novelas para pagar la escuela de medicina. No eran famosos ni nada de eso, pero me ganaron lo suficiente como para ayudarme a terminar la escuela de medicina.

—¡Guau! Estoy aún más impresionado. Inteligente, bella y hetero: qué combinación tan rara. Eres perfecta para mí —dijo y se rió. —Como mi amigo predijo.

Luego miró el reloj y se dio cuenta de que era temprano en la mañana. Ella lo besó y dijo: —Tengo que irme ahora y volveré esta noche con mi esposo y tú puedes ser parte de nuestro ritual en la Víspera del Dragón.

—Um, está bien —dijo John, confundido. —¿Dónde vas a estar hoy?

Teresa recogió su ropa y se vistió. Ella se encogió de hombros y dijo: —Mi esposo y yo tenemos que planear el ritual esta noche. No podías imaginar cuánta energía se necesita para prepararse para esta noche. Informaré a los sirvientes para que te traten a ti y a tus amigos como si fueras el dueño de este castillo. Les diré que tengan un desayuno americano esperándote.

Después de que ella se vistió, lo besó buenos días.

—Te veré esta noche, mi amado.

—No puedo esperar —dijo John sonriendo.

Ella le lanzó un beso antes de cerrar la puerta detrás de ella.

John estaba emocionado y aterrorizado.

*

Steven soñó que llevaba el atuendo de Mickey Mouse de *The Sorcerer's Apprentice*. Sin embargo, en lugar de un ejército rebelde de trapeadores y cubetas que no podía controlar, Steven estaba tratando de hacer malabares

con la mente mientras meditaba y levitaba. No era competente en eso, y él y la bola de malabarismo oscilaban de arriba abajo. La concentración era más difícil de mantener de lo que esperaba, pero necesitaba práctica para dominar esta habilidad. Luego se dio cuenta de que Sallie estaba en peligro: el profesor Marin estaba a punto de empujar a Sallie a un volcán; perdió la concentración y cayó. Las bolas también cayeron y rebotaron en su cabeza.

Cuando Steven despertó, estaba confundido acerca de dónde estaba. Tres noches y tres camas diferentes; la playa, el ático, y ahora esta cama, donde sea que estuviera. Después de frotarse los ojos para asegurarse de que no estaba soñando. La lujosa habitación incluía dos camas extra grandes junto con muebles antiguos a un lado. La cama daba a las puertas francesas abiertas cubiertas por cortinas blancas de gasa, que flotaban en una suave brisa desde el balcón.

Steven se enteró de que estaba desnudo después de darse la vuelta y apartar la manta. Steven vio ropa nueva puesta en la silla junto a su cama junto con un vaso alto de agua y algunas pastillas en la mesita de noche. Se tragaron la aspirina, pero era difícil saberlo. Steven se metió las pastillas en la boca y las lavó con un vaso de agua. Pensó que si planeaban matarlo, ya estaría muerto. Steven terminó el agua de un trago. Esperaba que esas píldoras aliviaran su dolor de cabeza, y esperaba que funcionaran rápidamente.

No recordaba mucho del día anterior. Steven recordó tomar el sol con John y Dan, luego emborracharse durante un largo almuerzo, luego el mundo se volvió negro. Recordó que soñó que un dragón lo rescató. Sin embargo, Steven atribuyó el sueño a su afinidad por la *Juego de Tronos serie*. *Entonces, ese era otro misterio: ¿cómo pasó de emborracharse en la playa a despertarse en un lugar más lujoso que el ático alquilado de Dan?*

Steven salió de la cama y agarró su ropa nueva (polo blanco, pantalones cortos blancos, ropa interior blanca, calcetines blancos).

En serio, ¿alguien nos invitó a una salida de tenis después del desayuno? Steven se preguntó y luego se dirigió al baño.

La ducha era cálida y refrescante, y con cada gota de agua caliente, Steven se sentía más como él otra vez. No se duchó mucho, y la ducha junto con las píldoras lo ayudaron a recuperar su memoria. Ahora tenía hambre y apostaba a que la comida también aparecería mágicamente. La ropa le quedaba, no del

todo, pero era tan buena como si la hubiera comprado en la tienda. La ropa que había usado ayer fue reparada y lavada.

Cuando Dan despertó, gimió y gimió cuando regresó de mala gana al mundo de vigilia.

—Dónde estás...? Quiero decir, ¿dónde estamos?

Steven se encogió de hombros y dijo: —No sé. Podrían haber sido extraterrestres o magos los que nos trajeron aquí.

Dan bostezó, se estiró y preguntó: —¿Dónde está John?

—No tengo idea de nada fuera de esta habitación. Podríamos estar en una holodeck por lo que sé.

Steven señaló la silla junto a la cama de Dan. —Alguien nos dejó ropa nueva para que la usemos. Aparentemente, iremos a un partido de tenis más tarde, y pueden proporcionarnos el almuerzo. Además, hay algo de agua y medicamentos para la resaca en tu mesita de noche.

Dan se tragó los medicamentos y bebió el vaso de agua de un solo trago.

—Suenan maravillosos —dijo Dan y bostezó de nuevo.

Steven preguntó: —¿Recuerdas algo de lo de anoche?

—Pasar el rato en la playa, emborracharse en el almuerzo como deberían hacerlo los buenos médicos y luego algunos amigos míos nos arrojaron a una camioneta y nos drogaron para decir la verdad. Luego se vuelve extraño, como, un dragón nos salvó, que luego se convirtió en una hermosa mujer araña, que quería comerse a John. Entonces echamos un vistazo a este lugar después de que me duche.

Dan tomó su ropa nueva y se dirigió a la ducha todo el tiempo mientras cantaba Katy Perry's *Hot and Cold*.

Steven salió al balcón y trató de determinar dónde estaban y alejarse del mal canto de Dan. Dondequiera que estuvieran, la vista era tan espectacular como lo era desde la suite del ático.

Diez minutos más tarde, los dos médicos estadounidenses estaban vestidos con su atuendo casual blanco y casual. Dan extendió la mano hacia la manija de la pesada puerta de madera y tiró. Hizo clic pero se abrió lentamente y con un castillo espeluznante efectivo y espeluznante.

Dan asomó la cabeza por la puerta, miró por el pasillo y susurró: —La costa está despejada. Vamos.

Cuando estaban a punto de salir al pasillo, un roble de un hombre vestido con un atuendo formal apareció frente a ellos. Había un dispositivo electrónico parpadeante conectado a ambos lados de su cabeza. Los médicos estadounidenses más bajos lo miraron fijamente a sus ojos blanco lechoso.

—Oh, mierda —le susurró Dan a Steven. —Es el Borg de Star Trek. Sé genial.

Steven gimió. Le sorprendió que todavía estuvieran vivos a pesar de la lengua mordaz de Dan. El sirviente masivo no reaccionó.

—Escucha, Lurch —Dan se dirigió al hombre grande y bien vestido. —Llévanos con la señora Addams de inmediato.

El enorme hombre asintió. Caminó por el pasillo. Ellos siguieron.

Dan le preguntó al tipo grande: —Hola, Lurch, una cosa más: ¿es Wedenday Addams mayor de edad? La razón por la que pregunto es que me enamoré de la niña brillante, pero espeluznante, interpretada por Christina Ricci en las películas y ha pasado suficiente tiempo para que esté bien adulta, y pensé que tal vez tenía una oportunidad. Como apuesto médico estadounidense, como yo, que proviene de una familia rica, pero no de este tipo de ricos, podría tener la oportunidad de ser su pretendiente. Probaré sus formas extrañas y potencialmente letales de BDSM. Intentaré cualquier cosa una vez.

El descomunal criado simplemente gruñó.

Steven agarró a Dan por el hombro. —Dan, para. Vas a hacer que nos maten.

—Lo dices literalmente todos los días.

—Porque es verdad literalmente todos los días.

—¿No entiendes que hay un método para mi locura?

—No, Lord Hamlet, yo no lo hago.

—¿No viste sus implantes parecidos a Borg junto a sus ojos de muñeca muertos? Estaba midiendo para ver cuántas canicas tiene Groot aquí sacudiendo su cabeza. Aparentemente no mucho, de lo contrario, reaccionaría cuando le sugiriera tener relaciones sexuales extrañas con la hija de la señora de la casa. ¿No tenían sirvientes?

—No, no los teníamos.

—Bueno, lo hice, y aprendí que a pesar de que se les pagaba por sus cargos, la mayoría de los sirvientes realmente cuidan a los niños de estas

casas. Estaba tratando de probar las aguas para ver con qué estamos lidiando aquí.

—¿Al intentar que nos maten?

—¿Y qué hemos aprendido con mi pequeño discurso sobre nuestro gran amigo y posiblemente animado de nuevo aquí?

—Bueno, podría ser un sordomudo que solo puede leer los labios.

—¿Qué son esos electrodos en el costado de su cuello? Y lo que es más importante, ¿hay otros?

El extraño y torpe sirviente llevó a los médicos a John, que estaba sentado en una acogedora mesa blanca de metal en el patio trasero mientras que otros sirvientes le trajeron el desayuno. Llevaba una bata blanca de felpa y gafas de sol oscuras.

—Gracias, Bernardo. Hola chicos, ¿dormiste bien? Ven, siéntate y únete a mí.

Dan y Steven se sentaron con él.

—John, ¿qué demonios está pasando aquí? —Preguntó Steven.

—¿Quieres un poco de café? —Una criada de edad avanzada que también tenía los electrodos parpadeantes a un lado de la cabeza, chilló como si le fuera difícil hablar.

—Oh, Dios mío —exclamó Dan. —¿Esa es la criada robot de Richie Rich, Irona?

—Lo dudo —dijo John.

A la criada robótica, John dijo: —Sí, café para todos.

Dan y Steven asintieron vigorosamente. Otros sirvientes salieron tambaleándose mientras llevaban el desayuno a Dan y Steven.

—No te preocupes. Estamos a salvo ahora —dijo John.

—¿Qué? —Preguntó Steven.

—¿Cómo? —Preguntó Dan. —¿Y dónde podemos conseguir sirvientes zombis como estos? Mi familia podría haber ahorrado una fortuna o al menos otra fortuna a lo largo de los años.

—Siéntate, come —dijo John. —Creo que tengo una explicación.

Esperaron a hablar nuevamente cuando los sirvientes se fueron.

—Está bien, chicos, podrían ser vampiros.

—¿Qué? —Preguntó Steven. —¿Me estás tomando el pelo?

—¿Como los que dan miedo, los malvados o los brillantes hechos para que las niñas deseen a los hombres mayores y abusivos? —Preguntó Dan.

—Ninguno —dijo John. —Déjame explicarte.

John les contó lo que le había sucedido después de que Teresa lo despertó la noche anterior.

—¿Flotando? —Preguntó Steven.

John asintió con la cabeza.

—¡Guau! Esa es una nueva —dijo Dan. —Estimado asesor de Playboy, ¿qué hago cuando la extraña mujer que acabo de conocer en un país extranjero y europeo, que vive en un antiguo castillo y tiene el antiguo título de Contessa, quiere que viva para siempre con ella y tenga relaciones sexuales mientras floto en medio -aire?

John asintió y dijo: —En serio, vamos a encontrarnos con el conde esta noche en la cena. Teresa estará con él y nosotros seremos sus invitados durante este ritual.

—¿Sabes lo que implica este ritual? —Preguntó Steven.

—No —dijo John, sacudiendo la cabeza mientras terminaba su desayuno.

—¿Lo has buscado en Google? —Preguntó Dan.

—Estaba a punto de hacerlo, pero mi teléfono se está quedando sin jugo. Dejé mi cargador en el hotel antes de que alguien nos arrojara a una camioneta.

—Yo también —dijo Dan. —Nuestros secuestradores deberían haber sido más comprensivos y permitirnos sacar nuestros cargadores de la habitación antes de que nos llevaran.

Steven pensó por un momento antes de preguntarle a John: —¿Qué vamos a hacer?

John se encogió de hombros y dijo: —No lo sé. ¿Qué podemos hacer?

—¿Este ritual implica matarnos o al menos convertirte, John, en uno de los no muertos? Serás conocido como ‘el cirujano nocturno.’ — Dan bromeó.

—No lo sé. Después del desayuno, necesitamos aprender más sobre este lugar y en lo que nos hemos metido.

Capítulo 16: La venganza mafioso

Menos de una hora después de que Teresa y sus sirvientes llegaron y salvaron a su amante estadounidense y sus amigos, Tex llegó al complejo de apartamentos que era propiedad de sus empleadores que también albergaba algunos de los escalones más bajos de la familia criminal de Sabella . El reparador aturdido no estaba seguro de lo que había sucedido después de que Sergio dejó de hablar con él por teléfono. Había escuchado sus gritos y los médicos estadounidenses decían algo sobre un dragón. *¿Un dragón?*

Sin embargo, los médicos extranjeros tenían resaca y estaban bajo la influencia del LSD. Sergio se había metido en su agua, por lo que no eran tan confiables. Reunió a algunos hombres como músculos y se dirigieron al complejo de apartamentos.

Tex necesitaba una victoria en este caso. Sus empleadores no estaban contentos con su desempeño en los últimos días. Primero, había dejado escapar al médico bobo (y probablemente loco) con la esmeralda verde que el Conde Vincenzo lo había contratado para recuperar.

Sus superiores ya lo habían amenazado por esa debacle, que no era su culpa, pero eso apenas importaba. Él estaba a cargo de esta 'operación', algo salió mal y él tenía la culpa. No importaba que hubiera realizado más de treinta carreras exitosas antes de que encontraran a su cirujano plástico regular colgado en el armario de un hotel. Todo lo que le importaba a sus superiores implacables era que esta vez algo había fallado. A veces las cosas salen mal durante estos procedimientos y, en más de una ocasión, una de las chicas mula había muerto en la mesa gracias a la borrachera y la desgracia de un cirujano plástico.

Sin embargo, esos errores fueron aceptables y a veces esperados. Consideraron a esas chicas muertas como garantía y, a menudo, el costo de hacer negocios. Los jefes no se quejaron cuando las niñas murieron porque habían recuperado toda la mercancía. Esta vez fue diferente, porque el Conde Vincenzo los había contratado (un título anticuado e inútil si alguna vez hubo

uno), y el Don (un título de realeza de algún tipo) quería mantenerse feliz. Ninguno de los dos estaba contento de que Tex hubiera dejado que este doctor demente se fuera con su premio. Le habían ordenado a Tex que recuperara la esmeralda a toda costa. Envío a sus muchachos a recoger al Dr. Dan Carter y a sus amigos para confesar el paradero de la esmeralda. Por lo que Sergio había descubierto, se lo habían vendido al profesor.

Joder, pensó Tex. El médico estadounidense no solo la robó después de realizar su cirugía forzada, sino que escapó con la esmeralda y la vendió a la competencia.

Inteligente, pensó Tex, si no un poco loco.

Su músculo fue primero al sótano y Tex los escuchó jadear y gritar.

—Jefe, tienes que ver esto.

Tex bajó las escaleras y el olor a cobre de la sangre lo atrapó primero. Los cuerpos no habían muerto lo suficiente como para apestar a carne podrida. Los cuerpos de sus asociados se esparcieron por todo el piso con profundas marcas cortadas a través de sus torsos y cabezas como si un animal grande los hubiera atacado. Los hombres usan pistolas o cuchillos si son realmente salvajes, pero incluso si el asesino, o asesinos, fueron todos Norman Bates en sus colegas criminales de carrera, no había manera de que pudieran haber dejado un desastre como este. Los médicos que estaban tropezando con las bolas afirmaron que había un dragón comiéndose a los hombres. ¿Cómo podía creerles cuando los doctores estaban haciendo la luz fantástica? Era una locura creer locos. Pero, de nuevo, ¿dónde están los cuerpos de los médicos estadounidenses?

Espera, Tex recordó algo sobre una mujer. Ella había llamado a un médico 'guapo'. ¿Se refería al Dr. Carter o uno de sus amigos? Pensó que reconocía a la mujer. ¿Era realmente la Contessa Teresa Vincezzo en el teléfono? Tex no estaba seguro. El gángster había escuchado rumores de que ella y su esposo eran monstruos reales y honestos.

Supongo que esto lo prueba; él pensó. Ella vino con su grupo de monstruos, mató a sus hombres, secuestró a los hombres que él había secuestrado antes a pedido de su marido. ¡Después de todo eso, tuvo el descaro de cuestionar su devoción por el trabajo!

Oh, esa perra! Robert Romano gritó mentalmente. Sí, ella morirá tan

pronto como obtenga suficientes refuerzos para asaltar su maldito castillo antiguo y bombardearlo de regreso a la Edad de Piedra. Es hora de que esos monstruos se unan al resto del siglo XXI. Pagarian por esto.

*

Después del desayuno, Dan, John y Steven exploraron el castillo. Era un impresionante e imponente edificio de piedra, construido en una época en que un castillo fortificado protegía a esta familia adinerada de los invasores merodeadores que planeaban matar a todos y tomar el castillo para ellos. Sin embargo, una diferencia única, no imitaba los castillos tradicionales que los médicos habían visto en las películas. En cambio, se parecía a un viejo hotel.

El blanco predominante era la cáscara de huevo, mezclado con un secundario favorito del azul real. Los pasillos eran estrechos y decorados con ornamentos. La sala con chimenea se parecía a una pequeña sala de estar.

—Mira por encima del manto —dijo Steven, señalando la pintura extraña considerable, un extraño escudo verde. Los otros dos miraron adentro para echar un vistazo más de cerca.

—Es la misma pintura que poseía el profesor.

—Eso es extraño —dijo Dan.

—¿Crees que es una coincidencia? —Preguntó Steven.

—No —dijo John. —Vayamos a algún lugar para planear.

Steven y Dan asintieron y siguieron a John a la habitación en el castillo que reconoció mejor. Necesitaban saber por qué la Contessa los había salvado de esos mafiosos que los trajeron aquí.

Dan preguntó: —¿Crees que el Profesor y su gente están tratando de matar al Conde vampírico, sabes, como en ese libro que se suponía que debíamos leer en la escuela secundaria?

—No sé —dijo John. —Tal vez no estamos en el lado correcto.

—¿Hay lados? —Preguntó Steven. —Otra cosa que me gustaría agregar. Digamos, en aras de la discusión, nos topamos con una habitación en el sótano con ataúdes donde duermen el conde y la condesa. ¿Qué hacemos entonces?

No tenemos estacas de madera. Demonios, tenemos armas, solo teléfonos celulares moribundos.

—No lo sé, —dijo John. —No tengo más respuestas para dar. Te conté todo lo que aprendí durante el desayuno, incluido el sexo flotante y el collar de Teresa que se parecía a la esmeralda que Dan usó como tercer testículo ayer. Deberíamos seguir explorando hasta que tengamos algo que responda algunas preguntas. Vamos a buscar la biblioteca.

—¿Dónde es eso exactamente? —Preguntó Dan. —No podemos simplemente ir a la recepción y pedir indicaciones.

—Vamos al dormitorio principal —dijo John.

—¿Por qué? —Preguntó Steven.

—Porque he estado en esa habitación más de una vez.

El teléfono de Dan sonaba “Está lloviendo hombres” de The Weather Girls, mientras se dirigían de regreso al dormitorio principal. Dan no reconoció el número, pero respondió de todos modos. Podría ser una salida.

—¿Hola?

—Dan, soy Tex.

—Oh, hola pendejo. ¿Como has estado? Desafortunadamente, te perdiste la parte en la que este dragón inspirado en Tolkien se comió a tus hombres, porque si hubieras estado allí, no me estarías molestando en este momento.

Dan prácticamente podía escuchar a Tex rechinar los dientes e intentar controlar su ira por teléfono. —Por cierto, ¿qué coño quieres? ¿No puedes simplemente morir y...

—¡Escucha, enfermo, estúpido hijo de puta! —Tex gritó por teléfono. — ¡Vas a decirme dónde puedo encontrar la esmeralda o te cortaré los testículos y te los meteré en la garganta!

—Idioma, señor. Caray, nunca imagino a un gángster hablando así. ¿Besas el anillo de tu padrino con esa boca?

Tex estaba gritando al otro lado del teléfono. Puso el pulgar sobre el micrófono para poder reírse de él.

—Está bien, está bien, está bien —dijo Dan. —Lo siento. Que estaba fuera de lugar. No debería haberlo dicho. Mi error.

—Eres un pedazo de mierda despreciable...

—Dice el gángster italoamericano.

—He matado a gente por menos que eso...

—Sí, bueno, estoy en el castillo del conde, idiota, y traigo un cargador de teléfono Samsung Galaxy 7 si quieres negociar. Mi teléfono está casi muerto.

Dan colgó sin darle a Tex la oportunidad de responder.

—¿Hola? ¿Hola? —Preguntó Dan. Sus amigos parecían aturdidos cuando Dan les dijo: —Ni siquiera se despidió. —Eso es muy grosero.

—¿Por qué demonios le dijiste dónde estabas? —Gritó Steven.

—Porque podría ayudarnos a escapar del castillo de Drácula, duh.

—También podría matarnos.

—Hmm... está bien, hubo un pequeño defecto en mi plan.

Steven extendió la mano como para estrangular a Dan, pero John lo detuvo.

Un Steven exasperado le gritó a Dan: —¿Por qué siempre haces esto? ¿Por qué siempre dices las peores cosas absolutas posibles? Cosas de las que te das cuenta podrían matarte a ti o a todos nosotros? Quiero decir, cuando vamos a un bar, y es como si quisieras pelear a veces. Es como si estuvieras tratando de...

—Si estuviera tratando como morir —John terminó por Steven, y fue entonces cuando Steven entendió.

Dan no dijo nada por un momento. Rompió el silencio diciendo: —Sigamos explorando. Necesitamos armas y respuestas. Vamos a ver el sótano. Ahí es donde mantendría un arsenal.

A través de un poco de exploración, encontraron una puerta que conducía a una gran escalera de piedra hacia abajo.

—Creo que vi esto en Better Homes and Dungeons and Dragons. Tiene un público limitado pero obsesivamente leal —dijo Dan.

Hacía frío pero aireado en una bodega. El aire no era rancio, sino sorprendentemente fresco y frío. Al pie de las escaleras había una gruesa puerta de madera vieja con una tapa redondeada y largas bisagras negras que aparecían pintadas recientemente. Una gran aldaba de hierro negro colgaba de la puerta. Steven trató de tirar, pero no se movió y luego trató de abrirlo, pero estaba bloqueado.

Steven se secó la frente, saltó y gritó cuando vio al guardaespaldas casi innaturalmente grande de Teresa, Bernardo, con la misma expresión opaca en su rostro.

El monstruo dijo: —Ven. Este lugar está prohibido.

Luego los hizo subir las escaleras. Dan fue primero, seguido de Steven, y finalmente John antes de que el guardaespaldas los siguiera cerrando la puerta.

—No... regreses allí —gruñó el guardaespaldas. —El maestro... volverá pronto.

Dan guió por aire al “Frankenstein” de Edgar Winter.

El tipo grande no respondió, lo que molestó a Dan.

—Pareces infeliz, grandote —dijo Dan. —Tal vez si te encontramos una buena chica, una que se parece a Marge Simpson. Ya sabes, '¿Los Simpsons?' ¿Un nuevo programa en televisión que ha estado activo durante treinta años? Tal vez no se transmite en Italia.

El guardaespaldas no reconoció a Dan, pero los médicos notaron el aumento de la actividad eléctrica en los electrodos del guardaespaldas. ¿Estaba recibiendo instrucciones de algún lado?

—¿Necesitas algo? —El hombre grande preguntó lentamente.

—¿Cómo te llamas? —Preguntó Steven.

El hombre corpulento los miró con ojos muertos y llorosos y luego habló lentamente. —Bernardo.

—Bernardo —dijo John. —¿Cómo llegaste a trabajar para el Conde?

Pasaron varios segundos antes de que llegara la respuesta. Bernardo dijo: —Yo... no puedo recordar. Siempre he estado aquí.

—Sabes, es como un zombie menos rabioso —dijo Dan.

—Dan, para! —Steven gritó. —Estamos tratando de encontrar respuestas lo mejor que podamos antes de que tu hitman venga y nos saque, así que si no puedes decir nada productivo, ¡CÁLLATE!

Dan retrocedió.

John continuó y preguntó: —Bernardo, ¿qué instrucciones te dio tu maestro sobre nosotros?

Una vez más, hubo un procesamiento lento antes de la respuesta, no muy diferente de cómo funcionaban las 'computadoras' en los programas de televisión hace décadas.

—Debo cuidarte. Estoy para mantenerte a salvo. Tengo que mantenerte en el castillo hasta que el maestro regrese.

Steven dijo: —Así que somos como prisioneros blandos.

John asintió y continuó con sus preguntas. —Bernardo, ¿por qué tu maestro quiere mantenernos en el castillo?

—Él quiere que sean invitados esta noche... para la cena... para el ritual.

—Sí, la Vispera del Dragón —dijo John. —¿Qué vamos a hacer durante el ritual?

—Yo... no sé.

—Bernardo —preguntó Steven, —¿dónde están tus amos en este momento?

—Están... indispuestos hasta la noche.

—¿Son vampiros? —Preguntó Steven.

Procesando... procesando... procesando... —No, no son vampiros.

—¿Hay armas en esta casa? —Preguntó Dan. —Enserio? ¿No les importa si este lugar tiene armas por ahí?

Steven y John asintieron. Tenía un punto.

—Sí, hay armas.

—¿Podemos llegar a ellas? —Preguntó John.

—Sí... están en la armería.

—Por supuesto, están en la armería —dijo Dan. —Muéstranos dónde está la armería.

Procesando... procesando... procesando ...

—Sígueme.

Bernardo se adelantó.

Dan se echó a reír y dijo: —Al menos no dijo: 'Camina hacia aquí', porque eso habría sido divertido.

Bernardo los condujo a una habitación en el ala este llena de armas antiguas.

—¡Santo señorial Wayne Manor, Batman! —Dijo Dan, tratando de sonar como Robin del viejo *Batman programa de televisión*.

Actuaron como niños sueltos en una juguetería letal. Observaron, sostuvieron y empuñaron las armas antiguas, probándolas, viendo cuáles eran las más adecuadas y deseables.

Minutos después, los electrodos de Bernardo se encendieron nuevamente.

—Usted... tiene... visitante.

—¿Nosotros? —Preguntó Steven.

Bernardo asintió con la cabeza.

—¿Quién? —Preguntó John.

—Señor... Roberto... Romano.

—¿Quién? —Preguntó John.

—Tex —respondió Dan. A Bernardo, Dan le dijo: —No lo dejes entrar.

—Él... ya está... adentro

Capítulo 17: El visitante de Dan

Un balcón daba al mar como si el castillo fuera un elegante restaurante dentro de un hotel. Tex se sentó en la mesa del medio lejos de todos con una vista impresionante del mar Mediterráneo.

—Hola, Dan —dijo Tex, levantando una copa de vino. Los criados lo habían tratado como un invitado de almuerzo bienvenido.

—¿Trajiste el cargador como te pedí?

Tex metió la mano en su chaqueta. Steven y John jadearon y se congelaron. Romano arrojó el cable y el adaptador al centro de la mesa. Steven y John suspiraron mientras Dan recogía los artículos.

—¿Ni siquiera un gracias? Eso hiere mis sentimientos.

—Gracias —dijo Dan, goteando de sarcasmo.

—Únete a mí para el almuerzo, ¿quieres?

Ellos vacilaron y Dan se sentó frente a Tex. Se echó hacia atrás, relajado.

John y Steven se sentaron en una mesa adyacente cerca de Dan y Tex. Los sirvientes llegaron con vasos de cervezas para los médicos estadounidenses.

—¿De qué hablaremos? —Preguntó Tex.

—¿Creías que ‘The Godfather Part III’ era realmente tan malo? No lo creo. Quiero decir, sí, la premisa perdió su rumbo al incluir la gran conspiración y corrupción del Banco del Vaticano en lugar del mundo en evolución del crimen organizado, pero entendí lo que intentaban hacer. ‘The Return of the Jedi’ tuvo problemas similares. No estaba de acuerdo con usar el primitivo picnic de osos de peluche Ewoks, pero entiendo que Lucas iba a ir cuando él...

—Quiero hablar sobre la gema. El orbe de Génova. Lo quiero de vuelta.

—¿No te dijimos ayer antes de que tus matones se convirtieran en bocadillos de Scooby para un dragón que lo vendimos al poco alegre Profesor Marin?

—Lo que vas a hacer es salir del castillo con yo, robe el orbe del profesor y tráigalo a mí.

Dan se echó a reír y luego dijo: —Debo contagiarte. Tienes sentido del

humor, porque esa es la forma más rápida de morir horriblemente que se me ocurra, excepto tal vez masturbándome con una motosierra. Envía a tu ejército de Goombah a asediar esa fortaleza. No creo que el profesor pelee mucho por nada, excepto quizás compartir un trozo de tarta.

—Lo necesito hoy.

—Eso es bueno.

—¿Te das cuenta de lo que es esta noche?

Dan tomó un pequeño bebió y dijo: —Algún tipo de noche ritual mis captosres, er, anfitriones han sido vagos acerca de esta noche. Supongo que es una noche mágica un tanto espeluznante, como Halloween, pero sin dulces. ¿Necesitamos disfraces para esta fiesta?

Tex se rió entre dientes y dijo: —Algo así. Es la víspera del dragón, o la noche de la Obarra, lo que elijas. Supuestamente, con las herramientas adecuadas, como la esmeralda, y las palabras correctas, y la ofrenda correcta, esta noche se abre una especie de puerta mágica, un portal al poder inimaginable, o algo así. Es por eso que ambas partes están luchando por esa preciosa bola verde. El conde quería estar aquí y no alrededor de los dedos de salchicha de que la grasa putoprofesor.

—¿Y quieres esmeralda para que el doble especialista de Tony Soprano no te mate?

—Porque voy a realizar el ritualmismo.

—¿Estásahora?

Tex asintió.

—Usted desea utilizar la esmeralda para realizar este ritual en una rivalidad contra tanto el profesor y los propietarios vampíricos de este magnífico castillo?

—Son vampiros?

—Sí, sospechamos que son vampiros.

—¿Enserio?

—Bueno, pueden volar, según John, y pueden transformarse en monstruos, de lo que aprendiste, y no los volveremos a ver hasta esta noche en la cena. ¿No suena esto como la trama de una vieja película de Hammer Horror de la década de 1970?

—El conde contrató a mi gente.

—¿Alguna vez lo conociste?

—No, hizo los arreglos por teléfono y enviaron pedidos La cadena de mando. Ya sabes cómo va.

Dan asintió. —Sé cómo va y estás más loco que yo si crees que hoy recibirás el anillo del Profesor. Me acusaron de ser suicida, pero no estoy lo suficientemente loco como para intentarlo. Y definitivamente no soy un criminal. Estoy seguro de que tendrías más experiencia en este campo que yo.

—Puede que tenga más experiencia, pero conoces la guarida del Profesor, ¡y esta noche SERÁS un criminal! —Replicó Tex.

—Eres un tipo realmente duro con tu arma en la chaqueta —dijo Dan.

—No necesito un arma para ser un tipo duro a tu alrededor.

—Mierda —dijo Dan después de beber su cerveza.

Tex sacó su arma y la colocó en el centro de la mesa.

—Ahí. ¿Lo ves? Puedes ser amable.

Tex se echó a reír. —Vas a venir conmigo para conseguir ese orbe y si no lo haces, te meteré en el hospital, porque te quiero vivo mientras primero mato a todos tus amigos. —Tex hizo una seña a los otros dos cirujanos. —Entonces estaré en un avión a Miami, donde algunos tipos y yo vamos a acabar con tu familia, pero primero nos aseguraremos de que las noticias lleguen al hospital aquí, y después de que leas o escuches sobre lo horrible muertes de su familia y amigos, volveré y su débil excusa de una vida.

Dan se enfureció, pero permaneció callado.

—Ves, Dan, ahora entiendo por qué tenías que convertirte en cirujano plástico. No eres gracioso Nunca lo habrías hecho como un comediante de pie, y si tuvieras las agallas para intentarlo, te habrías convertido en uno de esos casos tristes cuyo pináculo profesional sería un papel de dos líneas como un vecino loco de al lado en una comedia de mierda antes de que volvieras a hacer un espectáculo en Peoria o Iowa o en algún otro lugar pequeño. Sin embargo, debido a su falta de habilidad cómica, se conformó con convertirse en médico. Tu familia te hizo un gran favor al obligarte a renunciar a tu fantasía de lo contrario...

Dan arrojó el resto de su cerveza a la cara de Tex y agarró el arma.

Tex se limpió la cerveza de la cara y se rió de Dan. —Supongo que la broma siempre fue sobre ti. ¿Honestamente pensaste que dejaría un arma

cargada sobre la mesa si fuera remota ...?

Dan apretó el gatillo. La primera bala destrozó la clavícula derecha de Tex. La segunda bala explotó en su pecho a una pulgada de su corazón. El último punto hueco explotó en su garganta. Robert Romano gorgoteó sangre durante un par de segundos antes de caerse de la silla al suelo.

Sus amigos vieron con horror cómo Dan envolvía la pistola humeante en su servilleta.

—Bernardo! —Dan gritó. Dan se puso de pie, temblando, con la cara roja y jadeando.

Bernardo llegó.

—¿Dónde guarda el maestro los cadáveres?

—Yo... no entiendo.

—Lleva este cuerpo al congelador —ordenó Dan.

Los procesadores en las sienes del sirviente parpadearon rápidamente. Unos segundos más tarde, Bernardo dijo: —Sí... lo haré.

Levantó el cadáver con poco esfuerzo.

—También —continuó Dan. —Haz que los sirvientes limpia este desastre.

Procesando... procesando... procesando.

—Sí... se hará.

—Gracias, Bernardo.

Dan se levantó y salió corriendo del balcón sosteniendo el arma a su lado como si fuera James Bond y dijo: —Tenemos nuestro arma para esta noche. Voy a necesitar algo de tiempo a solas.

Steven y John se quedaron estupefactos

El horror de John se convirtió en ira. Con los puños cerrados, John irrumpió hacia Dan cuando Steven lo tomó del brazo.

—No lo hagas —dijo Steven.

—¿Qué?

—Simplemente no lo hagas. Déjalo solo por ahora. Habla con él más tarde después de que ambos se hayan calmado.

—¿Viste lo que hizo?

—¿Cómo podría no hacerlo?

—Entonces sabes...

—No sé nada —gritó Steven. —¿Qué le vas a decir que ya no siente? Simplemente lo empeorarás.

—¡Acaba de asesinar a un hombre!

—Sí, asesinó a un hombre que había amenazado con asesinarlo a él, a nosotros y posiblemente a toda la familia de Dan. Dan mató a un tipo que lo había acosado, lo secuestró, lo asaltó y luego lo violó ocupacionalmente al obligarlo a hacer cosas que eran demasiado desagradables y ridículas incluso para Dan; cosas que todavía está demasiado traumatizado para comprender completamente. Y, además de eso, llega este gángster gilipollas y dice lo único que podría provocar que Dan matara.

—¿Qué fue eso? —Preguntó John con los brazos cruzados.

—Le dijo a Dan que no era gracioso.

Los ojos de John se agrandaron y Steven continuó.

—Y supimos que todo este viaje sucedió porque Dan todavía está furioso con su abuela controladora. Todas las otras cosas que ese imbécil dijo hasta ese momento eran amenazas sin sentido que Dan había escuchado toda su vida, pero decirle que no era gracioso y que su abuela tenía razón hizo que Dan se enojara. Podría haberme roto también si me hubiera sucedido.

—No sé sobre eso.

—Todavía no sabemos lo que nos pasará esta noche. Nada podría suceder o podríamos convertirnos en sacrificios de invitados de honor a su deidad tonta, pero gritarle a Dan no nos ayudará. De hecho, lo empeorará. Déjalo en paz y ayúdame a descubrir cómo vamos a sobrevivir la noche.

Llegaron los sirvientes no muertos. Algunos sirvieron el almuerzo a John y Steven mientras que otros limpiaron la sangre y las vísceras de los disparos.

Capítulo 18: Preparativos para la noche

Tex no había llegado solo. Tenía hombres armados esperando su regreso con los tres médicos. Los hombres hablaron y jugaron en sus teléfonos mientras esperaban que regresara su jefe. Tex los sorprendió cuando insistió en ir solo. Les dijo que tenía un puntaje personal que saldar con uno de los médicos. Sabían que debía ser él quien le robó. Los hombres escucharon cómo este médico estadounidense hizo que Roberto Romano pareciera débil, no solo para los jefes, sino también para toda su tripulación. Aunque era un abogado, no un chico de la calle; No podía parecer débil para nadie porque nadie en la organización lo respetaría nuevamente. Sus secuaces creían que Tex había entrado en ese castillo para golpear a ese médico irrespetuoso.

—Médico estadounidense versus abogado estadounidense —se rieron. — No sería una buena pelea.

Oyeron tres disparos del castillo y la risa se detuvo.

—¿Qué crees que pasó? —Preguntó Marco Rizzo, el conductor, a sus amigos.

—Tal vez el jefe se cansó de la boca del ladrón y le disparó a él y a todos sus amigos —sugirió Dario Gallo. Llamó a Tex. No hubo respuesta. Envío un mensaje de texto y esperó. Esperaron diez minutos y Dario volvió a llamar. De nuevo, no hay respuesta.

—¿Nos dio el jefe alguna instrucción en caso de que no responda? — Preguntó el tercer hombre, Rocco Stephani. Los otros dos sacudieron la cabeza.

—Pensó que esto es fácil —dijo Marco.

—Echemos un vistazo —ordenó Darío. —Mira si el jefe está bien. He querido ver dentro de este castillo durante años.

*

Detrás de la puerta cerrada del sótano, el Conde y Contessa se despertaron de su meditación de un día cuando una perturbación se extendió por el castillo. Fue parte de la preparación para los eventos de la noche.

—¿Sentiste eso? —Le preguntó el conde a su esposa. Ella asintió.

El conde sonrió: —Ha ocurrido la señal de la sangría. El primer acto violento que marcó el comienzo de La Víspera del Dragón.

El conde era un hombre alto y delgado, pero también enfermo y frágil. Su rostro era largo y anguloso con una nariz aguda y aguileña. Su peinado cabello negro hacia atrás mostraba el pico de su viuda pronunciada. Tenía unos labios rojos y delgados, y una perilla perfectamente recortada, que terminaba en un punto decidido más allá de su débil barbilla. Esta perilla cuidadosamente mantenida puso esos labios en el medio. Tenía los hombros delgados y demacrados. A pesar de ese cuerpo frágil, se llevaba con ese ‘aire especial’ que todos los hombres poderosos poseen. Era casi demasiado frágil para contener toda la esencia mágica en su cuerpo acumulada a lo largo de los siglos. Italia había prohibido los títulos de nobleza en 1948, pero aún se refería a sí mismo como Conde. Había heredado el título al nacer. Era suyo, y lo mantuvo, con o sin ley. Sin embargo, el título de cuenta ahora tenía un significado diferente, un significado más mágico.

—El ritual de Alhambra exige sangre para comenzar la ceremonia —dijo. —No tenía idea de que nuestros huéspedes estadounidenses serían tan serviciales.

—¿Te sorprende?

—¿Que los estadounidenses son violentos? No, leo sobre eso todos los días. Estados Unidos no puede pasar veinte años sin un conflicto armado. Son algunas de las personas más violentas del mundo, pero me sorprendió que fueran estos estadounidenses, médicos, cirujanos, sanadores, quienes nos sacaron la primera sangre. Quizás Bestia nos conceda un favor para nuestro sacrificio.

—Quizás.

—Soy un comienzo, pero puede que no sea suficiente. Tendremos que sacrificar a nuestros invitados para apaciguar a la Bestia.

Teresa forzó una sonrisa. —Si eso es necesario.

El conde se puso la bata de baño. —Quizás mientras más sangre

ofrezcamos, mejor Momawango sanará mi cuerpo.

—Si la Bestia está contenta.

—Debo dirigirme a las catacumbas para completar la preparación de la noche. Asegúrate de que nuestros invitados sean...

Tanto el conde como los ojos de Contessa se abrieron.

—Yo también lo sentí —dijo Teresa.

—Tenemos intrusos —dijo el conde Marius.

—Me ocuparé de los intrusos y nuestros invitados para las festividades de la noche.

El conde asintió y dejó la cámara de meditación para sus catacumbas ancestrales a continuación.

Teresa se envolvió en su bata de baño y subió las escaleras para ocuparse de sus nuevos invitados. En lo alto de las escaleras, Teresa cerró los ojos y sintió a sus invitados. Los estadounidenses estaban en habitaciones diferentes. Uno estaba en la habitación de invitados llorando. Uno estaba en la biblioteca leyendo. La última, su amada, estaba escribiendo en el dormitorio principal. Ella sonrió.

Ella sintió que los intrusos habían entrado por las puertas principales. Buscaron a su jefe muerto y planeaban matar a sus invitados. Ella los protegería, especialmente a su amada.

*

En las catacumbas, el conde Marius Vincenzo se cansó cuando debería haber estado eufórico. Era La Víspera del Dragón cuando sus habilidades practicadas durante mucho tiempo serían más fuertes. Sin embargo, su esencia mágica se había vuelto más fuerte de lo que su carne podía contener y se estaba filtrando. Su mente y su magia eran fuertes, pero su cuerpo no. Dio por sentado su antiguo cuerpo y ahora estaba pagando el precio. Era un mago más poderoso que el profesor Marín, que era un neófito obsesivo en comparación con el antiguo conde. Sin embargo, el Profesor tiene el Orbe de Génova, que pertenecía legítimamente al de Vincenzo. El orbe era lo suficientemente poderoso como para darle al Profesor una ventaja sobre él, especialmente en la condición debilitada del Conde.

Las voces dentro de las catacumbas le hablaron. Eran los espíritus de los

magos muertos y sus antepasados.

—Tienes razón en preocuparte —le dijeron las voces. —Tu esposa tiene un nuevo amante. Ella planea matarte esta noche y entrenar a su nuevo chico.

—¡Esa perra! ¡Después de todo lo que he hecho por ella!

—Sí, y su nuevo joven amante está arriba, uno de los médicos estadounidenses.

—¡Lo sabía! Ella ha estado actuando de manera inusual estos últimos días.

—Ahora que el profesor Marin tiene el Orbe de Génova, él planea matarte también.

—¿Qué debo hacer?

—Tienes muchas opciones.

—¿Cómo?

—Podrías elegir no participar en el Ritual de Alhambra hasta que estés curado y más fuerte.

—Siguiendo.

—Podrías...

—¿Y si cambiara cuerpos con el nuevo amante de Teresa?

Las voces conversaban. Le explicaron a Marius: —Eso no sería sabio. Eres muy débil. Si realiza el cambio esta noche, aún necesitaría tiempo para aclimatarse al nuevo cuerpo. Has hecho esto antes. Sabes que no solo te debilita, sino que lleva semanas, a veces meses, aprender cómo funciona tu nuevo cuerpo.

—Si mato a su nuevo amante, ¿Momowango me recompensará?

—Desconocido.

—¿Qué pasa si mato a mi esposa, su amante y los otros dos invitados a Momowango a cambio de una transferencia de cuerpo y resurrección?

—Desconocido. La Bestia puede ser... precaria.

—Pero la Bestia me debe un favor de la última vez.

—¿Confías en Momowango?

—No, pero la Bestia ha mostrado favoritismo hacia los más devotos.

—Eso es cierto.

El conde sonrió. Se sentó en su posición de meditación. —Cúrame lo mejor que puedas en el tiempo que me queda.

*

Los hombres de los Sabellas entraron por la puerta principal sin abrir con sus armas desenfundadas. Darío volvió a llamar a Tex, que seguía sin responder. La habitación del frente era de mármol, espectacular y vacía.

—Este lugar es hermoso —murmuró Marco.

Se perdieron en el esplendor del lugar y no notaron la llegada de Teresa.

—¿Te gusta lo que ves? —Ella se rió. Llevaba una bata de baño endeble, que solo cubría parcialmente su cuerpo.

Los hombres hechizados se acercaron a ella. Ella estaba parada en una postura recatada. Su mano detrás de su espalda era una garra grande y letal.

*

Teresa encontró a John en el dormitorio principal. Él saltó cuando ella abrió la puerta.

—Me alegra ver que te has hecho en casa.

—Lo siento. Espera, ¿estás despierto durante el día? Pensé...

Ella dejó de hablar con un beso. John le devolvió el beso. Cayeron sobre la cama. John le quitó la bata y notó una gota o dos de sangre en su cuerpo.

—¿Que es eso? ¿Qué pasó?

Teresa notó las manchas de sangre que perdió en su enjuague rápido. Su cara enrojecida por la vergüenza.

—Oh eso, tuve que cuidar a algunos intrusos.

—¿Intrusos?

Teresa asintió y continuó acariciando su cuello.

—Lo que los intrusos?

—Su gángster trajo amigos que estaban planeando matar a usted, yo, y sus amigos.

—Por lo tanto, los mató en su lugar?

—Ajá —Ella asintió y siguió a acariciar su cuello.

—Eras el dragón que vino a rescatarnos.

—Uh-huh.

—¿Cómo hiciste eso?

Teresa gimió y explicó: —Esa es una conversación y explicación mucho más larga que no quiero tener en este momento. Sin embargo, usted y sus amigos todavía están en peligro y tendré que explicarles todo. Ahora mismo, te necesito.

—¿Matar a esos hombres te excitó?

Teresa asintió.

—¿Eso sucede a menudo?

—Depende de la situación. Ahora, no más preguntas. Tenemos que darnos prisa. Necesitas hacer esto rápido.

—Espera, ¿qué pasa con... oh, no importa. —John suspiró y se rindió.

*

John llevó a Teresa, que llevaba un pequeño vestido negro, a la biblioteca. Steven estaba leyendo un libro sobre el Ritual de Alhambra y saltó al ver a John conduciendo a Teresa a la biblioteca.

—Relajarse. Está bien —aseguró John a su amigo. —Teresa di Vincenzo conoce a mi amigo, el Dr. Steven Pierce.

Teresa le tendió la mano.

Steven se levantó y besó su mano. —Es un placer conocerte. He oído mucho sobre ti.

Teresa se rió. —El placer es mío. Tenemos poco tiempo Necesitamos encontrar el otro para comenzar tu entrenamiento.

Steven dijo: —Pensé que ella era...

—Te lo explicaré más tarde. Esto es más apremiante.

Steven asintió y los siguió a la habitación de invitados.

*

Fuera de la habitación de invitados, John advirtió a Teresa: —Solo para decirte, Dan Carter es brillante, pero loco.

—¿Qué tan loco? —Preguntó Teresa un poco preocupada.

—Um ...

Steven respondió por él, —En los últimos dos días, casi le dio a un gordo llamado Profesor un aneurisma cerebral solo por ser Dan.

Teresa se rió entre dientes. —Sé a quién te refieres. Hubiera sido divertido verlo.

John agregó: —Probablemente le dio una úlcera al gángster, también solo por ser Dan.

John llamó a la puerta. Dan respondió.

—Tenemos que hablar —dijo John.

—Si fueras una chica, estaría preocupado o actualizaría mi pequeña lista de contactos negros. Si te refieres a hablar sobre cómo arruiné tu almuerzo...

—Ya pasamos eso. Esto es algo nuevo y mucho más preocupante.

Dan abrió la puerta y entraron.

John hizo la presentación. —Teresa di Vincenzo, este es el Dr. Dan Carter.

La Condesa extendió la mano. Dan lo sacudió como si fueran hermanos del alma. Teresa estaba confundida. John sacudió la cabeza.

—Encantado de conocerlo, Dr. Carter.

—Encantado de conocerlo también. Sin embargo, todavía es de día, así que, ¿cómo estás...?

—Dan, para. —John ordenó. —No es el momento.

—¿Qué quieren decir con la luz del día? —Preguntó Teresa.

—No es importante en este momento. Dijiste que el tiempo era esencial.

Teresa asintió. —Estás en lo correcto. Siéntate con ellos. Esto es para todos ustedes.

Se sentaron en la cama mientras Teresa se levantaba. Dan levantó la mano y se rió.

—No, Dan, esto es serio —dijo John.

—Dan, ponte en modo médico. Te necesitamos aquí para concentrarte.

Observaron a Dan hundirse en su modo silencioso pero hiperconcentrado.

—No esperamos que ustedes tres sobrevivan la noche. Mi esposo está planeando ofrecer sus vidas a un demonio conocido como Momowango, por lo que le permite quedarse aquí esta noche. El profesor también planeaba ofrecerte. Estás de vacaciones estadounidenses, que se mezclaron con la mafia local. Tus desapariciones no sorprenderán a nadie. La investigación superficial no encontrará nada. Sin embargo, estoy hablando contigo, porque quiero salvarte vidas. Cada uno de ustedes tiene magia en ustedes.

Hicieron una pausa y miraron a Dan, quien tenía un rostro serio.

—¿Qué? —Preguntó.

Teresa sacudió la cabeza y continuó. Ella señaló a Steven y dijo: —Tu regalo es tu corazón. Una vez que aprendas a abrirlo, serás poderoso.

Señaló a John y dijo: —Tu regalo es tu imaginación. Te enseñaré cómo usarlo más tarde.

Señaló a Dan y dijo: —Tu regalo es tu... locura, tu imprevisibilidad. Es una disciplina difícil de aprender, pero gratificante para quien pueda dominarla. Un mago que conozco que luchó con el camino de la locura es Balik Malistane en Bonn. Estoy divagando. Como ya has expuesto, um, partes sensibles de tu cuerpo al Orbe de Génova, ya tienes una dosis de su poder dentro de ti. Tu locura con la gema te ha ayudado a sobrevivir los últimos días, pero necesitarás entrenar para sobrevivir esta noche. ¿Entiendes?

Dan asintió. Esperaron un comentario. Dan se quedó callado.

Teresa continuó y habló a la clase: —He hecho un brebaje que aumentará temporalmente tu potencial mágico. Ustedes tres son como semillas plantadas que deben atravesar el suelo para germinar y luego pueden crecer. La parte más difícil para la semilla es empujar a través del suelo. Ahí es donde están ustedes tres ahora. Presentaré una lección sobre cómo empujar a través del suelo. No puedes hacerlo en una tarde, pero puedo mostrarte cómo comenzar. Siéntate en el suelo.

Lo hicieron.

—Siéntate como si estuvieras meditando.

Lo hicieron.

—Ahora, les mostraré a cada uno de ustedes cómo aumentar su potencial.

Teresa comenzó su instrucción individual y le entregó a cada médico un

frasco personalizado de líquido azul que bebieron como una inyección de sabor desagradable.

—Quédate aquí y medita hasta que alguien te notifique que es hora de cenar.

A John le dijo: —Ven conmigo.

John se levantó. Teresa lo llevó de la mano de regreso al dormitorio principal.

—Tengo un plan especial para ti —dijo.

—Gracias, pero no creo que esté listo para otro ...

—Mi esposo sabe de nosotros y tratará de matarnos a los dos esta noche. Al matarte, aplacará a la bestia que adora.

—¿No adoras ...?

Teresa negó con la cabeza. —No, ese es un atajo al poder que tiene costos serios. Mi esposo sufre esos costos ahora. Si él me mata de cierta manera esta noche, no solo se libraré de una esposa infiel, sino que también tomará mis poderes esta noche. No puedo permitir que eso suceda.

—¿Está bien?

—Te daré algunas de mis habilidades para salvarnos a los dos esta noche. Siéntate, por favor.

John se sentó en el suelo junto a ella. Teresa sacó un paño blanco de su bolso y lo desplegó en el suelo. —El regalo que te estoy dando es un regalo muy íntimo. Significa que no solo te amo, sino que también confío en ti y tengo fe en que me protegerás si es necesario. Al darte este regalo. Me abro a ti. Estaré vulnerable esta noche. Incluso puedes tener suficiente poder para lastimarme.

Ella preparó el ritual en la tela blanca. Agitó la mano, susurró algunas palabras que John apenas podía oír, y luego leyó un libro que sacó de su bolso. Sacó una caja larga y delgada de su bolso. Lo abrió, sacó una aguja especial, se metió en la palma y extrajo sangre. Teresa cerró los ojos y susurró algunas palabras. Una lágrima cayó de su ojo derecho.

—Dame tu mano izquierda —dijo, secándose el ojo.

John hizo lo que le pidió y antes de que el médico pudiera advertirle sobre los peligros de las agujas compartidas, lo pinchó y dejó que su sangre y su lágrima fluyeran hacia él. Limpió la aguja, la devolvió a la caja, recogió los

artículos de la tela blanca y los devolvió a su bolso.

—¿Cómo te sientes? —La encantadora bruja acarició suavemente su mejilla con su dedo.

—No lo sé, genial. Se siente.... Se siente como una solución salina IV en las venas: enrojecida, refrescada, tibia y fría simultáneamente, pero luego eufórica. Me siento más fuerte y mareada. El mundo parecía un poco diferente, pero sé que no cambió, lo hice. ¿Siempre ha estado allí, pero estaba demasiado ciega para ver?

Ella se rió al ver sus expresiones infantiles al primer vistazo a su mundo.

John notó su erección sorpresa, del tipo que pensó que terminó después de la secundaria. Ella se rio. Él juguetonamente se lanzó hacia ella y ella se rió más fuerte. Las cosas se pusieron pesadas después de eso.

Después de algunas fuertes caricias, se detuvo y dijo: —Realmente deberías meditar como te dije.

—¿Qué tal una vez más? Escuché que la magia sexual es poderosa. Ahora, ¿dónde escuché eso?

Teresa se rió. —Me dio algo de magia. Déjame devolverte algo.

La voz sorda de su conciencia ahora era más fuerte. John creía que era la influencia del impulso mágico de Teresa.

Se quitó el collar de plata y se lo entregó.

—¿Por qué estás dándome esto? John —preguntó Teresa. Ella sonrió porque sabía la respuesta.

—La voz en mi cabeza, la que llamo mi conciencia, creo que se hizo más fuerte de lo habitual. Me dijo para que el intercambio funcionara; necesarios para recibir algo que es valioso para mí. Este collar pertenecía a mi hermana que murió de leucemia cuando era un niño. yo la quería mucho y yo la extraño. ella me ayudó a ser un médico y un escritor. —John limpió una lágrima.

Teresa jadeó. —No tenía idea de lo que esto significaba para ti y lo querido que es para ti. Lo usaré debajo del collar que tengo que usar esta noche, parte de mi disfraz, se podría decir. Me brindará protección cuando sea vulnerable.

—Supongo que la voz más fuerte en mi cabeza es por tu influencia.

—Es parte de tu nuevo mundo.

Se inclinó hacia adelante, lo besó y el vestido.

*

Después de hacer el amor, Teresa parecía exhausta. John nunca la había visto excepto radiante. Se volvió a poner el vestido. Cogió su bolso y tropezó un par de pasos. Parecía mayor que cuando había entrado en la habitación.

—Me has agotado —dijo Teresa y bostezó. —Debo descansar para fortalecerme antes de la noche.

John sonrió, pero pensó: *Ella necesita descansar antes de la noche y ella será más fuerte en la noche? También me dio un poco de su sangre y ahora, de repente, me siento más fuerte. Hmm ...*

—Necesitas meditar y hacer lo que te mostré.

—Lo haré —John se sentó en posición de loto, cerró los ojos y lo soltó. Había meditado antes y lo encontró relajante, aunque un poco aburrido. No continuó la práctica. Bajo la influencia de Teresa, meditar se volvió emocionante y fácil. Se sintió como un viaje de drogas y en lugar de contar sus respiraciones para mantenerse enfocado, John tuvo que permanecer presente y concentrado para controlar la montaña rusa en la que viajaba su mente. Ahora entendía lo que Teresa había querido decir cuando explicó: “Debes concentrarte en tu concentración.” Parecía una tontería retórica, pero era cierto. Necesitaba pasar las siguientes horas así para salvarse a Teresa y a él esta noche. Esto sería más difícil de lo que pensaba.

*

Steven creía que había algo similar al LSD en el brebaje que Teresa les dio. Años atrás, Steven había probado LSD una o dos veces como estudiante y disfrutó las experiencias. No quería usar LSD con demasiada frecuencia, porque había visto lo que sucedía cuando se convirtió en un hábito. Steven se relajó y disfrutó el viaje dentro de su mente.

Al principio, eran colores y música fluyendo a través de él. Steven sintió

que era parte del universo, una pequeña parte, pero una parte integral. Su viaje a través del universo se detuvo cuando se encontró de regreso en la Tierra. Se encontró en un cálido día de verano al otro lado de la calle de un parque ocupado. Su madre se sentó en un banco en el parque. Ella saludó. La boca de Steven cayó.

—¿Mamá?

Parecía como Steven lo recordaba antes de que el cáncer se la comiera viva.

Los Nikes que Steven había usado en la escuela secundaria estaban cubiertos de pies. Se quedó boquiabierto ante su reflejo en una ventana de la tienda. Su apariencia era la misma que hace quince años, completa con acné y sus odiados anteojos. Steven prácticamente exigió cirugía ocular con láser como regalo de graduación.

Steven cruzó la calle corriendo, cruzando el tráfico, para ver a su madre. Su madre se levantó y abrazó a su hijo. Gritó.

—Te extrañé mucho, mamá.

—También te extrañé. Por favor, sentémonos.

Se sentaron en el banco.

—Bueno, pasé mis exámenes médicos.

—Lo sé. Te observé en cada paso del camino. Estoy muy orgulloso de ti.

—Ahora, estoy en estas vacaciones extrañas que involucran gánsters, magos, brujas, un dragón, un demonio, una roca mágica, posiblemente vampiros.

Su madre se rió entre dientes. —Un mundo completamente nuevo que nunca imaginaste. Miedo no es así? ¿Lejos de su conocido mundo de hospitales y aulas?

—Mamá, me dijeron que moriría esta noche por una mujer vampírica o una bruja a menos que medite y aprenda magia. ¿Es por eso que estás aquí hoy? ¿Porque voy a morir esta noche?

—No, cariño, vine a advertirte.

—¿Avisarme sobre qué?

—Primero, estoy orgulloso de que te hayas convertido en médico, pero hay más esperándote.

—Sí, eso fue difícil.

—Esa mentalidad te ha hecho miserable, haciéndote difícil conectarte con otras personas. Debes aprender a abrir tu corazón.

—Eres la segunda persona en decirme eso hoy. Espera, dijiste: “Primero.” ¿Cuál es el segundo?

—La Bestia te está mirando.

Steven se estremeció. Había soñado con la bestia antes de que se fueran.

—¿Qué? El vagabundo de la playa me dijo eso antes de que me arrojara arena a la cara. ¿Por qué la Bestia me está mirando?

—Tiene tu número, cariño. Te quiere más que a tus amigos. Mira. Su madre señaló al otro lado de la calle. Había un gran demonio azul con ojos triangulares rojos. Steven jadeó.

Era el de sus sueños.

—¿Qué quiere de mí, mamá? —Gritó Steven.

Cuando se volvió, su madre ya no estaba, pero Momowango todavía estaba cruzando la calle, sonriendo.

Steven abrió los ojos y salió del trance. Momowango ya no estaba en la habitación con él, pero tampoco su madre. La visita fue demasiado breve. Extrañaba a su madre.

—Ese fue un viaje infernal —susurró Steven. Abrió los ojos y vio a Dan sentado en posición de loto al otro lado de la habitación, inmóvil. Steven imaginó que Dan estaría inquieto y aburrido. En cambio, Dan era una estatua. No estaba durmiendo, sino que respiraba lentamente.

—¡Guau! —Steven susurró para sí mismo. —¿Qué te hizo esa piedra?

*

En las horas intermedias antes de la cena, Teresa confinó a Steven y Dan a la habitación de invitados, lo que les convenía mientras meditaban y se preparaban para la noche. Steven trató de meditar más, pero no pudo concentrarse lo suficiente como para mantenerlo. Tenía miedo de ver a la bestia mirándolo. Dan se quedó tan quieto como antes.

La criada, a quien Dan había bautizado anteriormente, *Irona*, les trajo ropa

formal de noche para las actividades de la noche y se fue.

No mucho después, Bernardo entró en la habitación de invitados para informarles: —La cena... será servida... en una hora. Prepárense. —Cerró la puerta detrás de él.

Cuando cerró la puerta, Dan abrió los ojos, se levantó y se estiró. —Eso fue relajante. Hombre, me siento mucho mejor. ¿Cómo estuvo tu meditación?

—Iluminante —respondió Steven.

Dan vio la noche usar el bastón que le quedaba y se cambió de ropa.

La puerta se abrió y Steven y Dan esperaban al sirviente grande y tonto, pero fue John quien abrió la puerta, listo para una cena formal.

—¿Dónde has estado? —Preguntó Steven.

—Meditando y durmiendo. ¿Hicieron lo que ella dijo?

—Sí, pero... —Steven comenzó, pero John lo interrumpió.

—Ella no estaba bromeando. Hemos sido el cebo de esta trampa desde que aterrizamos en Italia.

—¿Por qué nosotros?

—Fui yo —dijo Dan, atando su pajarita negra. —Necesitaban un nuevo cirujano plástico porque su cirujano plástico de guardia regular terminaba colgado del armario de un hotel como David Carradine en Bangkok. Necesitaban un médico extranjero que no tuviera idea de lo que está sucediendo aquí.

—¿Por qué tú y no John? —Preguntó Steven.

—Además de lo obvio —dijo John y miró a Dan. —Teresa me dijo que alguien le había contado una profecía de que iba a conocerla... y lo hice.

—¿Crees eso? —Preguntó Steven.

—En lugar de unas vacaciones soleadas en la playa, nos involucramos en gánsters, dragones, y rocas mágicas, así que sí.

Steven asintió.

—La cena es solo el comienzo —explicó John. —Tenemos una larga noche por delante y tenemos que permanecer juntos si vamos a sobrevivir.

—¿Sobrevivir?

John asintió. —La víspera del dragón está comenzando.

Capítulo 19: Cena con el conde

Minutos después, Bernardo abrió la puerta. —La cena está... preparada. El maestro... te verá ahora. Sígueme.

Bernardo los condujo por un pasillo largo y estrecho a través de la gran casa antigua, que era más como un museo, y hacia un antiguo comedor con banderas viejas colgando del techo.

Dan le susurró a Steven: —¿Crees que Bernardo y los otros sirvientes son personas recicladas? Ya sabes, como en *Universal Soldier*; ¿Esa película de mierda pero una gran premisa?

Steven se llevó un dedo a los labios y dijo: —¡Shh!

Una larga y elaborada mesa de comedor, diseñada para acomodar una gran cena, los esperaba. El conde y la condesa se sentaron a la cabeza de la larga y antigua mesa de banquete.

Bernardo dio un paso adelante y dijo: —Maestro, sus invitados.

El conde y Contessa se levantaron.

—Gracias, Bernardo. Tráelos.

Bernardo inclinó levemente la cabeza y avanzó hacia la cabecera de la mesa donde estaban el conde y la condesa.

El conde dijo: —Gracias, Bernardo. —La condesa dijo. —Lo tomaré desde aquí.

—Sí, mi señora.

—Ve a ayudar a la cocina.

Bernardo gruñó y dejó la cena.

—Mi esposo —dijo Teresa, de pie frente a los tres invitados extranjeros. —Estos son los tres médicos estadounidenses que serán nuestros invitados esta noche y serán testigos del Ritual de Alhambra.

El Conde caminó hacia ellos. Poseía un aire de aristocracia y realeza del viejo mundo. Vestía un esmoquin, y su esposa vestía un elegante y costoso vestido rojo, que combinaba con sus labios carnosos y almohadones.

Teresa hizo las presentaciones, —Su Alteza, permítame presentarle a

nuestros invitados esta noche. Todos ellos son cirujanos de América. Este es el Dr. John Miller.

—Su Alteza, un placer conocerte —dijo John. Bajó la cabeza en una reverencia y estrechó la mano del hombre. Fue un agarre fuerte pero helado.

—Este es el Dr. Steven Pierce.

—Su Alteza —dijo Steven, asintió y le estrechó la mano. El apretón de manos fue breve, pero poderoso, y Steven hizo una mueca.

—Y este es el Dr. Dan Carter.

—Mucho gusto, Alteza. Me encantan todas tus películas, pero no las que hicieron que tu clase fuera agradable para la multitud de Tiger Beat.

El conde le preguntó a su esposa en italiano: —¿Qué dice él?

Teresa negó con la cabeza y le dijo a su esposo en italiano: —Nadie sabe. Sus amigos dicen que este es una locura.

El conde asintió.

Le dijo a su esposa en italiano: —Has elegido bien. Los jóvenes sanos harán buenos sacrificios a Momowango.

Teresa forzó una sonrisa y dijo: —Grazie, mi amor.

Dijo en inglés: —¿Les gustaría una bebida?

Dan abrió la boca para decir algo cuando Steven pisoteó en su pie.

Steven dijo: —Sí, una bebida sería maravillosa. Gracias.

El conde llamó a la criada.

El conde dijo: —Por favor, sentémonos y hablemos hasta que llegue nuestra cena.

Teresa dijo a los médicos: —Le contaré rápidamente a mi esposo en italiano cómo llegaron a ser nuestros invitados esta noche. Será más fácil para él entender.

Antes de que los médicos asintieran, Teresa habló con su esposo en italiano. De vez en cuando, el conde miraba a estos invitados y volvía a su esposa. Ocasionalmente, el Conde dijo: —Hmm —luego asintió mientras su esposa continuaba.

—Ya veo —dijo el conde en inglés cuando su esposa terminó su historia.

El conde se echó a reír. —Parece que has tenido toda la aventura desde que has venido a mi país.

Los tres médicos asintieron.

Las bebidas llegaron. Steven tenía un anticuado. John tenía un vodka martini. Dan tenía un cosmopolita. El conde y la condesa bebieron vino tinto. Dan mantuvo su mano sobre la pistola en sus pantalones. Los sirvientes trajeron su cena en platos de plata cubiertos por una campana de cristal. Los criados revolotearon con la mano en el mango del cloche hasta la hora de revelar la cena.

Cada médico respiró hondo y lo contuvo, sin saber qué esperar. Steven tenía el cuchillo que había robado de la armería. John se aferró a sus nudillos de latón de punta y se los puso debajo de la mesa. Dan deslizó lentamente la pistola de sus pantalones. Había aprendido que no era exactamente un buen tiro, pero era lo suficientemente capaz de hacer que sus objetivos dolieran hasta que escaparan.

El conde asintió y los criados levantaron los relojes. Los doctores jadearon hasta que vieron platos de cenas de pollo mediterráneas. Lo más parecido a la sangre era la salsa marinara.

Alarmado, el conde preguntó: —Espero que hayan preparado todo a su gusto. ¿Pasa algo?

Los médicos exhalaban y se relajaban.

—Lo siento mucho por esto, Su Alteza —explicó John y se rió un poco. — Estábamos, um, gravemente equivocados.

—Gravemente —dijo Dan y se rió entre dientes. —Buena.

—¿Errónea sobre qué? —Preguntó Contessa Teresa.

—Pensamos que eras vampiros —dijo Steven avergonzado, pero riendo.

Todos en la mesa también se rieron.

—¿Por qué diablos piensas eso, mi muchacho? —Preguntó el conde, todavía riendo.

John explicó: —Solo hemos visto a Teresa de noche, o lo que pensamos que era de noche. Ella nos dijo que te veríamos a ti y a ella solo esta noche.

—Y no olvidemos lo obvio —dijo Dan. —Eres un conde que vive en un antiguo castillo y tus sirvientes son más que un poco espeluznantes.

La cena volvió a reír.

—¿Qué esperabas para cenar? —Preguntó el conde.

—No sé —dijo Dan. —¿Una cabeza humana fresca, tal vez?

Se rieron un poco más.

Teresa dijo: —Pensamos que ya lo habrás resuelto. —Tomó un sorbo de su vino. —No somos vampiros. Somos magos y brujas .

Se rieron un poco más hasta que los médicos estadounidenses se dieron cuenta de lo que habían dicho sus anfitriones.

Steven preguntó: —¿Cuál es el trato con tus sirvientes?

—¿Qué quieres decir? —Preguntó el conde.

—Actúan como cadáveres reanimados con implantes tipo monstruo tipo Borg, es decir, Frankenstein en sus sienas —dijo Dan.

—Eso es porque lo son —dijo el conde, mientras seguía comiendo. —Eran hombres y mujeres que murieron sin familia. Los compramos del estado. Eran más baratos por docena.

—Cómo, um..., —preguntó Steven. —¿Cómo pudiste reanimar los cadáveres?

El Conde se encogió de hombros y dijo, casi desdeñosamente, — Utilizamos una combinación de electrónica y hechizos. No lo hemos perfeccionado del todo, pero estamos en el camino correcto, como ustedes dicen los estadounidenses.

El conde comió en silencio por unos momentos antes de mencionar: — También he oído que hoy había algo de emoción en el balcón.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó Steven.

—Quiero decir, hay un gángster muerto en mi congelador. ¿Cómo sucedió eso?

—Oh, um, ese fui yo —dijo Dan, levantando la mano.—Tuve que matarlo. El era una cucaracha. Yo era un exterminador.

—Entiendo. Él vino aquí para hacerte daño a ti y a los de esta casa, y tú te pusiste de pie para protegerlos. Admiro eso y gracias por eso. Esas personas, esos animales sucios disfrazados de personas son detestables. Sin embargo, me da vergüenza admitir que en ocasiones he necesitado tratar con esas personas. Es mi culpa que ustedes los médicos estén aquí hoy. Los contraté para recuperar el Orbe de Génova por mí. No tenía idea de la profundidad de la depravación a la que se hundirían para conseguirlo. Imagine secuestro y obligar a un cirujano a usar sus habilidades a punta de pistola. Lamento que haya tenido que experimentar eso, Dr. Carter. Quizás le hiciste un favor al mundo al acabar con la vida de este asesino a sueldo.

Dan forzó una sonrisa, pero no creyó una palabra del conde. Él creía que el conde quería esa esmeralda por cualquier medio necesario, sin importar cuántas personas resultaron heridas en el proceso.

—¿Cuántos años tienes, si no te importa que pregunte? —Preguntó Steven.

—En mi infancia, Italia aún no era una nación unida. Usted ve, Italia, como nación, es más joven que los Estados Unidos, a pesar de que este era el sitio del Imperio Romano. Pocas personas lo saben.

—¿Cómo ...? —Comenzó Steven y consideró sus palabras cuidadosamente. —¿Cómo sobreviviste tanto tiempo?

El Conde dijo: —Magia. Estudiamos, aprendimos, sufrimos y practicamos nuestro arte, parte del cual nos permitió vivir vidas mucho más largas.

—Oh, guau, a nuestro hospital le encantaría saber cómo...

—Toma a mi esposa, por ejemplo... por favor —dijo el conde, y se rió de su propia broma antigua. Nadie más lo hizo. Se rió un poco más y golpeó los puños sobre la mesa. Teresa lo miró.

—Mi esposa no parece tener su edad en absoluto.

Teresa apuñaló su tenedor en la mesa. Ella lo fulminó con la mirada con una de sus aterradoras miradas de muerte. La ignoró y continuó.

—Cuando mi esposa era una niña, Mussolini dictaminó que Italia y los italianos se estaban volviendo acogedores con los alemanes.

—Pero eso fue hace ochenta y tantos años —dijo Steven, dándose cuenta de que no debería haber hablado.

Teresa se enfureció por su vergüenza, más decidida a matar a su esposo que antes.

—Sí, fue hace ochenta y tantos años y mi esposa ha envejecido solo un poco desde que los alemanes se rindieron y los Estados Unidos irradiaron a los japoneses.

Teresa miró a John, y su cara aún roja de vergüenza.

Bernardo trajo el teléfono.

—Gracias, Bernardo. —El conde contestó el teléfono y dijo: —¿Bueno? Si, por supuesto. Puedes unirme a nosotros para la cena. Son bienvenidos en esta noche especial. Esperaba que vinieras. Mis sirvientes te traerán a mí. Ciao.

El conde terminó la llamada. —Bernardo, escolta a los nuevos invitados

aquí. Dígale al personal de la cocina que prepare la cena para otras cuatro personas.

Bernardo asintió y dijo: —Sí, maestro.

Bernardo salió del comedor.

Mientras la compañía cenaba, Bernardo condujo al profesor, la Dra. DuBois, Emilio y Abraham al comedor. Los tres doctores jadearon. Pusieron sus manos sobre sus armas ocultas.

—Relájese, caballeros —dijo el profesor, agitando la mano. —No hay necesidad de levantarse. Ya no me preocupa tu presencia. Todo lo que ha pasado. Te dije que lo que teníamos era un negocio y soy un hombre de palabra.

Dan le dijo a Emilio: —Esperamos, es decir, pensamos que estabas muerto.

—Un poco de teatro para mis invitados. —Dijo el Profesor.

El profesor se sentó. Él exhibió prominentemente el orbe en un anillo dorado en su dedo índice izquierdo, no muy diferente de una mujer recién comprometida, que quería que todos notaran el tamaño de su anillo de compromiso.

—Ese es un anillo encantador que tienes —dijo Teresa, porque molestaría a su marido.

—Gracias. Recientemente adquirí el orbe —el profesor miró a Dan y de nuevo a sus anfitriones. —Ahora el orbe está dentro del anillo, se llama ...

—El Anillo de la Alhambra —el Conde terminó por él, mirando a su mago rival.

—¿Qué hace el Anillo de la Alhambra? —Preguntó Steven, mirando hacia Sallie DuBois.

Dan preguntó en voz alta: —¿Alguien puede explicar por qué el profesor se parece a Ming the Merciless después de comprar en la venta de garaje de Elton John?

El conde se rió a carcajadas y Teresa se rió.

Teresa respondió: —Es su atuendo ceremonial. Necesita usarlo para realizar el ritual.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Es parte del ritual.

—Sus Altezas ¿también se disfrazarán? —Preguntó Dan.

—Sí —respondió el conde. —Después de la cena, también nos prepararemos para el ritual.

Sallie DuBois miró a Steven. Ella le sonrió y luego apartó la vista tímidamente. Steven también sonrió y notó que estaba sonrojada.

—¿Dónde se celebra el ritual? —Preguntó John. —¿No está aquí en el castillo?

—No, me temo que no —respondió el conde. —Tenemos que ir a un sitio sagrado donde es fuerte con, um, una esencia mágica más fuerte. Siglos atrás, hubo una gran batalla de magos en ese sitio que aún permanece con restos de rastros mágicos en el aire. Es el mejor lugar en el área para realizar un ritual mágico difícil.

—¿Y dónde está ubicado? —Preguntó John.

El conde suspiró y respondió: —En el Museo de los Niños.

—¿Disculpe? —Preguntó John.

—El sitio donde tuvo lugar la batalla hace siglos es ahora un museo para niños. El tiempo pasa y olvidamos la importancia de las cosas que sucedieron en el pasado. Por ejemplo, mientras excavaban un estacionamiento inglés, encontraron los restos de Ricardo III. Entonces, sí, vamos a realizar este antiguo ritual dentro del Museo de los Niños.

—¿Compró pases para todos nosotros o cada uno tiene que comprar el nuestro? —Preguntó Dan. —Además, ¿habrá atracciones en el parque de diversiones?

—No te preocupes por eso, muchacho —dijo el conde. —Nos encargaremos de todo.

—¿Qué tan importante es la esmeralda para el ritual de esta noche? —Preguntó John.

—Oh, gracias a Dios —susurró Dan. —Más exposición.

—¿Disculpe? —Preguntó el profesor.

John dijo: —Bueno, mientras tú y el conde peleaban por eso, estábamos atrapados en el medio. El profesor ganó porque el gángster muerto se metió con Dan y el profesor lo está luciendo en un anillo ahora.

John quería agregar: “Y prácticamente presumiendo,” pero mantuvo la boca cerrada.

—Profesor Marín —dijo el conde. —¿Le gustaría educar a nuestros

invitados sobre la importancia de la esmeralda que lleva en el dedo?

—Sería un honor para mí —dijo el profesor y se limpió la boca después de comer. —Para resumir la historia ...

—Demasiado tarde —murmuró Dan, y John pisoteó el pie de Dan debajo de la mesa.

—Para resumir, la esmeralda puede actuar como una llave que abre un portal de gran potencial para su usuario. Tengo una parte más importante del orbe gracias a tus amigos y tu casualidad. Sin embargo, la Contessa también posee una parte de la esfera en su collar. Sin embargo, el Ritual de Alhambra requiere dos llaves. Es tan integral como fue el orbe para el ritual de esta noche. Si los Sabellas devolvían el orbe al Conde, él tendría ambas llaves que me abandonarían del ritual. Sin embargo, estoy sentado aquí esta noche porque los dos tenemos algo que el otro necesita.

Mientras el profesor hablaba, el Orbe de Génova estaba saliendo del Anillo de la Alhambra hacia Dan. El profesor sintió el tirón en su dedo. Trató de detener el tirón, pero la esfera empujó más fuerte. Los invitados a la cena observaron mientras el profesor luchaba con su anillo mientras intentaba ser indiferente y seguía dando conferencias.

El orbe explotó desde los confines del anillo que volaba a la mano de Dan Carter. El cirujano plástico abrió el puño y lo atrapó. La cena jadeó y miró con asombro, esperando a quién actuaría.

Dan examinó la piedra por un momento y se la devolvió al profesor.

—Esta es la segunda vez que este frijol mágico ha tratado de seguirme a casa —dijo Dan al profesor Marin. —Necesitas encadenarlo mejor.

—¿Segunda vez? —Preguntó Teresa.

El profesor lo volvió a colocar en el ring con manos temblorosas. El conde y la condesa le gritaron a Dan en italiano. El conde tomó un cuchillo y le hizo un gesto a Dan.

—Esta comida ha sido fantástica —dijo Dan. —¿Que hay de postre? ¿Es cannoli? Por favor, di que es cannoli.

Capítulo 20: En el Museo de los Niños

Después de un postre de delicioso bizcocho de fresa, cannolis, y café, el Conde y Contessa se fueron a vestirse para la noche.

No se fueron por mucho tiempo. Cuando regresaron, estaban vestidos con túnicas simples, a diferencia del Profesor, un medallón colgaba de su cuello y tenía un antiguo libro de cuero debajo de los brazos. Teresa llevaba su collar de murciélago, que contenía un pedazo de la esfera.

Dan le susurró a John: —¿Soy yo o el conde se parece al viejo personaje Carnac de Johnny Carson?

—¡Shh!

El conde preguntó: —Profesor Marin, ¿está listo para irse?

—Sí, su alteza. Gracias por una cena encantadora.

—Entonces, procedamos. Nos encontraremos con usted y su gente en el... El conde hizo una pausa antes de continuar. —El Museo de los Niños —dijo, y apenas contenía su vergüenza.

—Como quieras —el Profesor se inclinó y condujo su procesión fuera del comedor.

El Dr. DuBois miró a Steven antes de seguir a su jefe fuera de la habitación.

El conde lideró su séquito seguido de Dan, Steven y John. Teresa apartó a los cirujanos a un lado y susurró: —Cuando sea el momento adecuado, sabrán qué hacer.

Asintieron.

Se amontonaron en el gran hummer del conde con Bernardo al volante. Esta vez, la Contessa se sentó cerca de su esposo, y los médicos estadounidenses se sentaron nerviosamente a su lado del Hummer.

*

El viaje fue tranquilo veinticinco minutos.

—Sí, el profesor y los Vincenzos son los únicos con las llaves correctas.

Estaba oscuro y el trueno retumbó en lo alto. El Museo de los Niños había estado cerrado por más de una hora.

El conde preguntó: —Profesor, ¿haría los honores?

—Con mucho gusto.

El profesor susurró algunas palabras y agitó la mano, las cámaras de seguridad se apagaron y las puertas principales se abrieron.

El grupo entró. Abraham encontró los interruptores de luz y el museo se iluminó. Steven le preguntó a Sallie: —¿Son los únicos que realizan el ritual esta noche?

El Museo de los Niños era un gran edificio blanco de dos pisos diseñado para parecerse a la idea de un niño de un castillo de cuento de hadas, estafando a Disney World. Pintaron el interior en colores brillantes y primarios.

Llamaron a la atracción principal para el verano en el museo “Dinosaur Park.” Una gran pancarta colgada de las vigas del techo escrita en italiano, que Sallie había traducido para los estadounidenses.

—Dice: 'Bienvenido al parque de los dinosaurios' —les dijo Sallie.

—Supongo que lo hicieron para que no se tratara de una infracción de derechos de autor por estafar la herencia de Michael Crichton —dijo Dan. — Quiero decir, ¿quién haría eso?

Las pantallas de dinosaurios estaban en todas partes. Los huesos de dinosaurio formaron un estegosaurio y otros dinosaurios más pequeños. Un tiranosaurio rex moldeado de yeso de tamaño natural y un triceratops y velociraptors decoraron el pequeño pero lúdico centro de aprendizaje. Un gigantesco yeso y un pterodáctilo de plástico colgaban del techo y parecían descender hacia los visitantes. El museo era un lugar de maravilla y aprendizaje para los niños, pero también un lugar de diversión. Las áreas a los lados contenían gimnasios de la selva de colores brillantes en pisos gruesos y mate. Era el tipo de lugar donde los padres traían a sus hijos los fines de semana aburridos y lluviosos.

—Guau, este lugar es genial —dijo Dan, con una maravilla infantil. Ellos lo ignoraron.

—¿Aquí es donde van a invocar a un demonio? —Preguntó Steven en un tono de 'estás bromeando'.

—Conde, ¿haría los honores? —Sugirió el profesor.

—Con mucho gusto —dijo el conde.

Susurró algunas palabras y agitó los brazos. Las luces se atenuaron dos veces, pero luego permanecieron encendidas. El conde se quedó momentáneamente sin aliento después del acto. Todos, incluido el profesor, se dieron cuenta.

—¿Qué acaba de pasar? —Preguntó Steven en voz baja.

Sallie explicó: —El profesor le pidió al conde que cubriera el museo en la oscuridad. Es un hechizo de glamour hacer que todos los que están afuera crean que el museo está cerrado y que nada inusual está sucediendo —susurró Sallie a los médicos estadounidenses. —Y se quedó sin aliento al Conde.

—¿Qué significa? —Preguntó Steven.

—Lo que significa que no es tan fuerte como lo era antes. Se ha vuelto marchito y débil, y el profesor lo vio.

—¿Eso es malo? —Preguntó John.

Sallie asintió con la cabeza y dijo: —Estos magos, aunque cooperan ahora, apenas son amigos y están tan celosos el uno del otro como una hermandad de universidades norteamericanas.

—Oh, Dios mío —dijo Dan, sorprendido. —Esa fue una buena broma. Lo estoy robando mucho.

—Ustedes se quedan allí, —ordenó el Profesor. —Los tres necesitamos ir a trabajar.

Los séquito de los magos se sentaron mientras los tres magos despejaban un conjunto grande en el medio del primer piso del museo. El conde, Contessa y el profesor pintaron un gran círculo con sangre.

John le preguntó a Dan: —Me pregunto de dónde sacaron la sangre.

Dan dejó caer la cabeza con contricción.

Dibujaron un pentagrama en el suelo mientras cantaban suavemente.

Los médicos estadounidenses y los secuaces del profesor se aventuraron porque algo había cambiado en el aire. El ambiente era más opresivo, más frío y era más difícil respirar. Dan, Emilio y Sallie tosieron por unos segundos. El aire olía a mil fósforos quemados a la vez.

Dan se tapó la nariz y preguntó: —¿Un demonio se tiró un pedo o algo así? Porque eso explicaría mucho.

Todos lo callaron.

Los tres magos con túnica se pararon en su sección personal del pentagrama con los brazos en alto, cantando en latín. Entonces, el profesor se volvió hacia el conde. El profesor cambió su canto llenándolo de furia. Apuntó su anillo al conde. El anillo disparó un rayo verde que disparó al Conde por la espalda y derribó al viejo.

Teresa jadeó y luego gritó con furia asesina, —¡Bastardo traidor!

Gritó un hechizo y se lo disparó al Profesor. El conde se puso de pie y tomó represalias, enviando explosiones de sus dedos, haciendo retroceder al profesor unos pasos, pero no de pie y no del pentagrama protector.

—Sabía que harías esto, Marin —gritó el conde. —De hecho, conté con eso.

Dan se rió y se rió, —Él dijo: 'Yo ...'

—¡También lo escuchamos! —Gritó Sallie. —¡Corre!

—¿Por qué? —Preguntó Dan. —Quiero ver al mago Smack Down.

—Porque las cosas van a empeorar de aquí en adelante.

—¿Cómo? —Preguntó John.

Luego escuchó el yeso, el plástico y los dinosaurios muertos rugir y cobrar vida.

Mientras los médicos corrían, Abraham y Emilio se quedaron asombrados y petrificados. El tiranosaurio rex se comió a Emilio, destrozándolo en las mandíbulas de yeso ya no. El estegosaurio pisoteó a Abraham y siguió corriendo. Los triceratops lucharon con el poderoso Bernardo, quien corrió y agarró una espada en la exhibición medieval del museo.

Dan miró con asombro. Preguntó: —Conan, ¿qué es lo mejor en la vida?

—¡Maldita sea, Dan! —Gritó John. —¡Cállate y corre!

Dan corrió pero continuó mirando a Bernardo pelear con el triceratops. Bernardo balanceó la espada, cortando un cuerno del cráneo del triceratops. Fue un empate hasta que el estegosaurio corrió detrás de Bernardo y lo embistió en la parte posterior con el cuerno en el hocico. Tanto el triceratops como el estegosaurio mataron al guerrero hasta la muerte. Dan hizo una mueca. Llegó el tiranosaurio rex, asustó a los triceratops y al estegosaurio, y se comió

los restos de Bernardo.

Arriba, el pterodáctilo se liberó de los cables que lo suspendieron del techo. El pájaro prehistórico voló buscando un objetivo. Vio a Sallie DuBois y se lanzó hacia ella como un dardo gigante.

Steven la abordó y la puso a salvo en el último segundo. El pterodáctilo se estrelló contra la pared del fondo y dejó de moverse después de eso.

—Gracias por salvarme.

—Es un placer —dijo Steven.

Después de recuperar el aliento, Sallie dijo: —Vamos a escondernos en la exhibición de geología.

Steven asintió y Sallie lo condujo por los pasillos del museo.

*

Dan y John se escondieron en el pequeño arboreto. Aparte del pterodáctilo, el resto de los dinosaurios todavía estaban activos y hambrientos. Dan todavía tenía su arma, pero no era un gran tiro.

—¿Funcionaría el arma? —Preguntó Dan.

—¿Por qué no? —Preguntó John.

—Porque no estaban vivos para empezar. Son simulaciones de dinosaurios en yeso y plástico destinadas a niños que eran demasiado viejos o demasiado inteligentes para Barney. Entonces, ¿cómo matas a los dinosaurios de yeso que intentan matarte?

—Si están contruidos con yeso y huesos, ¿no puedes simplemente romperlo? —Preguntó John.

Ambos tuvieron la misma idea.

—La Sección de Geología.

John y Dan corrieron mientras el museo se derrumbaba a su alrededor, los dinosaurios los persiguieron. En la sección de geología, corrieron hacia las exhibiciones de grandes rocas en vitrinas de vidrio.

—En caso de emergencia, rompa el vidrio —gritó Dan y tanto él como John empujaron la pantalla. Después de que la pantalla se estrellara, golpeó el

suelo y John y Dan recogieron las rocas y las arrojaron al estegosaurio. Cada golpe arrancó un poco de hueso. Sallie y Steven corrieron a unirse a ellos.

—Me alegra que pudieras unirme a nosotros —dijo John a Steven y Sallie.

—Tuvimos problemas con un pterodáctilo —dijo Sallie, recogiendo un pedazo de granito y arrojándolo a la cabeza del estegosaurio. Lo golpeó entre los ojos, rompiendo el cráneo huesudo. Vieron una chispa de luz, del tamaño de una uña rosada, dentro del dinosaurio que desapareció cuando cayó la criatura de yeso. No tuvieron tiempo de hablar sobre lo que vieron porque llegaron los velociraptors y el tiranosaurio rex.

Dan cantó el tema de “The Flintstones” mientras arrojaban piedras a los dinosaurios. Los otros médicos se habrían reído si no hubieran luchado por sus vidas. El museo se estaba desmoronando a su alrededor a medida que avanzaban los dinosaurios y los médicos retrocedían.

Dan dejó de pelear. Se quedó quieto y dejó caer su roca.

Steven gritó: —Dan, ¿estás bien?

Sallie vio el .45 en los pantalones de Dan y gritó: —¿Tienes un arma y no la estás usando? ¿Qué coño?

Gritó John —Dan, sigue tirando. ¡Te necesitamos!

Sus ojos brillaban verdes y un tenue aura verde abarcaba a Dan. Sacó su arma y le entregó el mango primero a Sallie.

—Toma, toma mi arma de Chekov.

—¿Qué es un ...

—No soy muy bueno con eso. Haz que cuenten.

Sallie tomó el arma.

Steven preguntó: —Sallie, ¿sabes ...?

La Dra. DuBois apagó el seguro, ladeó el arma y comprobó si había una ronda en la cámara.

Steven dijo: —No importa —y luego arrojó una piedra a un velociraptor.

John le preguntó a Dan: —¿Qué estás haciendo?

Dan, que estaba concentrado en los dinosaurios que avanzaban, dijo: — Algo loco.

Corrió hacia los dinosaurios mientras sus amigos protestaban. Los velociraptors lo mordieron, cada mordisco perdió al doctor loco por centímetros. Dan, que corría más rápido que nunca, esquivó y tejió alrededor

de los velociraptores y se deslizó por debajo del T-rex, pasando por alto sus grandes y sangrientas mandíbulas. Dan se levantó del tobogán con facilidad y volvió a correr. Salió de la sala de exposiciones de geología de generosas dimensiones y pasó el último velociraptor, que flanqueaba el T-rex. Sin embargo, el último velociraptor balanceó su cola y tropezó con Dan, enviando al doctor loco volando y luego cayendo al suelo. Se cayó de la vista de sus amigos. El velociraptor corrió hacia el rodante Dan. Escucharon a Dan gritar y nada más.

Steven jadeó y comentó: —Tenía razón. Eso fue una locura.

Con la distracción de Dan terminada, los dinosaurios continuaron su avance. Otro estegosaurio se unió al colectivo de dinosaurios que intentaban comerse a los médicos.

—¡Maldita sea! —Gritó Steven. —¡No podemos descansar aquí!

Sallie apuntó y disparó. Ella golpeó un velociraptor entre los ojos. Su cabeza de yeso explotó, y la bala continuó golpeando al nuevo estegosaurio. La bala se alojó en su cuerpo, pero no la destruyó; ni siquiera frenando la marcha hacia los médicos.

Sallie golpeó dos velociraptores más en la cabeza, que se estaban acercando al rango en blanco. Ella volvió a disparar y destruyó el velociraptor lo suficientemente cerca de John como para morderlo.

Steven proporcionó cobertura mientras Sallie disparaba. Mientras tiraba otra piedra, pensó: *Si Dan estuviera aquí, habría hecho una broma de videojuego sobre el tiroteo de Sallie.*

—¡Nos estamos quedando sin espacio y municiones! —Gritó John.

Sallie apretó el gatillo y no pasó nada. —¡Estoy fuera! —Gritó.

Cuando los dinosaurios se acercaron, todos escucharon un claxon a la entrada de la exhibición de geología. Los doctores y los dinosaurios vieron a Dan montado en un velociraptor en una silla de montar mientras empuñaba una espada y tocaba un cuerno de batalla.

Los tres médicos aturdidos pronunciaron al unísono: —¿Qué carajo?

Dan cargó como si fuera parte de una caballería, balanceando su espada, cortando los velociraptors y cortando el pie del T-rex. El monstruo rugió y se derrumbó sobre un par de velociraptors aplastándolos. El monstruo caído se destrozó al impactar. El huesudo estegosaurio cargó hacia Dan, pisoteando a

dos aves rapaces en su camino para atacar a Dan.

Dan golpeó su rapaz / el caballo, en el trasero con la punta de su espada ancha y su rapaz cargó. El médico mágicamente mejorado jugó pollo con el dinosaurio desenfrenado, y solo en el último segundo sacó su velociraptor hacia la izquierda, para que el diestro Dan pudiera decapitar al estegosaurio. Cortó los dos últimos velociraptors, el más cercano a sus amigos.

Steven, con la boca abierta, dijo: —Dan, pensamos que estabas muerto.

—No —dijo Dan.

—¿Cómo ...? —Comenzó John, pero era demasiado difícil de comprender.
—¿De dónde sacaste esa silla?

—Se la robó a Genghis Khan en la gran exhibición de guerreros. La espada que tomé del rey Arturo. ¡Mira, yo manejo Excalibur! Dan lo sostuvo en alto por encima de su cabeza, una vista impresionante.

Los otros tres médicos lo miraron, demasiado aturdidos para hablar.

—Vamos chicos. Estoy montando un dinosaurio y empuñando Excalibur. ¡Soy como Jesús! —Dijo Dan, levantando su espada. —O al menos Chris Pratt.

El museo retumbó, como si el edificio mismo estuviera gimiendo.

—Vamos a ayudar a los magos, para que podamos salir de aquí.

Abajo, escucharon a una mujer gritar.

John gritó —Teresa— y corrió hacia ella.

Capítulo 21: El sacrificio

El conde gravemente herido yace sangrando, sintiendo que la esencia de su vida se desvanece. El profesor no mató al conde rápidamente, porque quería regodearse. Quería que el viejo Conde supiera quién era el mejor mago, pero el Conde todavía tenía sus sacrificios: tres sacrificios estadounidenses jóvenes, sanos y viriles para darle a la bestia y tal vez eso complacería a Momowango lo suficiente como para ungir al Conde. los poderes que ansiaba. Ya había sucedido antes.

Es posible que esta vez no pueda derrotar al Profesor, pero habría otro momento en que le mostraría al gordo que era el mejor mago. Si pudiera levantarse, podría ofrecer a los estadounidenses a Momowango.

—¡AHORA, JOHN! —Gritó Teresa.

John dudó sobre qué hacer a continuación y si debía hacerlo, pero luego vio a Teresa cargar a la velocidad del rayo hacia su antiguo y derrotado esposo. Pudo haber sido herido, pero aún era muy peligroso.

Sus ojos estaban ardiendo de color rojo sangre, y siseó: —¡Tu bruja traidora! Te acogí como una humilde campesina, ¿y así es como me pagas traicionándome? Todos ustedes se convertirán en mi sacrificio a Momowango.

Mientras luchaba con Teresa, susurraba en latín y la acercaba cada vez más al pozo.

John saltó cuando el conde estaba a punto de empujar a su esposa al pozo. El conde gritó todo el camino.

Mientras caía, Teresa se quedó paralizada, paralizada y repitió sus palabras en latín. Su esencia mágica disparó hacia arriba como un géiser. Después de que dejó de susurrar, envolvió sus brazos alrededor de John y lo besó con fuerza en los labios.

—¿Puedes sentirlo? —Preguntó. —¿Puedes sentir la oleada de poder? — Teresa cerró los ojos, respiró hondo y dejó que el brillo dorado y efímero los envolviera. John, vacilante al principio, hizo lo mismo. Podía sentir la oleada del poder que lo envolvía. Era eufórico y como un narcótico poderoso; Él

quería más.

—Sí, y se siente maravilloso —dijo John.

—Y tengo mucho que enseñarte durante mucho tiempo —sonrió y lo abrazó.
—Salgamos de aquí.

—¿Qué pasa con el portal, para mantener la corte con Momowango?

Teresa negó con la cabeza y dijo: —Todavía no estamos listos para eso. Fue principalmente de mi marido. Quería ser un gran pez. Nos vamos de aquí. Envolvió sus brazos alrededor de John y se alzaron hacia el cielo como si fuera Superman.

*

El profesor sacudió la cabeza y susurró para sí mismo: —No vi venir eso.
—Luego continuó realizando el ritual.

Extendió los brazos hacia el cielo y su anillo brillaba, mientras recitaba el encantamiento. Un portal giratorio, del tamaño de una puerta de casa promedio, apareció sobre el cráter. El profesor aplaudió y luego volvió a realizar el ritual. Aún no había terminado.

—Dr. DuBois, por favor, ven aquí.

Sallie hizo lo que le pidió su jefe. La tomó de la mano mientras ella bajaba y luego le apretó la muñeca con fuerza.

—Profesor, ¿qué estás haciendo? Me estás haciendo daño.

El profesor la ignoró y continuó con el ritual.

Sallie entendió y dijo: —Espera, no puedo ser un sacrificio. No soy virgen y no lo he sido desde que tenía catorce años.

El profesor se rió y dijo: —Eso no importa. Nunca lo ha hecho. Solo la salud y la fuerza del sacrificio son importantes.

El profesor continuó con el ritual. De la fosa surgió un fuerte humo azul y el olor a azufre era acre para sus narices. Un demonio azul, que era dos veces el tamaño del tiranosaurio rex, emergió del agujero. Abajo, en el pozo, oyeron gritos y chillidos. Muchas llamas emanaban del agujero, pero las llamas eran frías, no calientes.

Cuando el demonio Momowango se levantó, el profesor habló más fuerte sosteniendo la muñeca de Sallie con tanta fuerza que parecía que la estaba rompiendo.

Steven corrió hacia el hoyo y el codo se zambulló primero en la parte posterior del profesor. El profesor gritó sorprendido y cayó. Steven vio al gran demonio azul y Momowango lo vio. Steven se quedó atónito por un momento, y solo un momento. Sacó a Sallie del pozo y lo alejó del demonio exigiendo su sacrificio.

—¿Estás bien? —Steven le preguntó a Sallie, que estaba frotando su muñeca púrpura.

—¿Estás bromeando? Desde que los conocí, casi me matan los magos, me comen los dinosaurios animatrónicos y mi jefe me sacrifica a un demonio menor.

—Bienvenidos al maravilloso mundo de Dan Carter —dijo Steven. —Venga. Salgamos de aquí. —Steven la tomó de la mano y la condujo por la puerta principal donde John y Teresa flotaron.

—Espera aquí —dijo John.

—No —dijo Sallie. —Tenemos que regresar. Tenemos que cerrar el portal. Se cómo. Memorice el rito, pero necesito tu ayuda, Contessa.

—Pero el profesor tiene...

Steven sacudió la cabeza. —No, el profesor perdió el anillo. Creemos que Dan lo tiene.

Teresa jadeó.

*

Cuando el profesor se desplomó en el pozo, el orbe se deslizó de su anillo, y el poderoso mago se arrastró para alcanzarlo. Dan saltó al hoyo en el hoyo detrás de él, aterrizando en la mano del profesor, rompiéndolo al instante.

Dan se zambulló y se tragó la roca mágica en el aire. Cayó al borde del pozo. Sus manos estaban alrededor de su propia garganta, tratando de no ahogarse en la roca verde. Luego tomó sus puños y los golpeó contra su

abdomen tan fuerte como pudo. Pasaron tres intentos antes de que la canica saliera volando de su boca y luego bajara por su esófago y entrara en su estómago.

El profesor agarró a Dan por el tobillo con su útil mano. Fue doloroso y estaba cortando la circulación.

—¡Tosa, hijo de puta!

El profesor se aferró a la pierna de Dan, tirando de Dan hacia él.

Dan luchó por salir, pero el profesor era más fuerte de lo que Dan imaginaba.

Tal vez tiene algo de magia para mejorar el rendimiento. Deberíamos probarlo para eso. Sería descalificado de los deportes mágicos profesionales.

—¡Te arrancaré esa piedra del estómago, ladrón loco!

—¿Qué pasó con la cortesía y el decoro, pendejo? —Preguntó Dan.

El profesor rugió y acercó a Dan. Dan arañó las baldosas levantadas del piso, pero el agarre del profesor era demasiado fuerte. Dan vio a Momowango elevándose detrás del profesor.

—Tenemos que ayudar a Dan —le gritó Steven a John. John asintió y ambos corrieron hacia el pozo.

Teresa gritó: —¡No, espera! —Sin embargo, John se había ido para ayudar a su amigo.

Steven y John saltaron a la cornisa, patearon y golpearon al profesor hasta que soltó a Dan con una mano.

Con la distracción de sus amigos, Dan pateó la cara del profesor, cada vez más duro que el anterior. La primera patada le rompió la nariz. La segunda patada cortó la cara del profesor. La tercera patada lo cegó. Gritó cuando la sangre brotó de la cuenca del ojo y finalmente soltó a Dan.

Steven sacó al profesor del borde superior y luego lo empujó hacia el pozo. El profesor gritó mientras caía. Los doctores salieron del hoyo.

Dan corrió para levantarse, pero se resbaló en la repisa y casi cayó al pozo. Se aferró a la repisa y salió del agujero. Desde la repisa, intentó salir del pozo, pero esta vez el demonio lo agarró por la pierna.

El demonio tiró.

John y Steven se aferraron a las muñecas de Dan y tiraron. John le dijo a

Teresa: —Un poco de ayuda aquí.

Tanto Sallie como Teresa ayudaron a sus respectivas parejas a tirar.

El demonio tiró un poco más fuerte. Momowango clavó una uña afilada en la pantorrilla de Dan. Dan gritó y se alejó de sus amigos.

Steven gritó: —Dan, ¿qué demonios estás ...?

Entonces vieron los ojos de Dan brillando verdes y un resplandor verde encapsulaba a Dan.

Dan se enfrentó al demonio. Abrió la boca y sopló un anillo de humo que repelió al demonio. El demonio cayó y lo soltó. Dan salió del pozo.

—¡Tenemos que cerrar el pozo! —Gritó Teresa. —Todos agarren las manos. Necesito que todos se concentren e imaginen a la bestia cayendo y el portal cerrándose.

El demonio enojado cayó al pozo cuando se cerró la grieta. Sellaron la bestia dentro de la cavidad. El agujero todavía estaba allí y significaría mucha confusión para que el turno de la mañana se limpiara, pero ese no era su problema.

*

Salieron del museo, subieron a la limusina Hummer de la Contessa y regresaron a su castillo. En la parte de atrás, Steven y Sallie estaban besándose, y John y Teresa se abrazaban felices. Dan sintió náuseas después de ingerir la muy valiosa esmeralda mágica, que había robado dos veces en tres días.

—¿Estás bien, Dan? —Preguntó John.

—¿Huh? Sí, solo pensando. Sus ojos todavía brillaban de color verde.

—¿Cómo te sientes?

—Agotado. Este viaje ha sido más agotador que nuestros horarios de la escuela de medicina.

Se rieron entre dientes, excepto Dan, cuyo estómago estaba realizando una rutina de gimnasia.

*

Entraron en el castillo de Vincenzo. Los refrescos los estaban esperando. Estaban agotados. Comieron y bebieron poco. El personal de la Contessa acompañó a Steven y Sallie a una habitación separada.

John llevó a Teresa al dormitorio principal.

—¿Dan estará bien? —Le susurró John a Teresa.

Ella asintió, —Él estará bien. Ahora es parte de nuestro viaje más grande. Lo veremos ocasionalmente a lo largo de los años, pero nunca por mucho tiempo. Los jugadores en este juego son en su mayoría viejos y desgastados. El juego necesita sangre nueva como tú y tus amigos para que siga funcionando. Déjalo ir.

—¿Y Steven?

Teresa asintió. —Y él y Sallie también.

John asintió. En el dormitorio principal, una bebida verde con forma de batido esperaba en la mesita de noche a John.

—¿Para qué es eso? —Preguntó John.

—Para ti, mi chico guapo.

—¿Me hará inmortal? ¿Me dará poderes mágicos? ¿Me matará?

Teresa se rió —No, cariño. Te dará energía y una erección fuerte. Quiero que me des un orgasmo esta noche para celebrar mi nueva viudez. Ella se echó a reír.

John sonrió Apenas era la viuda afligida. John no sintió remordimiento ya que el Conde había planeado e intentó matarlo a él y a sus amigos. Tomó el vaso y lo bebió prácticamente de un trago. Hizo una mueca porque sabía horrible.

—¿Estás bien, mi amor? —Preguntó Teresa.

John asintió y dijo: —Sí, estoy bien. La receta podría usar algo de azúcar y menta si es posible.

Teresa se rió entre dientes, abrió la ducha y se desnudó. —Hagamos un poco de magia.

Epílogo

A la mañana siguiente, tres de los cuatro médicos fueron escoltados de regreso al hotel por el personal de la Contessa. John eligió quedarse con Teresa. Dan sintió como si no hubiera regresado a su habitación demasiado cara en más de una semana, cuando en realidad solo habían pasado tres días. Dan planeaba dormir hasta tarde y volver a cargar su teléfono.

Steven y Sallie se estrellaron contra la cama de Steven, abrazados mientras dormían. Se merecían el resto. Steven salió como el héroe que había salvado a Sallie del nefasto plan del profesor para sacrificarla a un dios por más poder. Afortunadamente, ni el llamado 'dios' ni el profesor obtuvieron lo que querían, porque Steven salvó a la niña. ¿Cuánto más romántico podrías ser que eso?

Steven no sabía qué haría ahora, pero fuera lo que fuese, el Dr. Dubois probablemente sería parte de su vida. Sallie mencionó que podrían regresar a Marsella, donde había crecido. Siempre fue una posibilidad. Sus planes dependían de lo bien que pasaran las próximas semanas juntos. Tal vez esta relación estaba destinada a durar o tal vez se sintieron atraídos el uno por el otro debido a la situación intensa e indiscutiblemente desordenada que acababan de sobrevivir. Quizás la relación se desvanecería como un espectáculo de fuegos artificiales.

Dan vio salir el sol sobre el horizonte mediterráneo, y fue como si nunca antes hubiera visto un amanecer. No estaba seguro de qué hacer ahora. No estaba seguro de poder seguir igual que después de lo que había presenciado la semana pasada. No creía en la magia cuando aterrizó en Italia, y después de lo que había visto, no sabía qué pensar.

Nunca había matado a nadie antes de llegar a Italia, pero una semana después, había matado no a uno, sino a dos hombres, y no estaba seguro de cómo se sentía al respecto. Supuso que se suponía que debía sentirse horrible, pero se sintió genial cuando mató a Tex, a quien sentía que merecía morir y el Profesor, bueno, estaba tratando de ser un mago malvado en este mundo. No estaba seguro de poder regresar a Miami y ser un cirujano plástico. Por otra

parte, tal vez podría.

Quizás este fue su momento de crecimiento. No estaba de mal humor y no lo había estado desde que todo se vino abajo. Todavía tenía los doscientos cincuenta mil euros en una bolsa en su habitación del ático. El orbe, ahora parte de Dan, le estaba hablando como lo había hecho desde la primera noche que lo tuvo. Entendió por qué el profesor y el conde estaban dispuestos a ir a la guerra y dejar un rastro de carnicería humana para el orbe, y ahora entendía a Gollum de El señor de los anillos con un significado mucho más profundo que antes. Robó un libro del Conde y uno del Profesor.

—Ustedes pueden tener el ático por un tiempo —dijo Dan a Steven y Sallie, que se dirigían al patio. Dan hizo las maletas y se dirigió a la puerta principal.

—¿Oh? —Preguntó Steven.

—Sí, me iré por las próximas semanas.

—¿Unas vacaciones de tus vacaciones?

—Algo así.

—No puedo decir que te culpo.

—¿A dónde vas? —Preguntó Sallie.

—Bonn, encontrar al tipo Balik Malistane que la Contessa mencionó mientras estábamos meditando. Ella me dio información de contacto. La Contessa dijo que necesitaba encontrar un maestro calificado pronto, de lo contrario, mi refrigerio de medianoche mágicamente delicioso eventualmente me matará. Teresa se negó rotundamente a entrenarme. Puede ser porque ella ya tiene un aprendiz y no puede tener más de uno o puede ser porque obstruí casi todos los inodoros en el segundo piso esta mañana.

—Llamada difícil— dijo Steven sacudiendo la cabeza.

—Tal vez este tipo Balik necesita un aprendiz —Dan tocó la bolsa de dinero.

—¿Crees que lo necesitarás?

—Probablemente. La educación es cara.

—Escuché eso —dijeron Steven y Sallie en estéreo y luego se rieron.

Dan puso los ojos en blanco.

—Buena suerte, mi amigo —dijo Steven. Se dieron la mano y se abrazaron. Dan también abrazó a Sallie. Dan se demoró demasiado y le pasó la mano

por la espalda. Ella se apartó y lo abofeteó.

—Está bien, será mejor que me vaya. Escuché que Bonn es encantador en esta época del año.

Dan se puso sus gafas de sol y salió del edificio.

SOBRE EL AUTOR

Michael Dunn es autor, empresario, tramposo reformado de Scrabble, rechazado de una banda de chicos y pirata espacial en entrenamiento.

Sus novelas incluyen *The Shadow of the Moon* y las próximas novelas, *The Lightning Series, Book 1: The Approaching Storm*, *The Owenwood House* y *The Horror Writer*.

Disfruta de largas caminatas en la playa, convocando a las fuerzas de la oscuridad y montando su bicicleta.